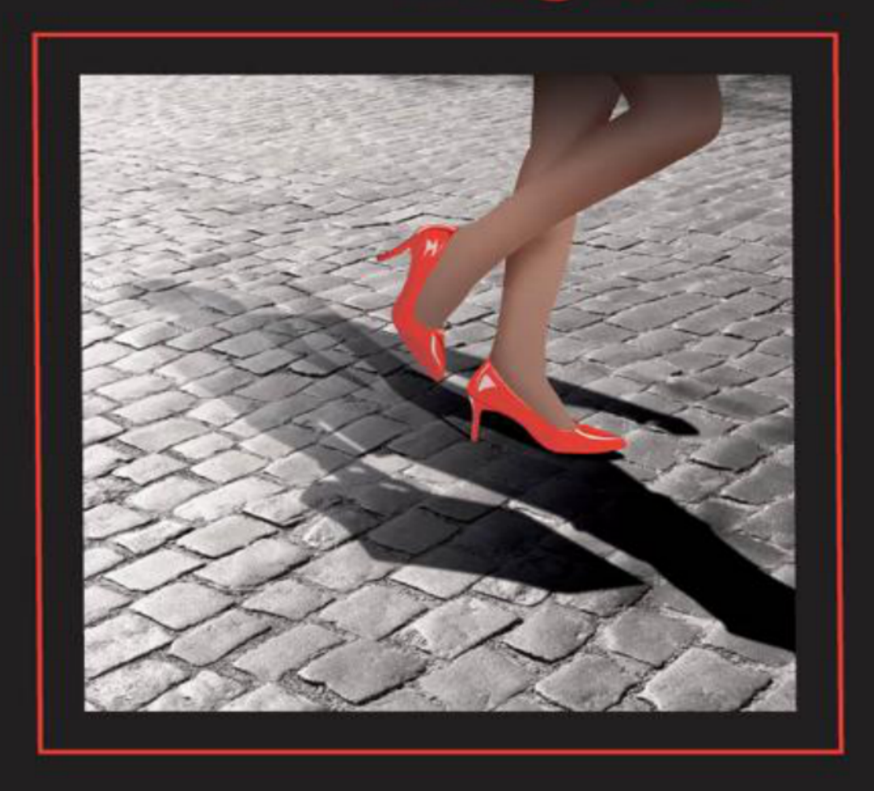
Tras la Sombra de los Elegidos



por La inspectora Revoltosa

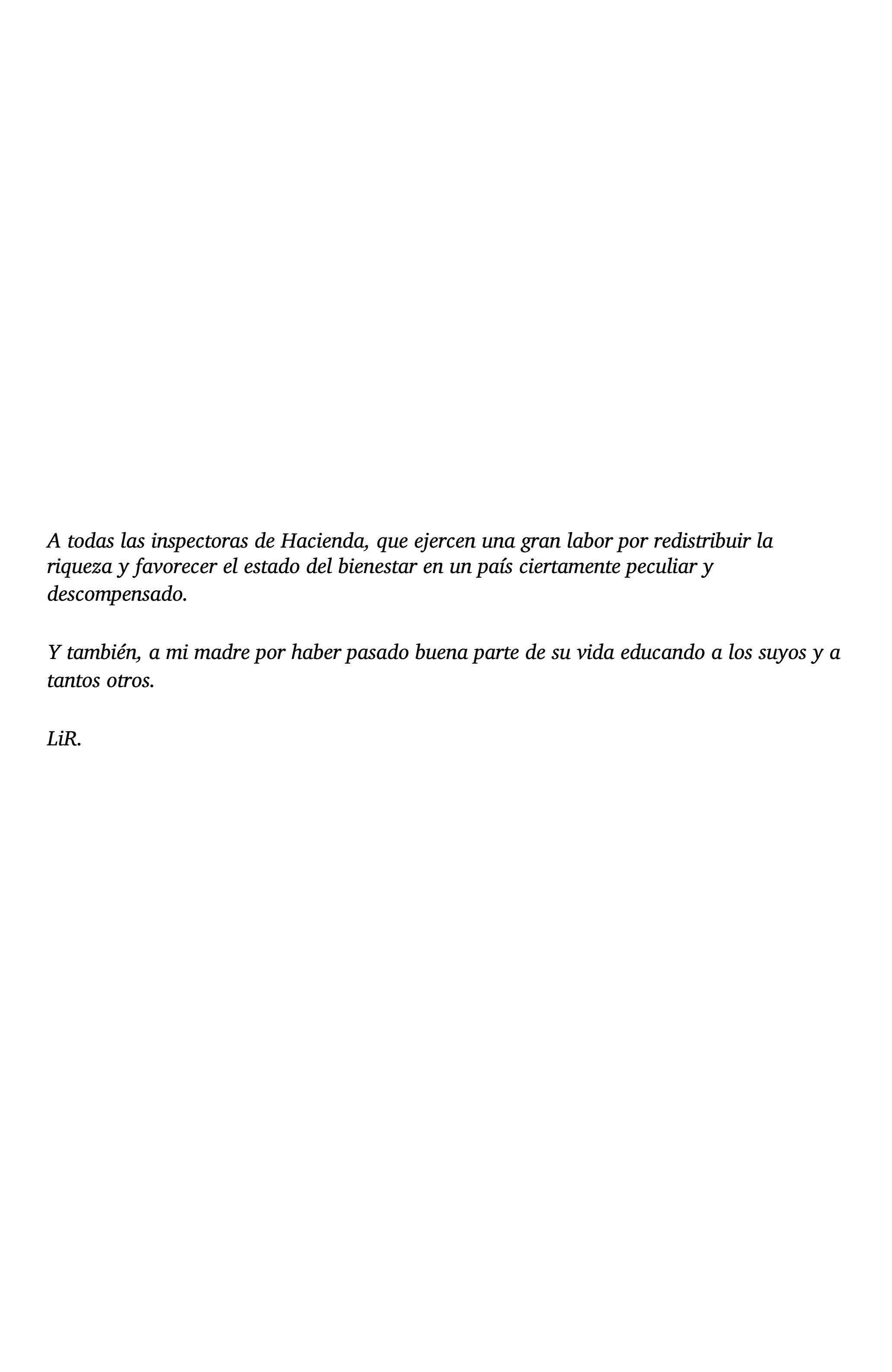
Vivencias tributarias y amorosas

Tras la Sombra de los Elegidos

Vivencias Tributarias y Amorosas

por

La inspectora 🔎 Revoltosa ❤️



A todas las inspectoras de Hacienda, que ejercen una gran labor por redistribuir la riqueza y favorecer el estado del bienestar en un país ciertamente peculiar y descompensado.

Y también, a mi madre por haber pasado buena parte de su vida educando a los suyos y a tantos otros.

LiR.

Indice

Prólogo

Existen destacados personajes ficticios dedicados a perseguir delitos criminales: desde nuestro Pepe Carvalho hasta Sherlock Holmes pasando por Hércules Poirot, el comisario Montalbano o el áspero inspector Rebus. Todos ellos hombres, listos, sagaces, astutos, perspicaces que desentrañan asesinatos y crímenes enrevesados, casi perfectos. Además, algunos también se distinguen por sus fascinantes aventuras amorosas.

Consideré que sería igualmente factible relatar las peripecias de mi vida profesional y personal, una ficticia inspectora de hacienda, detallando mis propias experiencias en investigaciones tributarias y entrelazándolas con mis apasionantes vicisitudes amorosas.

'La verdad sobre el caso Savolta', escrita por el autor español Eduardo Mendoza, destaca como una de las pocas novelas de ficción en las que se presenta de manera relevante un inspector de hacienda, que desempeña en esta obra un papel crucial en la trama. Aunque algunas otras novelas y quizás películas han incluido personajes que abordan temas específicos, hasta la fecha no ha habido nadie, que yo sepa, que haya tratado el tema tributario de forma holística, educativa y con un poco de humor para desdramatizar complicadas situaciones. Por este motivo, he escrito esta novela con la intención de que sea la '*Opera Prima*' de una serie de relatos que abarcan tanto mis vivencias profesionales como personales sobre la tributación y el amor.

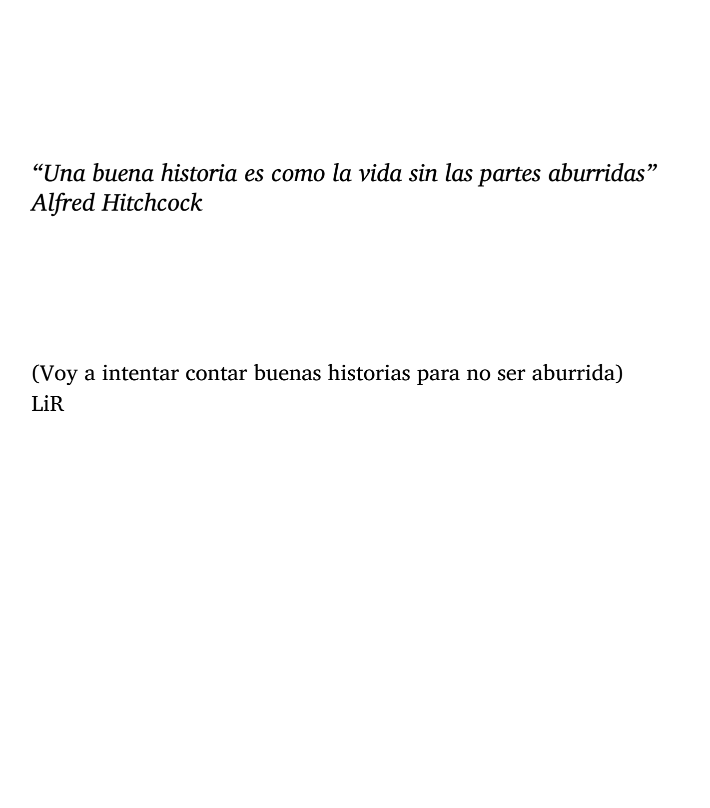
Una inspección de Hacienda es un procedimiento administrativo en el que un inspector verifica minuciosamente el cumplimiento de las obligaciones fiscales y tributarias por parte de una persona física o jurídica. Su principal objetivo es garantizar el cabal acatamiento de la normativa tributaria, así como detectar cualquier indicio de fraude o irregularidad en el pago de impuestos.

Con la finalidad de desdramatizar el procedimiento de inspección y ofrecer una visión más comprensible para los contribuyentes, pretendo relatar diversas experiencias, algunas propias, otras conocidas por otros inspectores, y bastantes inventadas o exageradas. En todas ellas, busco brindar pistas y conocimientos que ayuden a los contribuyentes a comprendernos mejor y, potencialmente, a mitigar la carga emocional, económica y social que conlleva este proceso. Al visualizar previamente las implicaciones de dicho proceso, los contribuyentes quizás puedan enfrentarlo de una manera más sosegada y reducir la tragedia de enfrentarse a la incertidumbre, cercana o lejana, de un resultado desconocido.

Quiero creer que el 99,9% de la población española estaría de acuerdo en reconocer que los inspectores de Hacienda no somos comparables a los recaudadores del medievo, sino más bien

facilitadores para que la sociedad del bienestar pueda funcionar. A pesar de que se hable con mayor frecuencia de los efectos negativos de la aplicabilidad de la política fiscal en este país, la gran mayoría de la población se beneficia del estado del bienestar y contribuye con bondad en sus impuestos. Ya se sabe que de los buenos nunca se habla. Por eso, existe la novela negra y no la blanca. Voy a intentar que esta novela sea más blanca que negra, quizás con distintos matices de grises gracias a mi ironía y humor. Espero que os guste.

LiR.



"Una buena historia es como la vida sin las partes aburridas"
Alfred Hitchcock

(Voy a intentar contar buenas historias para no ser aburrida)
LiR

Opositando

La puerta se abrió de para en par, apenas faltaban dos minutos para las cinco. La secretaria del Tribunal anunció mi nombre, puntual como un reloj. El sudor fluía por mi frente y la tensión se apoderaba de mi ser. Como le ocurre a todos aquellos que se enfrentan al cadalso, mis álgidos momentos pasaron rápidamente por mi mente: recordé a Carlos, quien me motivó a ser inspectora, y reviví mis intrépidas aventuras infantiles que me forjaron como Revoltosa. Pero allí estaba yo, llena de coraje, fuerza y determinación. ¡Y lo conseguí!

Unos meses antes, en una fría tarde de mediados de febrero, Alberto, mi gran amigo del alma de juventud, me presentó a Carlos. Él siempre se había cuidado de mí, ya desde nuestra infancia, y yo siempre he pensado que estaba enamorado de mí, pero las cosas no salieron como esperábamos, ni para él ni para mí. A él le gustaban las mujeres más conservadoras, con cualidades más tradicionales, y yo era quizás demasiado descocada y promiscua para su entender. Yo lo adoraba pero no era mi tipo. Además, era más bajo de lo que yo había imaginado como virilidad deseada.

Por aquel entonces, estaba estudiando como una loca, opositando, como se dice en el ámbito de las oposiciones. Es verdad, ahora que lo pienso como una loca de verdad. Todos los fines de semana me levantaba a las siete de la mañana para estudiar casi hasta las once de la noche, y solo paraba para saciar al estómago y al cerebro, que necesitaban cierto descanso. Aquel día Alberto me llamó por la mañana para invitarme a comer con frases a las que no pude resistirme “hace mucho que no sales”, “te voy a presentar alguien que te interesa”, “no vas a perder el tiempo porque también te daremos consejos para ayudarte en ganar tu oposición”.

Así que quedamos a comer en el bareto de la esquina, al lado de la que era mi jaula casera, para perder el menor tiempo posible en desplazarme. Me quedé fascinada por Carlos. Era un hombre muy bien vestido, más que elegante, imponente por la forma en que su jersey de cuello alto resaltaba sus pectorales, alto con al menos diez centímetros por encima mío, de cierto encanto, al estilo Gary Cooper e incluso su peinado me recordaba a él. Ropa sencilla, colores neutros, zapatos de ante, reloj marca Racer. Todo un ‘gentleman’ de principios de los 90. Tendría cerca de 40. Quizás algo amanerado, pero era mi tipo total. Mi amigo del alma la había clavado, y no como él hubiera soñado.

Tenía razón Alberto. Hablamos sobre oposiciones y Hacienda. Carlos era inspector de Hacienda del estado y me explicó todas las penalidades por las que había tenido que pasar para llegar donde estaba. Había superado una larga oposición y luego sufrido los

vaivenes de la administración tributaria que le habían obligado a trasladarse a varias localidades, desde una irrespirable pequeña ciudad de provincias hasta llegar a la gran ciudad, transcurriendo por varias secciones de diversa índole.

Todo en él transpiraba aventura, investigación y descubrimiento. Era un continuo frenesí de actividades ‘lúdico-administrativas’, como yo las llamaría. Un día tocaba un tema. Al día siguiente se citaba con un político. Otro día con un médico. Luego un abogado, un investigador, un empresario de pocas luces, otro empresario de muchas luces. En definitiva, era un vaivén de emociones. No solo me enamoré de él al instante, sino también y mucho más, por su trabajo. Gracias a aquella conversación, estoy aquí y ahora disfrutando de mi labor, a medio camino entre Robin Hood y un recaudador de impuestos.

Quizás era su forma de seducción, sutil y elegante. O tal vez, simplemente era su manera de ser, de expresarse con gestos en lugar de palabras. Pero lo cierto es que esa mirada y ese gesto me atraían de una forma inexplicable. Su mirada no era la de un hombre que quisiera tomarte entre sus brazos ni para hacerme el amor ni para follarme locamente. Sonreía, más que reía. Era discreto pero muy atento. Pasaba sus dedos por la comisura de sus labios suavemente mientras me miraba con ternura, sus dedos resbalaban poco a poco por los bordes del vaso de cristal de Martini como queriéndome acariciar con sigilo y sin que nadie lo percibiera.

Fascinante. Después de dos horas de vivir aventuras intrépidas con el bombón que había aparecido en mi vida, tuve que volver a la realidad. Regresé a mi jaula de estudio.

Pero esa tarde ya no pude más. No podía seguir concentrada en aquella lúgubre tarde de invierno. El viento azotaba las cristaleras de la habitación que utilizaba como comedor y estudio, lo suficientemente para distraerme cual hembra en celo. Estuve tan fascinada que se me olvidó pedirle su teléfono, dirección o incluso su apellido para poder encontrarlo en las páginas blancas y lanzarme aunque fuera en contra de su voluntad. ¿Tendría novia? ¿Estaría casado? Un hombre como él, pensé para mis adentros, es imposible, im-po-si-ble que esté casado. No podía aceptar que estuviera casado y, en aquellos momentos, me invadió la tristeza al pensar que no pudiera ser mío, al menos durante aquella tarde fría de invierno para calentar mi aletargado órgano reproductor.

No me amilané. Por eso me llamaban la Revoltosa desde pequeña. Así que cogí el teléfono y llamé a Alberto, en medio de esa gélida tarde, esperando obtener una cálida respuesta que me permitiera abrirme de piernas.

—¿Pero no sabes en que día vives, amiga mía? —me preguntó con

desconcierto.

—No, ni idea —solo sabía que era un frío sábado de febrero.

—Es carnaval, bienvenida a la realidad. Te invito a la fiesta, Carlos ya confirmó su asistencia. Pero recuerda que es carnaval.

—¿Y?

—Pues que hay que disfrazarse, ¿vendrás?

Sí, pero no sabía qué vestido llevar. ¡Córcholis! ¡Megacórcholis! ¿Y ahora qué me pongo? Estuve dos horas seguidas como una loca, con otro tipo de locura, más bien un frenesí para encontrar el mejor disfraz que pudiera impresionarlo. Buscaba algo que lo dejara boquiabierto. No quería ser otra mujer común y corriente. En cualquier caso, no era fácil: alta como yo, pocas, delgada como yo, pocas, y con un buen pecho que no requiriera un sostén que lo enjaule, menos, prácticamente ninguna. Pero eso no me detendría. Esa sería mi noche. Alta, joven, esbelta y con pecho firme, esa soy yo, la única hambrienta opositora.

Tras devorar mi armario de ropa, mi dormitorio se había convertido en una pista de moda inacabable de variopintas opciones. Pero nada me satisfacía, todo era demasiado aburrido para lo que buscaba: quería provocar un deseo irrefrenable en mi víctima. Fue entonces cuando recordé el ajuar que mi abuela había dejado para su hija, esto es mi madre, algo que nunca había sido usado. Abrí un baúl de madera, de esos que pesan de verdad, y ahí estaba: un vestido holgado de color verde, liso y un poco escotado, que debería llegar hasta los tobillos para dejar ver las medias. Sin embargo, como superaba con creces la talla de mi abuela, se convirtió en un vestido estilo de los años 20 (del siglo pasado, no os penséis), de aquellos locos años 20 (aunque los de ahora también sean bastante locos), que apenas llegaba a media pierna. Me lo puse y lo adorné con un pequeño sombrero de plumas, al que me fue difícil introducir mi larga cabellera para simular un corte de pelo de época. Además, añadí un largo collar de perlas nacaradas y aderezado con un exceso de maquillaje para resaltar mis carnosos labios, mis sonrojantes pómulos y mis ávidas pupilas. Era el conjunto perfecto, me sentía como mi propia abuela habría sentido en una perfecta velada de aquella nueva y reluciente feminidad.

Llegué al local. Era el sitio perfecto. Se alineaban las estrellas. Mi disfraz encajaba perfectamente en el estilo Art Déco del local, que aún se conservaba en mi ciudad natal. Solo faltaba él, no mi Gary Cooper, sino Rodolfo Valentino, y yo, su diva Gloria Swanson. Soñaba con que aquellos sueños no fueran solo fantasías, sino que se hicieran realidad.

Mi querido Alberto, siempre tan simpático, hasta para disfrazarse de Charlot. Estaba genial. Era él mismo, de su misma estatura y esos negruzcos ojos de aparente vitalidad. Venía rodeado de varias amigas

suyas, todas revoloteando a su alrededor con disfraces más alegres que tristes, pero ninguna podía competir conmigo. ¿Cómo iban a competir con Gloria Swanson? Eran como cotorras, no pararan de hablar y hablar, sin importar la temática ni el tiempo, seguían ahí alrededor de la mesa peleándose para ver quién se llevaba Charlot a su nido.

De repente, se abrió la puerta del local, ambientado como si de una fiesta de los años 20 se tratara, y apareció una mujer alta y robusta, caminando con unos aspavientos exagerados como si fuera la primera vez que usaba altos tacones. Ya tenía mi competencia. Era una mujer disfrazada como Carmen Miranda, con un sombrero de frutas interminable que parecía dificultar su equilibrio. Fue una entrada triunfal, pero lamentablemente tropezó y cayó al suelo con un estruendo tremendo al que todos los hombres corrieron para ayudarla a levantarse.

La mujer se acercó a nuestra mesa con una risa contagiosa, abriendo su boca con rojizos labios y sollozando por el dolor de su caída y la emoción de ser el alma de la fiesta. Me miró con atención y me sonrió dulcemente, a pesar de sus gritos enérgicos y estridentes. Alberto me la presentó como Carla, una amiga que había dejado su elegante vestimenta del almuerzo para convertirse en la reina frutal de la samba brasileña.

Me harté de reír. Era él. Se unió al jolgorio de sus amigas. Al reír me subió la temperatura interior unos cuantos grados, sobre todo, cuando recordé que no llevaba bragas. No encontré unas que fueran a juego con el vestuario porque… ¿cómo deberían ser las bragas de aquella época? Seguro que llegaban a media cintura y eran anchas, sin ningún tipo del erotismo al que en la actualidad estamos acostumbrados. Así que decidí que iba a por todas esa noche con un 'sin bragas y a lo loco'.

Carlos nos contó cómo se había convertido en Carla, una mujer un poco alocada, con unos labios demasiado rojos, unas medias que le daban mucho calor y picor, una falda un poco corta para ser Carmen Miranda, pero lo suficientemente larga para no descubrir sus peludas piernas al descubierto, y unos senos firmes que se apostaban bajo un vestido granate y escotado, dejando sus hombros al descubierto. Todo ello adornado con un sombrero de frutas que medía más de un metro de altura. Se involucró en la conversación de mujeres como si fuera una más, pero con un acento medio portugués, medio brasileño, que parecía tan real como ella misma, como él mismo.

Aquellas conversaciones de fiesta estaban impregnadas de perfumes diversos y maquillajes extravagantes. Descubrí que ella sabía mucho más sobre moda femenina que yo, como el tipo de perfume adecuado para cada ocasión o cómo combinar bolsos y zapatos. En aquellos tiempos, me sorprendió en mi propia juventud e ignorancia. Nos contó

que ejercía una atracción magnética sobre todos los hombres, sin excepción, y que cuando la recogieron del suelo, algunos la tocaron indebidamente en su lado posterior, su enorme culo, que había logrado realzar con un miriñaque adaptado a su medida.

Nos pusimos todas serias. Carlos se reía, pero Carla cada vez menos. Dos horas después, habíamos logrado hacerle entender la problemática femenina: los constantes ojos que te persiguen donde quiera que vayas, y las manos que se posan sin consentimiento sobre el cuerpo de las mujeres. Incluso ella misma no supo qué hacer ni cómo reaccionar, como muchas de las mujeres que corroboraron su experiencia y otros incidentes que pusieron sobre la mesa. Cuando dimos por terminada la conversación seria, nos fuimos entre sonrisas y satisfacción, mientras algunos hombres se acercaban a ver a tantas mujeres juntas. Las amigas de Alberto acabaron con caras de malas pulgas por no haber culminado sus objetivos de esa noche, pero al menos aliviadas al compartir sus quejas con otras mujeres.

Como yo ya no me atrevía a montar un segundo espectáculo con mi amiga Carmen Carla Miranda, mi amigo Charlot y mi atrevido atuendo de Gloria Swanson en un bar de copas, por estar poco dispuesta a recibir buitres noctámbulos cuando yo ya lleva mi presa puesta, les convencí para continuar nuestra particular fiesta en mi casa. Pasadas las tres de la madrugada, habían desaparecido mis desazones y mis agotamientos mentales de opositora encerrada en mi jaula de estudio. Aquella noche, era otra persona, ansiosa por el desenfreno que se avecinaba esa misma noche. Y fue mucho mejor de lo que podía imaginar.

Carlos o Carla tenía problemas para caminar con sus tacones, así que llamamos a un taxi para que nos llevara a mi casa, porque aunque estuviéramos cerca, era demasiado lejos para su tortuoso mal andar. Entre el sombrero frutal, Charlot, Carla y yo, Gloria, no cabía nadie más en aquel enjuto vehículo, así que le dimos prisas al taxista para que pusiera tierra de por medio para desaparecer de la vista ante mis competidoras, y quedarme así sola con mis dos adorables amigos. Nos miramos los tres con aire de complicidad y sonreíamos entre nosotros llegando en poco tiempo a mi jaula.

Antes de abrir la puerta (qué difícil es abrir una cuando no encuentras la llave de entrada en un bolso repleto de pequeños utensilios personales), ya nos habíamos besado, Carla y yo, pero no Carlos. Besarlo era como besar a una mujer con aquel carmín de gruesos labios y dulce perfume de frambuesa.

Descubrieron que había transformado mi modesto estudio repleto de papeles y manuales opositores por un vestuario abierto de vestidos, pantalones, gasas y tules que se distribuían a lo largo del apartamento. Les propuse montar un desfile de disfraces aprovechando el vivo

desván de atuendos variopintos, que iban desde los anchos tejanos de mi juventud hippy hasta el colorido ropaje de finales de los 80.

Estuvimos cambiándonos de ropa los tres, con mayor o menor destreza y gracia, pero el alcohol hacía el resto. Descubrí que Carla y yo calzábamos el mismo número de pie. Había sombreros venecianos por aquí, sombreros de cowboy por allá; todo era un festival de escenas estrafalarias que superaban cualquier cosa que hubiera imaginado antes. Los tres entrábamos en escena vestidos con ropa distinta y nos cambiábamos individualmente detrás del biombo de mi abuela (el piso era suyo, era su testamento final) como si se tratara de una opereta con multitud de personajes.

Con un disfraz de cowboy, Carlos empezó imitándose a sí mismo, montando a caballo como recaudador de impuestos asaltando a un pobre Alberto disfrazado de campesino. Luego, Carlos, manteniendo su placa de sheriff y sustituyendo su sombrero de cowboy por una maza aderezada con una vieja manta negra, como si fuera una toga, se convirtió en juez para acusar a una corrupta princesa: yo con mi disfraz infantil que mostraba mis largas y lustrosas piernas, dejando entrever mi entrepierna sin cubrir. En ese momento, Alberto salió en mi defensa, con un sombrero de copa, imitando a un todopoderoso abogado defensor a ultranza de la realeza. Posteriormente, Carlos sustituyó su maza por una escoba y se convirtió en una bruja a fiel semejanza de su superiora jefa. Fue un frenesí continuo de figuras diversas que despertaron mi ardor interior tanto profesional como sexual.

Pensé que con aquel ambiente teatral había alcanzado el súmmum de esa noche, pero estaba equivocada. Los tres seguimos charlando, riendo y conversando sin cesar, como si fuéramos expertos inspectores, y bebiendo. Habían pasado varios años desde la última vez que bebí. Tras malas experiencias juveniles, decidí dejar el alcohol para tener control en cualquier situación, pero esa noche era diferente. Sentía que mi corazón latía tan fuerte que creía que mis vecinas, todas mujeres de la edad de mi abuela, nos escucharían, pero por el ruido parloteado no se dieron cuenta. Estaba en medio de una confusión imprecisa de sentimientos, ahogos y llantos, que se fusionaban con el ritmo trepidante de la emoción femenina que recorría todo mi cuerpo, y los otros dos cuerpos masculinos. Carlos me besó, Carla besó a Charlot y comenzó a llorar diciendo que nadie la amaba, que se sentía muy sola en este mundo, que había venido a este mundo a sufrir porque sus relaciones nunca terminaban bien. Recuerdo que Alberto le besó con tanta pasión que comenzaron a quitarse la ropa sin pensarlo dos veces.

No recuerdo nada más hasta que me desvelé con el ruido anunciador de lluvia del petirrojo que habitaba en el árbol frente al

balcón de mi jaula. Estábamos los tres desnudos en mi cama, abrazados y sudorosos después de una larga noche de placer desenfrenado. No adiviné a saber cómo aún llevaba un sombrero veneciano en mi cabeza, probablemente era del último atuendo que recordaba haberme puesto. Poco a poco, a medida que pasaban los minutos y la luz empezaba a penetrar por las vidrieras de la puerta balconera, empecé a ser consciente de lo maravilloso que era poder admirar visualmente esos dos cuerpos y de lo que había sido mi primera noche en la que placeres ocultos habían salido a la luz.

Había sido no solo una noche de carnaval sino la primera ocasión en disfrutar de la existencia de tantos personajes diversos que abrirían mi instinto de investigadora y mi llamada a ser inspectora de Hacienda, y que unos años después conseguiría tras varias convocatorias de oposiciones. Había nacido la 'Inspectora Revoltosa'.

Todo gracias a Alberto. Esa noche no solo fue un importante avance en mi carrera, sino también un cambio radical de su previsible vida. Ya no volvería a buscar una conservadora fémina para una aburrida existencia familiar, sino que la convertiría en una ajetreada búsqueda constante por la perfección masculina, que culminó con su paz final después de una larga enfermedad de su sistema inmunitario tras largos años de alegría desmesurada.

Y Carlos se convirtió en mi consejero, en aquel profundo amigo que te ayuda en tus momentos de incertidumbre profesional e incluso personal, que son muchos, a veces demasiados, en mi azarosa vida.

Mi primera vez

Mi primer noviete del instituto era muy delgado, paliducho más bien, con amplia sonrisa de labios carnosos como a mí me gustan, muy tímido con las mujeres. Trataba igual a sus amigos que a sus amigas, como si no hubiera distinción de género; un rara avis. Hacía ya más de seis meses que salíamos y nos quedábamos enganchados, boca con boca, durante no minutos sino horas.

La mujer ya no era delgada, de pómulos sonrosados y tersos labios que, por el paso de la edad, habían dejado de ser voluptuosos, pero seguro que era lo suficientemente atractiva para tener seductores a su alrededor. Hacía ya algunos años que había montado su propio gabinete de asesoría, y andaba buscando jóvenes asesores que la acompañasen en su vida profesional.

De las lecturas de revistas eróticas que le robaba a mi hermano había aprendido a saber cómo subirle la excitación a mi flacucho, a ponerle muy cachondo con aquellos largos e inacabables besos acariciándole su firme culo y metiéndole mano en sus pantalones, acariciándole el sexo hasta que se corría de placer a la vez que intentaba hacer lo mismo conmigo, mientras permanecíamos escondidos en el portal de mi casa, en penumbra, tras un recoveco del ascensor. En más de una ocasión habíamos tenido que parar abruptamente al aparecer un impertinente vecino que encendía la luz de la escalera y apagaba nuestras pasiones.

De las lecturas de casos tributarios podría afirmar que la asesora era una gran profesional. Le excitaban los desafíos que los inspectores de Hacienda le planteaban porque, por encima de todo, quería demostrarles no solo que sabía, sino que destacaba por el hecho de ser mujer, muy por encima de la media varonil, según le gustaba alardear. Decía además que no se había casado, no porque no quisiera, sino porque no había encontrado un hombre que estuviera a su altura mental. Estábamos con este tipo de charla dicharachera cuando nos interrumpió, sin avisar, mi jefe.

"¿Estás seguro que no quieres hacerlo ya? Yo me muero de ganas. Te adoro y por eso deseo hacerlo contigo y no con otro. ¿No estás cansado de tener que escondernos siempre? Mi primera vez quiero que sea con alguien como tú, sin experiencia y que compartamos ese primer momento". A él le entraba un sudor frío e inmediatamente se destrempaba solo de pensar que tenía que hacerlo conmigo, porque sabía que caería y tendría reparos en no estar a la altura que creía merecía mi primera vez.

Mi jefe me hizo salir un momento de la reunión. Me miró a la cara de forma directa, con una mirada fija preguntándome de forma inquisitoria:

—¿Cómo estás? ¿Estás segura que no quieres que te acompañe? ¿Lo llevas bien? Tu primera vez es importante que lo hagas bien. Sé una profesional. No tengas miedo de una asesora tan experimentada.

Me entró un sudor frío que, solo de pensar que era mi primera vez, entraba en modo pánico.

Llegó el verano y sus padres se fueron de viaje. Los míos no, porque mi abuelo, que vivía con nosotros, había enfermado y no podían dejarlo al cuidado de una adolescente que solo se preocupaba por sí misma. Así que era mi oportunidad. Me las apañé para pasar cerca de su casa sin avisar. Llamé al timbre y me abrió la puerta. Vivía en un segundo y subí la escalera, poco a poco, para evitar correr y tirarme encima suyo como gata en celo. A medida que ascendía los escalones mi mente no podía parar de pensar en cuando lo tuviera encima o, ¿quizás debajo?, y me entraba un sudor veraniego por la sien, a la vez que me bajaba otro sudor más húmedo por la entrepierna.

Mejor que se hubiera callado y dejado tranquila. Tras el pánico inicial generado por mi jefe, me fui corriendo al baño para derramar una primera lágrima de sufrimiento y unas cuantas más de rabia por su discurso. Me entró un sudor frío solo de pensar en volver a la reunión con la experimentada asesora y no haber pensado en llamar a Carlos para que me ayudara.

Llegué por fin al segundo piso. Le abracé y no pude nada más que al llegar rogarle e implorarle que hiciéramos ya el amor, que no podía más. Me dio una buena excusa, el único motivo del que podía justificarse con un “no tengo condones”. ¡Vaya olvidón!

Le pedí disculpas por la interrupción de mi jefe y bajé los ojos cual corderita antes de ser degollada. Ella se regocijaba ante mí al observar que mi número de registro del expediente era de la última promoción. No sabía que era mi primera visita y mi primer expediente. Así que le dije “Perdón, se me ha olvidado la libreta”. ¡Vaya olvidón!

Desaparecieron todos mis sudores. Quedé en que yo iba a comprarlos. Se me ocurrió preguntarle qué necesitaba más y me contestó que “macarrones y pan, por favor”. ¿Iba a comer macarrones como un chaval o es que necesitaba hidratos de carbono para poseerme? Así que me bajé la *bolsa del pan*[1], pasé por el colmado y luego por la farmacia.

Me acerqué a mi pequeño despacho, recogí la dichosa libretita de visitas, vacía hasta aquel momento. Y, entonces, escribí unas cuantas hojas, para simular que había tenido varias visitas anteriores, rellenándolas de flechas, gráficos y tablas con bolígrafos de varios colores como si fuera mi tercera o cuarta reunión.

En la farmacia había una señora mayor delante de mí, que pedía cada vez más cosas, y tardaba, y seguía tardando mientras se iba llenando la farmacia de mujeres mayores y un señor despistado. Yo

pidiendo mi cajita mágica en voz bajita como avergonzada y el señor farmacéutico preguntándome a grito pelado si la quería de 6 o de 12. Tierra trágame. Todas las señoras mirándome de arriba a abajo tal como si fuera una mujer de mal vivir que, incluso al señor despistado, se le pasó el despiste al quitarse las gafas y fijarse en mi escote. Salí corriendo pensando en que tenía suerte de no estar en mi propio barrio y así nadie me reconocería.

Mi mesa estaba impoluta. Se notaba que tenía poco trabajo o, más bien, que era demasiado novata para tener carpetas de expedientes o listados de información. Así que empecé a rellenarla de cosas, incluso pasé por la fotocopiadora para recoger unas cuantas decenas de folios para abultar más mi poco voluminosa sobremesa por si llegara el caso que tuviera que acudir con ella. Marqué el teléfono de la oficina donde residía Carlos como última llamada de desesperación antes de acudir al degüelle.

Tras pasar por la farmacia y el colmado, decidí entrar en la cabina de teléfonos de la esquina y llamar a Susana para consultarle cómo rebajar mi tensión sexual y para evitar que se me corriera antes de tiempo. No la encontré. Había tenido su primera relación hacía pocas semanas y ahora quería conocer más detalles, en el momento que me enfrentaba al día D y a la hora H.

Mi ascenso al segundo piso fue esta vez de ritmo trepidante y con más sudores de los acostumbrados por subir los escalones de dos en dos. Así que primero comimos los macarrones con tomate y después empezamos con el verdadero tomate. Tuve que contenerme y me besó, le besé, nos besamos poco a poco, le frené un poco para que no se me acelerara demasiado. Hasta tuve que ponerle yo el condón porque el pobre estaba hecho un manojo de nervios. Fue como estar en un concierto de heavy metal. Por aquí, por allá y no sabes cómo va a acabar. Pero lo hicimos, sí, lo conseguimos. Recordé de mis lecturas del Kama Sutra que habían posturas que reducían la posibilidad de eyaculación precoz, pero con tantas páginas de posturitas, en ese momento no estaba yo para recordar nada. Así que solo se me ocurrió sentarme encima de él cara a cara y fue placentero. Él pensó que nos corrimos al unísono, pero no. No estuvo mal para ser la primera vez, pero eso no era lo más importante; ya habría otras ocasiones. Por fin ¡ya no era virgen! Así de emocionante fue mi primera vez, nuestra primera vez. Siempre la recordaré e imagino que él también. A partir de entonces ya llevaba en el bolso las cajas de a 12, porque no habían más grandes, y las consumíamos en su casa o en el portal de la mía.

"De vuelta al matadero" pensé con mi libretita colorida de estudiante. Empezamos a hablar poco a poco de su caso, no sin antes ir yo también pasando poco a poco, una por una, cada página de mi libreta, para demostrarle que algo también sabía. Fue como una

estudiante de primaria ante su profesora donde una tiene todas las preguntas, y la otra ya sabe todas las respuestas, incluso antes de saber las preguntas. Era como escuchar un concierto de música clásica donde sonaban todos los ritmos acompasados y eso me tranquilizó. Pero era tan experimentada y sabía tanto, que pensé que si me gustaran las mujeres, no podría haber dejado de pedirle que me hiciera el amor, porque seguro que hubiera hurgado en todos mis recónditos lugares de placer con su estremecedora sinfonía.

El concierto siguió y siguió, y como violinista aprendiz me maravillaba de todo lo que me decía. Ella estaba en su salsa, orgullosa y se le subían los colores de sus pálidas mejillas con ese subidón de ‘ego’ de saber que se va a comer a su corderita violinista. Pero resultó que no, que no me degolló. Estaba tan embriagada de su propio autobombo que se equivocó. Me entregó el documento erróneo, el que mostraba gastos deducibles que no lo eran de su representado. Ahí llegó la partitura que me hacía falta para cerrar un concierto brillante de mi primer expediente. Cierto que le dediqué mucho tiempo al ser neófita, pero lo hice tan bien que incluso ella misma quiso contratarme para su gabinete. Mujer experimentada, de tan buen corazón que al equivocarse decidió pagar ella misma la multa del expediente, se deshizo en elogios ante mí cuando aceptó la firma de mi primer y exitoso expediente. ¡Ya no era virgen! Así de emocionante fue mi primera vez, que finalmente compartí con ella y le confesé que había sido mi primera elegida.

El perro dentista

Principios de los 80. La todavía gris España se visualizaba en aquella escalera fría, angosta y lúgubre en la que nunca conseguías alcanzar el primer piso, en realidad, un tercero tras pasar por sus previos entresuelo y principal de altos escalones, sin que nunca tuvieras la oportunidad de coger el ascensor, por estar repleto de gente que subía y bajaba constantemente. Escogieras la escalera o el ascensor te teletransportabas del bullicio de la calle, provocado por los murmullos de las parejas haciendo cola ante el cine cercano, a una intranquila sala de dolores.

Tanto podías aparecer por la consulta odontológica a las dos y cuarto de la tarde como a las cuatro y media, daba igual, nunca conseguías salir antes de las ocho y media, cerca ya de la hora del cambio nocturno de autobuses. Era aquella época en que un médico —no existían las féminas médicas, válgame Dios, nos hubiéramos santiguado para apaciguar nuestras ánimas— era un todopoderoso señor que con su bata blanca, su fonendoscopio y su cruz galénica, mandaba, su palabra venía refrendada por su ser superior colegial y celestial, y no tenías más remedio que obedecer. Así que imagínese Ud. con un dentista al que sospechabas que llevaba unas tenazas sacamuelas en su bolsillo.

El dentista era muy atractivo, de aspecto jovial y de semblante parecido al cantante George Michael, del que nos pirrábamos todas las adolescentes y del que me enamoré tanto que llegué a inscribirme a su club de fans. Tenía la carpeta de estudiante repleta de fotografías suyas y seguíamos al dedillo todo sobre su vida: donde vivía, qué novias tenía a las que todas envidiábamos, hacia dónde iba y elucubrábamos sobre quien se casaría con el incipiente cantante.

Nuestro dentista regresaba sobre las dos de la tarde de la consulta médica de un renombrado hospital público para comer, y acto seguido sacaba su perro, diminuto y blanquecino, a pasear, mientras tenía atiborrada su sala de estar, repleta de adolescentes pacientes guardando tanda por turno de llegada. La veneración del susodicho provocaba que el propio público hiciera comentarios en voz baja:

—Pobre señor dentista, con lo que trabaja —afirmaba con convicción una de sus feligresas bendiciendo el disfrute de su paseo post-alimenticio antes de iniciar su consulta privada vespertina.

—Además su perrito bien se merece un buen garbeo, que habrá estado sin salir toda la mañana —ratificaba su vecina de incómodo asiento, como queriendo excusarle por no tener un mejor confort a su larga espera.

No sabíamos todavía de la existencia de la cita previa y aquello se convertía en una espesa jungla entre la eterna espera y el ruido molar

de sus actividades odontológicas.

Dicho sufrimiento continuó varios meses de visitas inacabables sin que el ínclito pudiera dar con una solución dental a mi boca hasta que su brillante mente me soslayó “no hay otro remedio, esta muela va a tener que salir” y, efectivamente, salió, no sin antes sufrir lo indecible como si la muela no quisiera desprenderse de su confortable humedad bucal, hasta que su vida llegó a su fin irremediablemente.

Por fin dejaría de visitar al señorito dentista ¡Sí, señorito! Así le denominaba su asistente, que no enfermera, como para demostrar a las mujeres visitantes que estaba libre de ataduras y en busca de una virginal casadera:

—¿Ves como está soltero? Ya te decía yo —confirmaba una de sus admiradoras al escuchar de nuevo la palabra “señorito”.

—Pues, sí. Ya le haría yo un favor sino fuera por este segundo bombo que llevo encima. Ya me habría gustado que me lo hubiera hecho él —exclamaba en voz baja la otra, que embarazada de siete meses, con ansias de dejar de ser pobre.

—Yo estoy esperando a que esta hija mía crezca un poco y a ver si se fija en ella, y nos retira a toda la familia —decía una tercera, acariciándole el pelo a su hija adolescente y tapándole las orejas para que no escuchara semejante propuesta.

—Pues yo no creo que le gusten las mujeres —dije entrometiéndome en la conversación.

—¡Ay! Esta juventud, ya no es un divino tesoro como antes. A estas chicas de hoy en día les gusta llevar la contraria —me reprimió levantando su voz para que todas las demás escucharan su reprimenda.

—Pues yo creo que más bien le gustan los hombres —seguí en voz baja contestando su regañina, sin que las demás supieran qué le había contestado.

—¡Dios! Tendrías que ir más a misa y no dirías tantas sandeces —me abroncó a gritos mientras se santiguaba doblemente.

Yo intuía que no le gustaban las mujeres porque no era de aquellos que, durante esas largas y tediosas sesiones bucales estirada en el sillón dental, se pusiera a mirarme de reojo oteando el horizonte pectoral de mis incipientes pechos de adolescente. Esa intuición se confirmó cuando me lo encontré un sábado por la tarde entrando en un antro gay en un barrio poco recomendable.

Así que, efectivamente, no se casó con una de aquellas puras beatas como se chismorreaba en la sala de estar pre-operatoria, ya que al menos fue lo suficientemente honesto consigo mismo de no casarse con alguien del sexo opuesto a quien nunca podría amar. Tampoco lo hizo mi adorable George Michael, que dejó de serlo para la mayoría de sus fans cuando descubrimos a nuestro pesar que era de la acera de

enfrente.

¡Qué desilusión! Mi querido George, al que cambié toda mi decoración estudiantil por la de Luis Miguel. Un tipo tan guapetón y resultón al que no le gustaban las mujeres. ¿Qué sería de todas nosotras con tal disgusto? Muchas nos preguntamos si esto también nos pasaría a nosotras. ¿Seríamos bolleras? ¿Me gustarían las mujeres? Era una terrible pesadilla pensar en un cambio así. Nuestras familias nos repudiarían, no nos casaríamos ni tendríamos hijos, sería una apestada a la que nadie querría ni contratar, y si además ¿fuera un mal que se contagiara?, ¿o solo era un mal de la fama que con las drogas y el alcohol te lleva a la perdición? Por suerte, estas dudas pasaron cuando llegaron los exámenes y nos tuvimos que concentrar en temas más terrenales, menos espirituales para así prepararnos para el futuro dejando de ser una fan desdichada.

Para mi suerte no tuve otra experiencia bucal hasta bien entrada mi madurez, y con la llegada de las sufridas agendas ya no tuve más sobresaltos que los habituales de acudir al martirio de las visitas más dentales y menos teatrales que las de mis años de juventud.

El tiempo provoca su efecto también en los seres superiores y el señor dentista recogió las arrugas sembradas: ya en fase de retiro tardío, sufrió además su adicional dolor, pero, en este caso, no fue ni molar ni físico sino dinerario.

Ya en el cambio de milenio, quiso la fortuna que recibiera un expediente en el que su dirección postal me hiciera rememorar aquella sala de torturas, sita en un edificio clasista, que se ubicaba justo al lado de uno de los cines (‘cinemas’ llamados en mi pubertad) más bulliciosos de la ciudad, que había sobrevivido al cambio de siglo y en el que confluían mis salidas lamentables con el alboroto de la emoción del estreno cinéfilo semanal de aquella desaparecida época.

< <Recuerdo con emoción aquella mi primera sesión nocturna, al filo de la media noche, en la última fila de aquel mismo cine reconvertido en X con el innombrable. La película era de lo más ordinaria, pero calentaba el ambiente y parecía que estuviéramos en medio de una sala de sexo grupal. Era tal nuestro ardor que me tragué entera la película y su verga, rememorando todavía aquel olor de semental que recorría todo el patio de butacas. Tras aquel abordaje cinéfilo pensé en que nuestra relación sería solo sexual y se acabaría pronto, como aquel último cine porno de la ciudad.> >

Tantos recuerdos amargos bucales me vinieron a la mente cuando

vi su nombre, el nombre del dentista en el encabezado del expediente. No dudé ni un instante en que debía no solo dedicarle toda mi sapiencia jurídica, que todavía era poca en aquella época, sino que además tenía que vomitar toda mi rabia deontológica aletargada. Un paciente le había denunciado por no querer hacerle una factura por la que se pudiera desgravar los gastos médicos.

Tras varios largos días de investigación dentífrica (no podía más que sonreír para mis adentros), cerré la carpeta procedimental con una notificación económica tan indecente como lo había sido su minuta diaria multiplicada por sus innumerables pacientes, a los que nunca tuvo a considerar en sus libros contables, no tanto por el hecho que el señorito no quisiera a bien tener sus súbditos pacientes en una lista contable, sino, más bien, porque el Estado no merecía a bien disponer de sus tributos, y menos aún cuando ese Estado se había convertido por arte de magia en democrático y excelso en su bienestar público. Vamos, que no le dio nunca la real gana de pagar impuestos y ahí estaba yo recuperando las rentas no declaradas de los últimos cinco años.

Firmé el acta condenatoria para cursar su correspondiente autorización y tramitar así la fechoría incurrida por el señorito dentista recordando otra de las fábulas populares que aquella sala de torturas generaba: el pobre perro del señor dentista había fallecido repentinamente cuando tras un paseo otoñal había cogido un resfriado (versión poco verídica) que se conjugaba con la inhalación de unos humos tóxicos provenientes de la parada habitual que el señorito realizaba en un salón restringido de fumadores de pipa, solo para hombres.

Estando ya en pleno siglo XXI ni hablaríamos tan recargadamente ni seríamos tan inocentes. Hoy dicho dentista viviría más tranquilo sin los chismorreos de las cuantiosas chismosas del pasado ya que no se encontrarían toda una tarde en la consulta ni dedicarían sus energías en algo tan personal. Todo gracias a la introducción de la cita previa.

La flor de lis

Siempre había querido vivir con vistas al mar. Disfrutar de una terraza o un jardín con el suave y agradable aroma de la humedad flotante y de la calima, y de ese rocío salino que adorna las mañanas veraniegas. Por ello, me apunté corriendo de voluntaria a pasar un verano tributario en una ciudad costanera, de ensueño marinero (al menos eso creía yo) aunque estuviera repleta de turistas.

Esperaba que me pasara como a alguno de mis amigos, que les envían a quiénsabedonde y van con todos los gastos pagados y, con suerte, hasta pueden acceder a primera clase ya sea en avión o en tren. Aquí, todo lo contrario. Es la administración pública y, aunque generes ingresos para el estado del bienestar, eso no cuenta, no importa. Así que no solo tuve que pagarme el desplazamiento, primero en tren y luego en autobús hasta llegar al paseo marítimo, sino que llegué a sufragarme la estancia con mi propio sueldo. Pero yo no desistí, todo lo contrario, así que busqué ayuda.

Carlos, mi fuente inspiración investigadora, se convirtió poco a poco en mi mentor real, no ya en fiestas carnavalescas sino más bien en algarabías tributarias de las que me contaba sus impresiones y propias experiencias, y de las que yo absorbía como si estuviera embelesada ante mi director espiritual e impositivo. No me recomendó ni que fuera ni que dejara de ir. Como buen consejero dejó que yo tomara mi propia decisión en base a dibujar el escenario que me iba a encontrar. No sería fácil pero aprendería mucho, no solo de los temas que nos ocupan sino también de la interlocución con los elegidos. Carlos y yo llamábamos "elegidos" a aquellos contribuyentes que han sido escogidos por alguna razón, nunca al azar, y estaban bajo sospecha por haber cometido algún error, ilegalidad o infracción.

Era la primera vez que salía del edificio administrativo, de aquel inmueble sin alma, por lo que yo misma me automotivé para conocer el exterior, ver qué pasaba fuera. Únicamente me recomendó pasar por el Ayuntamiento donde el concejal de economía haría un esfuerzo por ayudarme a encontrar un lugar para disfrutar de mi estancia. Mientras viajaba me volví a sentir joven aunque todavía lo fuera, superando ya la treintena con la edad de Cristo, como una vuelta a la inocencia juvenil de una primera aventura fuera del yugo parental. "Será mi Erasmus veraniego" pensé para mis adentros mientras empezaba a sentir el aroma playero que se aproximaba. No tuve oportunidad de realizar un Erasmus en mi época estudiantil, no existía entonces, y solo los más afortunados porque se lo habían currado mucho o los ricos podían conseguir estancias en algún país alejado de la familia para sentirse libres primero y estudiar después.

JO-DER. No fue un Erasmus veraniego, sino toda una carrera

universitaria de fondo en tan solo 60 días. Los se-sen-ta días más largos de mi vida. Ya empezó mal cuando el que yo creía iba a ser mi apoyo, mi mentor local, el concejal económico, pasó totalmente de mí cuando vio que mi trabajo iba a generar beneficio para el estado, pero no para el propio ayuntamiento. ¿Para qué me tenía que ayudar? Así que me sugirió muy cordialmente que me dirigiera a la alcaldesa, una de las primeras mujeres del país que lo consiguió y pensé que el lado femenino de su profesión me ayudaría.

Craso error. Le enseñé la carta de la encomienda de mi trabajo firmada por el inspector jefe y de aquí un frustrante diálogo:

—¿Así que vienes a poner en jaque a todos los matarifes de nuestro pueblo? —preguntó la Alcaldesa.

—¿Cómo dice señora Alcaldesa? No le entiendo... yo...

—Sí, aquí pone explícitamente '...revisar la contabilidad,... blablablá...y si fuera necesario supervisar la operativa diaria de los siguientes establecimientos...'

—Sí, ¿y eso es un problema Sra. Alcaldesa?

—Pero, ¿sabe dónde se está metiendo señorita? Esta relación incluye las discotecas, *afters* y salas de alterne propiedad de mafias rusas y alemanas de toda esta parte de la costa.

Glup, glup, glup tragué mucha saliva pensando que si el presidente Yeltsin había andado siempre de medio lado habiendo mal acabado, cómo sería un simple propietario discotequero.

—Me va a revolucionar el pueblo. Yo le recomendaría por su apreciada salud y veo que buena figura que se abstuviera de este disparate burocrático.

—No, no...,yo... yo venía a...

—Pues si creía que aquí venía a pasar sus vacaciones, olvídese. Yo no me voy a meter en esto, ya se apañará, pero, sobre todo, no me maree, no estoy para crear enemistades ni males peores de los que ya sufrimos.

Una entrada triunfal. Es lo que se llamaría. Y de allí a la entrada más apoteósica todavía en el apartamento. Un cuchitril total. Un apartamento con vistas a... ladrillos del apartamento contiguo, eso sí a 200 metros de la comisaría de la policía local y a unos 300 metros de la playa. La policía disponía de un par de apartamentos para agentes de paso o necesidades temporales, pero claro, no tenía previsto que alguien estuviera allí dos meses enteros. Ni aire acondicionado, ni frigorífico, ni un triste ventilador.

Pero si ya me llamaban Revoltosa de pequeña, ahora ya crecidita no iba a dejar de serlo. Así que a pesar que tuve que pagarles mi estancia a la policía porque según ellos iba a estar como si estuviera de vacaciones, no me amedrenté en solicitarles una nevera y un ventilador, que tampoco pusieron para mi desconfort. Me acerqué a la

primera tienda que encontré y me compré ambos electrodomésticos con mis propios ahorros. ¿Me iba yo a dejar acobardar por cuatro burócratas de tres al cuarto después de las puñeteras oposiciones y años de estudio para llegar donde había llegado? Una es funcionaria pública pero no solo no tiene un pelo de tonta, sino que tiene una dignidad.

Era viernes y pensé que al menos tendría el fin de semana para gozar de un merecido descanso y unos buenos baños tras estos primeros compases kafkianos. No pensé nunca que administradores públicos, de lo público, se pusieran en mi contra para mi quehacer también oficial, pero claro, eran políticos e imagino que además el trato que dispensaban a sus policías locales tampoco era para darles muchas alegrías, visto lo visto. Descansé y dejé volar mi imaginación pensando que estaba disfrutando de un resort, de esos que desde la playa podía vislumbrar a unos cuantos centenares de metros, con barra libre todo el día (con o sin pulsera) y teniendo cerca a un buen maromo italiano de aquellos que te quita el hipo tan solo por verle sus musculosos pectorales y soñando ya en algo más musculoso todavía, cuando...

¡Mierda! Me desperté bañada en sudores. No eran sudores de sensaciones sensuales, no, era el puto ventilador que ya no funcionaba. Se había ido la luz. Ni siquiera la instalación eléctrica funcionaba de forma correcta. ¿Dónde me había metido? Madre mía. Al menos, tenía lavadora y la ropa se secaba en poco tiempo gracias a la secadora que incorporaba. Hablando de madre, la había llamado la noche anterior para explicarle lo bien que estaba, lo bien que me habían recibido, y que incluso la alcaldesa había preparado un almuerzo con todos sus concejales para darme la bienvenida. Mi madre, tan inocente pobre, pensó que estaba metida en la película de ‘Bienvenido, Mr. Marshall’. Y no. Ni había sido bien recibida, ni me habían tratado como Miss y éramos más pobres que las ratas.

< < Soñar con el innombrable me relajaba y me excitaba a la vez. Ya no podía vivir sin sus mensajitos calenturientos por SMS. Me puso a cien recordar la última vez que hicimos el amor en un ascensor de cristal transparente, mientras subíamos y, a la vista de todo el mundo, me quitó las bragas, me subió la falda y me penetró hasta hacerme maullar mientras me cerraba la boca con sus fuertes manos. Quien pudiera volver a aquel hotel de cinco estrellas y no estar escribiendo sobre este cuchitril, aunque no sería por un calor similar, en un caso encendida por la pasión, y por la otra por el bochorno veraniego, porque la pasión como no la encontrara fuera, aquí sola no aparecería. > >

La mañana del lunes fue fácil. Un rutinario acceso a una empresa distribuidora de bebidas del listado en el que se pedía revisar unos ingresos y verificar que el IVA había sido bien anotado en sus cuentas y que cuadraba a la perfección con los datos que teníamos, y que aplicaban el *recargo de equivalencia*[2] de forma correcta. No le di mucha importancia a las típicas preguntas de "Ud. no es de por aquí, ¿verdad?" "¿Se marcha hoy o va a quedarse todavía un par de días?", que fueron repitiéndose a medida que pasaban los días, no solo con más frecuencia sino incluso con aires amenazantes, para que me largara cuanto antes.

Ya es martes. Martes y trece de julio. ¿Qué podría salir mal? Calor insoportable. Humedad al límite. No era todavía la época que se hablara del cambio climático pero ya se intuía que no podíamos vivir con esa presión constante y caldeada del tiempo. Pasé a la siguiente empresa del listado, una discoteca a la que tenía que visitar como todas las demás. Bueno, al menos una discoteca tendría algo de divertido. Llego. Todo cerrado. Claro, son las diez de la mañana. ¿Quién va a una discoteca a las diez de la mañana a menos que la abrieran para niños por algún festival playero? Así que me dirigí al quiosco de enfrente que vendía periódicos y revistas, a parte de playeras, toallas y flotadores, para preguntarle a qué hora abría la discoteca. ¡Qué vergüenza! Qué pregunta más tonta. Se creyó que continuaría bebida o con la borrachera del día anterior para continuar con la fiesta o en busca de un pendiente perdido en medio de una nublosa noche.

El quiosquero me miró de arriba a abajo y como yo iba recién peinada, bien puesta y no tenía pinta de borracha, se ofreció a darme un par de pistas, de que probablemente si volvía a media tarde me encontraría a los empleados y al jefe con los preparativos de la noche. Así que pensé en volver a mi "despacho" a prepararme dicha reunión con los datos y la información que venían con el expediente.

Carlos me había recomendado que me preparara todos los expedientes antes, que recogiera toda la documentación disponible, la ordenara y clasificara para llevármela. Por aquellos años, todavía ni existían los portátiles ni podías teletrabajar. Así lo hice, y puse los veinte expedientes en una maleta que pesaba más que las otras tres maletas de mi vestuario y mis cachivaches cosméticos juntos. Cuando pensé que mi nuevo despacho era un tugurio insufrible, decidí que cogía el expediente discotequero y me lo llevaba a la playa, a leérmelo con detalle.

Alquilé un parasol y una hamaca que, con mi toalla y bikini a rayas azul y blanco, conjuntaban con el entorno, dándome la sensación de estar en la costa azul francesa. Y eso creyeron también los de mi

alrededor. Cualquiera que se acercara me hablaba en francés, yo que de ese idioma vecino solo conozco aquello de *Voulez vous coucher avec moi?* que, de tan repetidas veces me han preguntado, que al final he acabado aprendiendo, y poco más, sino fuera por la práctica sexual de cuyo nombre no quiero acordarme en estos momentos, no porque no me guste, que me encanta, sino porque se me erizan los pezones ya solo de pensar en ello, rodeada como estoy de hombres que respiran testosterona por doquier mientras trabajo, o al menos lo intento, en una hamaca playera.

Tenía remordimientos de conciencia por estar rodeada de potenciales amantes cuando debería haberme acercado a la biblioteca pública, de la que la policía local me informó que disponía de aire acondicionado, pero preferí sufrir un poquitín, poner mis carnes al sol, y ser objeto de miradas, algunas discretas, otras más lascivas, hacia mi buena figura, como detalló la alcaldesa. Mejor tener este sufrimiento que soñar en una fría biblioteca sobre cómo deberían ser los hombres que visitaban esta parte de la costa. Tras una corta comida y una pequeña siesta en medio de tanta carne al asador veraniego, decidí volver a mis aposentos reales, reales porque eran como la realidad de la administración de este país, pobre y cutre.

Después de vislumbrar briznas de bronceado en mi piel ante el espejo, la única pieza entera del apartamento, pensé de forma positiva y, para mis adentros, que al fin y al cabo no me lo estaba pasando tan mal, que aunque este año mis treinta días de vacaciones los había cambiado por sesenta de estancia veraniega en un pueblo costero y veinte expedientes, no podía ser una mala decisión, como Carlos me había adelantado.

Hacia al final de aquella calurosa tarde me acerqué a la discoteca. La puerta estaba entreabierta y pregunté por el dueño del local. Me redirigieron hacia el interior, hacia un despacho que no parecía una oficina sino más bien un polvoriento y desordenado almacén de estanterías repletas de carpetas y papeles. Me atendió muy amablemente, de hecho no dejó de mirarme las tetas (me equivoqué con ese vestido de lino blanco pero, con ese calor asfixiante, al menos las pobres estaban bien aireadas) hasta que empecé a hacerle preguntas sobre cuánto compraba en bebidas, si vendía *tickets* de entrada a la discoteca, cuántas consumiciones vendían, etc. Fue entonces cuando dejó de mirarme lascivamente, paró en seco, tragó saliva con fuerza, frunció el ceño, se levantó con su gran estatura de alemán, de al menos metro noventa y de enorme panza, que pareció poner encima de la mesa, me preguntó con voz ronca, de todavía estar en fase de recuperarse de la resaca, “Y Ud. *Fraülein* ¿quién es? ¿No quiere venderme la última marca de Gin?”

Le saqué mi carnet de inspectora de Hacienda y no me entendió,

pensaba que era policía, que volvía a indagar por un asesinato que se produjo hacía ya tres años en la puerta de la discoteca y que dejaría huella en aquella parte del pueblo, eso me comentó el quiosquero como queriendo darme detalles para que le contara qué hacía yo allí. Cuando le expliqué que venía a verificar su contabilidad, y a comprobar que nuestros informes tributarios correspondían con lo que había declarado, me contestó:

—*Nein, nein, das weis ich nicht*, mi no saber —y me sugirió muy poco amablemente que me largara, empujando mi espalda con sus grandes manos para que me diera prisa en salir.

—Volveré otro día para verificar sus datos —le dije y puso una cara de no entender lo que le decía, de terrible enfado y gruñendo.

— Mi volver mañana. Mi volver mañana —le repetí pensando que si le hablaba como hacen en las películas los vaqueros a los indios americanos me entendería mejor.

—*Wenn sie zurückkommen, kommen sie mit einem übersetzer zurücksi.* Si fuelfe, fuelfa con traductorrr— me tradujo él mismo como sacando bilis por la boca.

Esas ocho o nueve palabras todavía retumbaban en mi cabeza cuando salí por la fuerza, zarandeándome hasta que me echó a la calle. Las conservé en mi cerebro como si fueran partes de un tema de mi oposición, como si tuviera que repetirlas como un loro. Pensé en aquel momento que si esto, en vez de una discoteca, fuera un campo de concentración, esas palabras alemanas todavía deberían sonar mucho peor y, que aunque no eran amenazadoras, tenemos esa consciencia sobre el idioma alemán de ser siempre los malos en las películas americanas de la ‘segunda gran guerra’, como la llamaban mis padres. Así que pensé que todavía me tenía que enfrentar a una nueva barrera, la idiomática, pero a mí, no me para nadie, y me sugerí a mi misma que debería buscarme un traductor de alemán.

Me desplacé a la comisaría y allí, aún sabiendo que no me ayudarían monetariamente, al menos les podría sacar información sobre qué traductor me podían recomendar y que no estuviera compinchado con el alemán de malas pulgas. Entonces decidí que esa noche tenía que ir a echar un vistazo a la discoteca. Para saber cómo era, qué pasaba allí e ir más sobre seguro al día siguiente, cuando ya tuviera ocasión de contactar con un traductor y decidir cuál era mi mejor estrategia para sonsacarle la información que le pedía. Así que esa misma tarde me dediqué a pensar en mi disfraz nocturno por si el alemán me viera y evitar descubrirme dándole excusas para echarme de su centro recreativo juvenil.

De esta forma, me puse un vestido menos escotado, no sea que por mis atributos y por mis pecas me reconociera. Oculté mi larga caballera con un moño que adobé con muchas horquillas para evitar

que se me desmelenara, me teñí las cejas de rubia y, luego, me puse unas lentillas de color azul. Lentillas de color azul como aquellas que descubrí que existían cuando mi amiga Pili que había viajado por primera vez a Nueva York y a su vuelta me confesó “yo tengo que conseguir volver y la próxima sin novio. No sabes de la de negros fornidos de ojos azules que hay en Manhattan. Estoy alucinada y no dejo de hacer el amor con mi chico pensando en ellos”.

Pobre inocente, otros que también la habían engañado. Yo he estado un par de veces en la gran manzana y nunca he visto un solo negro de ojos azules, supongo que sería una de esas modas pasajeras. No sé si volvió pero recuerdo que estaba ‘preocupadísima’ por su próximo viaje, aunque no tuviera fecha todavía, sobre si conseguía tener muchas relaciones con negros, porque a la larga le dejarían su vagina inservible para tener relaciones sexuales con blancos que se supone bailarían en su interior y la dejarían por estar suelta. ¡Menudas locas preocupaciones tienen algunas chicas!

Yo ya era otra, parecía una rubia, espectacular, eso sí, pero que en nada se parecía a la inspectora de la tarde. Me paseé por el centro. Cené fuera. ¿Cómo una rubia como yo iba a desperdiciar la noche en mi sudorienta leonera? Y me integré en la vorágine fiestera que se aproximaba. La gente se lo pasaba en grande y pensé que yo también tendría que hacer lo mismo. No iba a estar todo el día pensando en mis expedientes, y en mis visitas sorpresa a elegidos con malas pulgas.

Llegué a la discoteca a eso de medianoche. Como siempre, la entrada era gratis para las chicas y, obviamente, las chicas guapas como yo entraban antes, sin hacer cola; los chicos ahí aguantando la fila y a esperar la decisión del portero para entrar o no. Una vez conocí a un buen chico, muy majo, con el que estuvimos saliendo unos meses, que al pobre no le dejaban entrar nunca, ya pudiera ir bien vestido con traje o con tejanos y zapatillas blancas de deporte. Nunca entraba y me tocaba siempre convencer al portero de que le dejara entrar, que iba conmigo. Pero me estoy desviando del tema.

Ya estoy dentro. Una discoteca más en mi vida y ya van… no quiero ni contarlas. Llegó un momento que iba con mis amigas a la discoteca ya solo para pavonearme un poco, y pasarme la noche riéndome de éste y de aquel contestándoles que no a todo. Esta disco era diferente porque tenía tres alturas y podía actuar como aquellos aguiluchos que vuelan a lo alto vislumbrando desde las alturas la aparición repentina de su presa. Así que me acerqué a las cúspides, y desde allí divisé cuanto sucedía, y sucedía de todo, como podía esperar.

Cientos de personas, de aquí para allá, unos bebiendo, otros bailando por aquí, otros esnifando por allí, otros acaramelados en los rincones oscuros, otros apoyados en la barra esperando que apareciera

la churri de turno. Era una gran fiesta. Así que me dejé llevar. Me tomé un par de gin-tonics. Y ya me olí que los gins se rellenaban a mano en garrafas porque aquello ni tenía gusto de Beefeater ni de Tanqueray que había pedido. Si a primera hora ya las rellenaban, a las tres de la madrugada ni imagino qué pondrían, porque las que tenemos cierto olfato, a partir del tercer o cuarto gin-tonic se nos olvida todo, pero sabía de otras discotecas que al menos respetaban las dos primeras horas, e iban cambiando de botellas a medida que avanzaba la noche. Pero bueno, yo no venía a informar sobre ginebras y sus fragancias alcohólicas.

Ya cansada de seguir pensando en mis actuaciones profesionales, decidí ponerme a bailar y dejarme llevar por la música olvidándome del resto. Así que tras dos buenas horas de bailoteo, volví a la carga, a por mi tercera bebida sin estar preocupada ni por su aroma ni por la marca, y entonces fue cuando apareció el bombón de la noche, una buena presa. Apoyado en la barra cual buitre italiano en busca de su conejito ardiente. Vestía como italiano con su *giacca*[3] bien puesta, llevaba gafas oscuras y se parecía al chico del Martini que tanto hemos soñado unas cuantas pánfilas como yo. Tenía que ser italiano, sí o sí. Giuseppe, me dijo que se llamaba. Intercambiamos cuatro palabras en italiano. La conversación duró poco y acabamos en los baños follando como locos. Allí se quitó su *giacca* y le arranqué, durante nuestros ímpetus carnales, parte de la camisa, descubriéndole en su hombro derecho un tatuaje de una especie de flor de lis.

Fue un polvo tremendo que sirvió para desfogarme, tras las adversidades acontecidas hasta el momento. Tengo una amiga un poco loca, profesora de instituto, que les sugiere a sus alumnos, tanto chicos como chicas, que para pasar los nervios previos a un examen, lo mejor que pueden hacer es masturbarse. Me reía con ella por si había contabilizado cuántas visitas a los baños se hacían durante la hora previa a sus exámenes y ella me contestaba riéndose a carcajadas que "de casa se tiene que venir bien masturbado".

Así que yo había optado por otra variante de actividad sexual pero que me permitía conseguir el mismo objetivo, el de desfogarme ante próximas adversidades, aunque fueran a suceder en este caso al día siguiente. Tenía cierta intuición sobre qué líos administrativos iba a tener con el alemán de las manos grandes y al que, por cierto, olvidé en toda la noche, ni siquiera le vi. Ahora tocaba dormir a pierna suelta como merecía.

Al día siguiente, me acerqué a media tarde a la discoteca con el traductor alemán y nada conseguimos. Poco más que comprobar que el alemán no iba a soltar la información, y que no se iba a dejar asustar por una inspectora de tres al cuarto, tal fue la traducción realizada. Habiendo visitado su despacho del que nos echó en

volandas, por segunda vez. Pero tenía que conocer los datos para contrastarlo con la realidad y hacer mi informe. No podía admitir pasar al tercer establecimiento sin haber resuelto éste antes. Así que decidí situarme enfrente de la puerta de la discoteca desde la hora de su apertura hasta la hora de su cierre y contabilizar por horas cuánta gente entraba y salía, cerciorándome de que no había otra salida posterior.

Así lo hice. Me compré una pequeña mesa y una silla portátiles que situé justo enfrente de la discoteca, al lado del quiosco cerrado, con un libro de registros para ir contabilizando un registro horario durante una semana, y así conocer el promedio semanal y los días de mayor afluencia para poder hacer mis propios cálculos de cuánta gente entraba y consumía a partir de datos estadísticos del sector de la propia agencia tributaria. El primer día nadie notó nada, pero ya en el segundo y el tercer día el portero estaba con la mosca tras la oreja pensando que era una especie de estanquera portátil, y ya en el cuarto y el quinto día el alemán de malas pulgas salió con grandes aspavientos y gritos quejándose, pero claro, allí en medio de la vía pública no podía hacer nada, y más bien asustaba a sus propios clientes. Así que después de unos cuántos ladridos volvió a su redil.

Llegó el siguiente miércoles, día que cumplía una semana sentada ahí fuera, y seguía contando cuando ya salió el gran alemán enfurecido, esta vez iba desbocado. Me cogió la mesa y la silla, y las hizo trizas. Pensé que me pegaba. Se armó una buena y nos rodearon un grupo numeroso de gente. Pero yo le tenía preparada una sorpresa. Y me fue bien que llegara la policía local en aquel momento para ver qué pasaba. El alemán junto a su fornido armario de la entrada me acusaron de vender tabaco ilegalmente, pero todo quedó en agua de borrajas, porque no pudieron probar nada. Yo solo llevaba encima un libro con numeritos, sin más, ni siquiera fumaba.

Eran ya las 2h de la madrugada. A esa hora había convocado al traductor alemán para que me ayudara a traducir verbalmente el *requerimiento*[4] que había preparado hacía días y que había llegado esa misma mañana por fax urgente: la confirmación para realizar una inspección en la propia discoteca. Así que busqué el golpe de efecto ideal: me dirigí con el policía local al que llamaban Pepe, del que su olor me cautivó, recordándome a alguien, pero que no me vino a la memoria en aquel momento, concentrada como estaba en menesteres más importantes. Le mostré el documento que me permitía entrar en aquel chiringuito en cualquier momento, y le saqué mi carnet de inspectora. Me dio un susto cuando, incluso en aquel momento, se me cuadró y nos fuimos a la entrada a la que el portero no pudo negarse. Al alemán casi le dio un soponcio cuando me vio entrar junto a la policía, con el traductor y dos agentes tributarios más de la delegación

venidos a propósito esa misma tarde para la inspección. Parecía una redada policial más que una inspección administrativa tributaria.

Se montó un 'show' descomunal. Corrió como la pólvora. Se enteró toda la población e incluso los propios vecinos que andarían ya hartos de las juergas diarias de la vecina discoteca, salieron a ver qué pasaba, se acercaron e incluso me aplaudieron cuando salimos todos al cabo de una larga hora con las carpetas y una copia de los datos del ordenador del alemán dejando casi vacías todas sus polvorientas estanterías. El vecindario gritaba y lloraba de emoción argumentando que el alemán era un sinvergüenza, que les tenía a todos atemorizados con pegarles si llamaban a la policía e incluso tuve la sensación que la propia policía se veía sobrecogida por dichas amenazas, dado que la alcaldía y el concejal de orden público no mostraban ningún interés.

Tras el desahucio del papeleo, el expediente pasó a la central al requerir una persona dedicada a deshojar los detalles durante dos o tres meses, y yo tenía todavía mucho que hacer durante las semanas siguientes. Ya todo fue mucho más sencillo. A la tarde siguiente, el periódico local emitió una edición extra con un titular un tanto extravagante: 'Hacienda toma el centro del pueblo', explicando todos los detalles con las opiniones de los vecinos ante la omisión voluntaria de la opinión del partido del gobierno local. En un encuentro posterior, le insinué al concejal económico que al menos mi actuación había servido para que el periódico local vendiera más ejemplares ese verano, generando un estado de opinión durante el resto de semanas, contrastando apreciaciones en todos los sentidos, y mediante encuestas tanto a vecinos como a establecimientos, intentando indagar quienes habían sido abordados por mi presencia.

Así que todo ello facilitó mi vida administrativa. Todos los elegidos colaboraban en buena medida y los dieciocho restantes expedientes fueron mucho más tranquilos, algunos con ciertas irregularidades pero nada comparado con mi, esta vez sí, entrada triunfal discotequera. No más amenazas ni exaltaciones ni malos modos. Aquellos sufridos elegidos me miraban más con cara de ir a ser degollados que de mostrarse desafiantes. Los vecinos me acabaron saludando día sí y día también, e incluso una señora me invitó a cenar a su casa. Para aquel pueblecito costero era toda una novedad, era como vivir en medio de una novela negra para los largos y soporíferos veraneos que todos aquellos turistas y visitantes traían consigo.

Pocos días después de mi triunfo y pasando por delante de la comisaría, descubrí un policía local que al arremangar su blanca camisa llevaba en su hombro derecho un tatuaje de una flor de lis, y le pregunté de forma inocente por aquel tatuaje. Me confesó que aquello no era una flor de lis, sino que en realidad se trataba de una flor que adornaba la parte derecha del escudo de la población y que, para

mostrar su compromiso con la ciudadanía, todos los agentes se habían tatuado dicha flor en el hombro derecho desde que había llegado la nueva alcaldesa. También le pregunté por la nacionalidad de los turistas y si habían muchos italianos por esas fechas, y me dijo que no, que ellos como buenos italianos llegaban siempre en agosto, antes de lo que llamaban el período de 'ferragosto' cuando el emperador celebró un festival para celebrar el final de la siega y la recolección agraria. Así que el buen follador Giussepe se llamaba en realidad Pepe. Bueno, un *ragazzo* menos, y un local más en mi fogosa vida nocturna.

El innombrable

Me habían educado para tener hijos y formar una familia. Tendría que atinar en encontrar una pareja para casarme, pero yo me resistía. Solo por el hecho que me educaran en un sentido, yo, como revoltosa, tendía a todo lo contrario. Desobedecía todo lo establecido en las relaciones sentimentales. En lo relativo a la profesión era bastante menos revoltosa, mucho más sensata, porque una sabe que tiene que comer todos los días.

Me podría haber encontrado mi potencial pareja en la cola del súper, en excursiones montañeras, en visitas culturales, en eventos grupales o en cualquier lugar decente que pudiera utilizar mi olfato por alcanzar un amor verdadero, evitando las webs de citas por pensar que eran un lugar de fidelidad engañosa. Finalmente, sin esperarlo, fue en un encuentro laboral que descubrí a mi magnífico objetivo. Y para no descubrirle, al menos hasta que él quiera, le llamaremos "el innombrable".

Le conocí en Italia. No, no era italiano. Fue en un intercambio con la Hacienda italiana en la que participamos algunos inspectores de distintas ciudades españolas en Milán para realizar unas largas sesiones de contraste de pareceres entre ambas partes, y ahondar en cómo afrontar los nuevos retos ante los cambios estructurales de armonización fiscal que la Unión Europea pretendía realizar.

Fueron unas sesiones muy interesantes y productivas para abrir la mente de muchos de nosotros, que nos centramos en nuestro trabajo cotidiano, tanto que a veces siento como si fuera uno de aquellos burros que les tapan sus ojitos con grandes orejeras para estar viendo solo el camino a recorrer, comiendo alfalfa durante el día y que, de vez en cuando, les empujan a andar con afiladas espuelas.

En nuestro caso, somos inspectores con orejeras para vislumbrar solo el camino que quieran que recorramos y nos empujan con incentivos por productividad. Sí, somos una fábrica de búsqueda de elegidos para conseguir disminuir el dinero negro y aumentar la recaudación de aquellos que han conseguido librarse ilícitamente de pagar impuestos. Si pusiéramos una campanita en la bolsa de ingresos, podríamos estar todo el día oyendo clinc-clinc clinc-clinc y ver cómo se va llenando.

El innombrable era un amor de hombre, una potencial y perfecta naranja, al menos eso creía yo. Atendía despierto y participaba activamente en las conversaciones, algunas complicadas porque allí cada uno hablaba en español o italiano y nos entendíamos como podíamos, porque con el inglés hubiera sido francamente peor. Al final del día, los grupos mixtos volvían a agruparse por su nacionalidad, y allí desengrasábamos nuestros encallados discursos

volviendo al redil de nuestra particular realidad local. En ese momento era cuando el innombrable brillaba más que nunca. Era capaz de resumir lo aprendido durante el día y darle unos toques humorísticos a las diversas opiniones y versiones de los participantes exagerando, sobre todo, los innumerables aspavientos de brazos y manos de la parte italiana. Para mí, el reír es la base del amor. Sin risas no hay amor, y con risas todo es posible.

¡Y fue posible! Como si estuviéramos en clase, como dos adolescentes en el instituto, compartíamos sonrisitas cuando alguien se equivocaba o esgrimía una certeza inadecuada sobre los temas tributarios que se discutían; me lanzaba bolitas de pan mientras comíamos; me venía a pedir un boli de color distinto del que tenía; se acercaba sigilosamente por detrás cuando estaba en plena discusión grupal sobre un tema serio y me hacía cosquillitas en la cintura; vamos, que revoloteaba a mi alrededor todo el día hasta que chocamos cara a cara cuando nos dirigíamos a un lavabo y sus labios pasaron tan cerca de mis mejillas que se ruborizaron de repente, nos volvimos a sonreír y nos besamos apasionadamente tras cerrar la puerta para no ser la comidilla del grupo.

A partir de ahí, ya todo pasó muy deprisa: esta noche en mi habitación, la próxima en la suya, a media tarde de nuevo visita al aseo y llegó el fin de curso con cena de graduación pero sin baile. Entre sonrisa y cuchicheo, decidimos alargar nuestra estancia milanesa el fin de semana sin el resto del equipo. Les dimos largas el viernes por la tarde y desaparecimos del mapa fiscal italiano. De común acuerdo apagamos nuestros móviles y nos ocultamos en un hotelito para enamorados con vistas al lago Como. Fue tanta nuestra pasión que incluso la luna se nos acercó para corroborar nuestra aventura brindándonos sus reflejos en las sosegadas aguas del lago, que se vislumbraban desde nuestro propio lecho de amor. Creo que me enamoré tanto del innombrable como de la luna. Fue un hechizo de luna que me convirtió en su esclava sexual primero y sentimental más tarde.

El innombrable medía un metro y ochenta y dos, de poco pelo en pecho y larga cabellera, sin ser musculoso pero de cuerpo esbelto, siempre bien peinado y afeitado, con cara de inteligente, de profundos ojos simétricos de color avellana y de cuidado contorno, y de sonrisa picarona, como la mía. Poseía el suficiente atractivo para cumplir mis deseos y requerimientos. Además destacaba por su buena cultura, buenas maneras y conocía bien al menos los tres idiomas que se usaban en las reuniones, lo que debía ser síntoma de haberse criado en una familia acomodada.

Llegó el fin de fiesta y nos tocó cada uno volver a su ciudad, con una gran pesadumbre y con la promesa que pronto nos volveríamos a

ver. Y así fue. En tan solo dos semanas, nos volvimos a reunir en un lugar intermedio entre nuestras distanciadas grandes ciudades. Y me sorprendió con un inmenso primer regalo: la primera Blackberry. Yo ni sabía que eso existía. Era un regalo carísimo que me hizo para que "pudiera comunicarse conmigo rápidamente, todos los días, escribiendo mensajitos SMS con un teclado monísimo y sin tener que esperar minutitos por mi viejo Nokia".

Durante unos cuantos meses estuvimos viéndonos al menos una vez al mes e, incluso, en una ocasión se presentó de forma sorpresiva en nuestra Delegación entre semana sin avisarme, y me pilló aquel día con coleta, es decir, sin haberme lavado el pelo (ya se sabe cómo ocultamos las mujeres nuestra falta de quehaceres diarios) y, peor todavía, sin haberme depilado. Me sentía como si mi propia melena me acariciara las piernas. No pudo quedarse esa noche y yo insistí en acompañarle a la estación; le agarré del brazo, cogimos un taxi, llamé con su gran regalo a un hotelito que conocía para reservar una habitación un par de horas, le di el alto eufóricamente al taxista en cuanto llegamos al hotel, nos fuimos directos a la cama para un aquí-te-pillo-aquí-te-mato a oscuras (para que no me viera mi osada pelambrera) y sentí haber renacido nuestro hechizo lunar. Nos despedimos con prisas porque perdía su tren y, así, pude tomarme una duchita tranquilizadora tras el conato de pasión.

Gracias a su súper regalo, estábamos muy conectados a través de mensajes, comunicados sí pero no tengo tan claro que estuviéramos conectados emocionalmente. A veces creo que lo avasallaba a preguntas y otras veces me daba la sensación que evadía las respuestas a mis interrogaciones. Le preguntaba por sus padres, por su familia, por sus anteriores amantes, por sus viajes, por tantas cosas que casi siempre me salía con evasivas del tipo "Ya lo sabrás a su tiempo", "No tiene importancia " o la más usada "¿Y tú qué crees?".

Manía persecutoria

La manía persecutoria es considerada una enfermedad mental, que forma parte de trastornos delirantes. Este tipo de pensamiento es una forma menor de infelicidad, que puede mejorar si la persona entiende que el problema comienza con ella misma. Eso es lo que me diría mi psicóloga. Fue mi realidad cotidiana durante un tiempo.

Todo empezó por una reunión habitual con un asesor, de esos expedientes aburridos que no hace falta ni mencionar, que bostezas solo con abrirlo por la primera página, y, cuando llevas ya más de veinte, con todas las páginas llenas de números, acabarías durmiéndote sobre la propia mesa. Era aburrido hasta él y no lo vi venir. Como no cuadraban los números suyos con los míos, caso también bastante habitual cuando el elegido y su asesor esconden una contabilidad B (sí, sí que la esconden aunque digan que no, aunque yo sin experiencia me creyera que me decían siempre la verdad), me pidió el teléfono para corroborar una información antes de mandármela de forma oficial, y piqué, le di sin pensar mi número de teléfono móvil.

No recordé en aquel momento lo que me explicó mi amiga Pili, que trabajaba en una empresa privada y usaba también su propio teléfono móvil para hacer tanto llamadas profesionales como particulares. Antes, las empresas de poco pelo se excusaban en los costes de telefonía para no dar dispositivos móviles a sus empleados pero, desde que cuestan mucho menos, no debería ser un problema comprar un móvil para un empleado que lo necesita. Pili tuvo que convencerlos que, por el hecho de ser mujer, necesitaba tener su móvil profesional para poder discriminar las llamadas profesionales de las particulares. Sus jefes no se lo creían hasta que confirmaron en su listado de llamadas que algunos clientes la habían llamado a las dos de la madrugada para invitarla a una fiesta en una discoteca. Así que, aún estando sobre aviso, caí de bruces en las garras de aquel asesor.

Me llamó al día siguiente para confrontar datos, una conversación profesional sin trascendencia aparente. Al cabo de una hora me envió un SMS del tipo “Muchas gracias por tu tiempo. Ha sido un placer conversar contigo”. Me parecía aburrido y ni siquiera me fijé en él cuando nos reunimos la primera vez.

En la segunda reunión, me pareció menos soporífero pero no divertido, y él se empeñó en demostrarme que lo estaba haciendo muy bien: decía que su cliente era “poco comedido con los gastos y que se había pasado de listo”, como queriéndome engatusar con simples argumentos. A veces qué poco fieles son los asesores para con sus clientes, al menos eso demuestran delante de mí; seguro que ante el elegido su argumentación es muy distinta e incluso tergiversada. Lo

miré, sonreí y se me quedó mirando, embobado. Pensé “este chico es más resultón de lo que parecía”. Nos despedimos. Al cabo de una hora me envió un nuevo mensaje “Ha sido un placer verte de nuevo. Ya espero con ansias la próxima reunión”. No me lo tomé mal pero no le contesté, pensando si era por cerrar de una puñetera vez ese expediente tan embarullado repleto de inconsistencias numéricas, o por mí.

Esa noche estaba sola. Llevaba una época sola, sin amoríos previstos ni cercanos. No es que anduviera cansada de los vaivenes del amor, pero a veces necesitaba mi propio espacio, reposar y dar cierta tranquilidad a mi mente. Así que cené una ensalada y fruta junto a un par de copas de buen vino tinto riojano. Me puse la película *Lost in translation* para distraer mi mente de expedientes y números. Y con la modorra del vino y la lentitud de la película, me quedé dormida en el sofá de casa de mi apacible hogar.

A la mañana siguiente, me envió un mensaje preguntando si tenía un momento para revisar cuatro cosas y ver si cerrábamos el expediente. Debió ser el recordatorio de la peli de la noche anterior, que descubrí que al menos llevaba más de un mes sin tener ningún tipo de relación, y me empezó a subir un calor uterino antes de su tercera reunión. Solo quedaban cinco minutos. Recordé entonces la recomendación de mi amiga para reducir los nervios; pasé por el baño y me masturbé allí rápidamente. Me sorprendió que me pusiera a pensar en él. Dicen que los hombres se corren en menos de 3 minutos pero una mujer, si se lo propone, lo hace en menos tiempo. Así con el sudor de la entrepierna superado, me acerqué a la sala de reuniones, calmada tras mis dos minutos de pletórico onanismo.

La relajación post-masturbación me hizo tener la mente despejada y volver a la realidad. Así que tuvimos aquel tercer encuentro para cerrar flecos dinerarios y dejarlo todo listo para que el elegido aceptara la conformidad y, por fin, cerrar un expediente monótono y sin trascendencia. Durante la reunión, volví a fijarme en él y pensé en cómo se me había ocurrido recordarle tan solo en aquellos momentos de pequeño fragor clitorial. Debió ser mi falta de amor carnal que ya me acercaba a aquello de ‘agarrarse a un clavo ardiendo’. Se despidió de mi con un “Habrá que celebrar este cierre final tan glamuroso” y, por un breve momento, me tapé la cara como si hubiera descubierto mi rápido ejercicio previo, pero no, se refería a mi presencia.

—Hay finales más glamurosos— le contesté con media mueca, recordando para mí misma que había tenido momentos masturbatorios más longevos y placenteros.

Una hora después, justo 60 minutos, ni más ni menos, me envió otro mensaje: “¿No te apetecerá celebrar este cierre?” y pensé “Este chico, bueno, hombre, es tonto. ¿A quién se le ocurre ligar con una

pregunta negativa que tendrá todos los indicios de recibir una respuesta negativa?” Así que le contesté con un simple “No”, y espero que no me molestes más, para mis adentros; no hay que ser desconsiderada ante terceros, al menos me educaron en mostrar respeto.

< <Nos mandábamos mensajes sobre nuestras fantasías sexuales entre semana para ir calentando el ambiente para el fin de semana. Nos autoorganizábamos para quedar a medio camino entre la ciudad en la que él vivía y la mía, pero no era en un sitio donde las parejas normales se encuentren, no. Organizábamos una gincana con lugares secretos por descubrir y terminábamos haciendo el amor en una era, en una bodega, en una cueva, en lo alto de una cima, en un jardín público, eso sí, disfrazados para la ocasión como granjeros, viticultores, espeleólogos, alpinistas, jardineros. Recuerdo con ternura el día de San Valentín, él disfrazado de cupido y, yo, de bella damisela, nos encontramos en una cafetería de la plaza Mayor donde todos los transeúntes nos miraban y se morían de risa. Juegos de enamorados.> >

Dos días después recibí un nuevo mensaje: “Hola. Había pensado en venir a verte para otro asunto que necesitaría tu asesoría.” Vaya excusa se había preparado más poco elegante. Si quería ligar, debería separar sus mensajes de la profesión, en caso contrario, yo no iba a ayudarle en algo que no tenía entre mis manos; para eso ya le pagaban a él y no a mí. Así que le contesté:

—No asesoramos para ningún caso, ni tampoco está en nuestro rol profesional hacerlo.

—Entonces tómatelo como un favor personal.

—No hacemos favores personales a asesores ni contribuyentes —yo hablaba siempre en plural para que viera que era una respuesta profesional, nada personal.

—Pero yo no soy un asesor cualquiera, soy, soy un asesor muy serio y profesional.

Tras unos minutos de pasar por el baño, refrescarme la cara del enojo que empezaba ya a tener, contesté:

—Entiendo que eres muy profesional. Ya lo has demostrado y ya sabrás valerte por ti mismo.

—No sabes lo feliz que me siento al saber que me consideras un gran profesional —respondió ipso facto.

—Gran profesional no lo he dicho yo, lo has dicho tú —contesté unos segundos más tarde.

—Bueno, un ‘muy profesional’ como dices tú. En todo caso, quería

verte.

—¿Para?

—¿Para qué va ser? Me haces feliz solo de verte, y también en pensar en que voy a volver a verte.

—Pues no va a ser así. No me vas a ver más.

—¿Por? ¿Te cambias de trabajo o de unidad?

Maldita sea, no lo había entendido o no quería entenderlo. Lo dejé estar. Al cabo de otros 60 minutos exactos, vuelta al mensáfono:

—Había pensado en invitarte a cenar para celebrar nuestro fortuito encuentro.

—Maldita sea, por qué se me ocurrió darle el móvil. No le contesté. Al cabo de otros 60 minutos exactos (era siempre tan constante):

—Bueno, no tiene por qué ser esta misma noche, hay muchas otras noches, ¿y cómo lo tienes este sábado?

—Ocupada. Lo siento —contesté por error.

—¿Y el próximo miércoles? Tengo entradas para el teatro y quizás te vaya bien.

Apagué el móvil enojada. Ya pensé que mejor no contestarle ni ahora ni nunca más. Cuando regresé a casa, pensé que me faltaba algo y no sabía qué era, creo que me había dejado algo por hacer esa tarde. Y no. Era simplemente que como tenemos la costumbre de conectar con otros a través del móvil, me sentía sola tras estar trabajando tres horas, sin haber contactado ni haber hablado con nadie tras mi regreso a casa en un tranquilo paseo. Notaba la falta del dispositivo. Qué cosas tiene la tecnología. Encendí de nuevo mi móvil y tenía un mensaje de él justo cada hora transcurrida desde el último. Decidí que lo mejor era bloquear su número, borrar todo el rastro de mensajitos, que además me ocupaban mucha memoria en mi Blackberry, y bloquearle. Pensé que así me dejaría en paz.

Llegó el último día laborable de la semana. Los viernes salgo a las tres , al menos lo intento, tener ese día por la tarde libre. A veces, lo combino para salir el fin de semana o a veces simplemente para pasear por la calle, mirar escaparates, ir de tiendas sin comprar (¡pobres dependientas!) y distraerme sin grandes preocupaciones. Me sentí vigilada, como si alguien me siguiera. Tuve esa sensación, pero llegué a casa sin ningún sobresalto.

Lunes. A media mañana me acerqué a la cafetería de Paco, y al salir me lo encontré de bruces, casi que me caigo al suelo al tropezar con el susodicho.

—Anda qué casualidad. Con otro expediente estoy y me vienes como anillo al dedo.

—Pues no llevo anillos. Lo siento. Tengo prisa. Me esperan en una reunión.

—Bueno, puedo quedarme hasta más tarde, o podríamos quedar a

comer.

—Lo siento. Tengo prisa. Adiós.

Él se quedó ahí en medio de la calle sin saber si acercarse a la Delegación de Hacienda y seguirme, o rehacer su camino.

Martes. Eran ya las siete de la tarde. Estaba cansada. Me fui a casa andando como casi siempre. Volví a tener la sensación que me seguían. Hice cuatro quiebros y ahí estaba él. Se había parado en un escaparate de zapatos de mujer, o sea, que se había quedado quieto para despistar, no creía que se pusiera zapatos de mujer aunque nunca se sabe, podría tener noches locas, pero no parecía que fuera de ese tipo de hombres. Aproveché que estaba enfrente de una parada de autobús y que había uno con las puertas abiertas. "No se adónde va, pero al menos habré desaparecido de su hostigamiento", pensé.

Miércoles. Me siguió otra vez. Encima ese día, no podía verlo precisamente, día de los enamorados, que no estaba enamorada de él y que además el Supremo absolvía a un hombre del delito de maltrato psíquico a su amante, al considerar que no era violencia doméstica. Necesitaba salir y airearme. Así que quedé con amiga Pili y se me cruzó en la cola del cine. No le hice caso, como si no le hubiera visto. Pero, ¿no iba al teatro? Maldito sea.

Y el jueves saliendo del restaurante donde comía, y el viernes entrando en una farmacia. ¿Qué tenía que hacer? Sábado por la mañana. Miré por la ventana y estaba ahí esperándome, semiescondido tras un árbol. Sábado por la tarde. Decidí que me iba a la peluquería, estuviera o no. No estaba. Menos mal. Salí de la peluquería y estaba tomándose un café en la misma esquina. Domingo. No apareció. No salgo de casa. Lunes. Fui a trabajar. A media mañana salí con mis compis al café de Paco. ¡Dios! Ahí estaba sentado tranquilamente en la terraza de la cafetería.

¡Me tenía harta! Esto se debería acabar. Me fui a hablar con mi jefe, le expliqué la historia y me dijo que lo mejor sería hablar directamente con él y arreglarlo. Le contesté: "Yo no me quiero meter a discutir con un desconocido, que quizás esté loco". Así que cogí sus datos de asesor, al menos conocía sus datos y sabía dónde trabajaba. Me fui a la policía y le puse una denuncia, hice copia de la denuncia y se la envié por burofax a la empresa donde trabajaba. La policía ya me dijo que no serviría de nada porque no había habido ningún problema, pero que, a veces, poner la denuncia y hacérsela pública al demandado le hacía recapacitar. Eso hice y fin del problema.

Ya no volví a saber de él durante semanas, de hecho, ya ni me acordaba de él. Esa iba a ser una de esas noches de sábado loco, con mis amigas decíamos siempre que "vamos a triunfar" y luego ya se sabe que ni triunfábamos, ni salíamos bien porque una u otra había cogido una cogorza y no teníamos otro remedio que llevarla a su casa

antes de hora, o si acabábamos tarde, tarde, tan tarde que nos amanecía y ya no sabíamos en qué día vivíamos. Pero no. Esa noche iba a ser diferente. Estábamos de copas en uno de esos últimos bares de moda y ahí estaba él, sentado solo en la barra, bebiendo alguna pócima mágica para levantarse su propia moral, por la cara que me llevaba. Pobrecito, me dio pena, así que me acerqué.

—Glup, glup —tragó duramente su copa como si hubiera visto a Drácula.

—Tranquilo, hombre, tranquilo, que no chupo sangre ni te voy a volver a denunciar.

—Glup, glup. Tranquila Revoltosa, tendría que haberte hablado antes —masculló con una voz ahogada entre el alboroto de mis niñas y los buitres que las rodeaban.

—¿Revoltosa? ¿Cómo puedes saber cómo me llamaban de niña? —Le miré a los ojos, pequeños, penetrantes, tenían una mirada que recordaba, me recordaba a…

—¡Juan Carlos! Pero si eres Juan Carlos, ¿verdad? No te había reconocido con esa barba, cómo has cambiado, si pareces otro, si eres otro. — ¡Menuda gran metedura de pata! Denunciar a Juan Carlos, cómo se me ocurrió, y cómo no me di cuenta. Claro que Pérez hay muchos, pero Juan Carlos, Juan Carlos solo uno, bueno, en mi vida, solo estaba él.

—Ha pasado mucho tiempo, más de veinte años ya.

—Pero ¿por qué no me dijiste que eras tú?

—Ya sabes, siempre he sido muy tímido con las mujeres, y más contigo. Y después de lo que me hiciste, más todavía. —¿De qué estaba hablando?

Me contó lo mal que se lo hice pasar. Ya llevaba al menos tres o cuatro cubatas cuando empezó a soltarse, explicándome que para él había sido eterno su amor hacia mí, su primer amor, que yo le escribía papelitos con poesías que hacía que a él se le hinchara más y más el corazón pensando que yo también estaba enamorada (yo lo hacía por ser Revoltosa, más bien), que luego le dejé en ridículo cuando en un festival que organizó la escuela mostré bien claro en público que él no sabía bailar, y menos hablar con las chicas. De todo aquello, yo apenas recordaba nada, vagamente que bailamos y que él no sabía estaba claro, pero poco más. Mis notitas sentimentales todavía las guardaba todas juntitas en una carpeta, sesenta y cinco le había escrito, madre de Dios, si estaba más loca que revoltosa.

Me contó su vida. Se había casado, tuvo una niña a la que puso mi nombre (¿se llamaría Revoltosa?), y luego su mujer murió en un accidente de tráfico cuando la niña era pequeña. Sus padres (todavía recuerdo a su padre, que siempre me regalaba un chupa-chups, encantado de verme cerca de su hijo) estaban enfermos; los cuidaba y

mimaba todos los días, igual que a su hija. Vamos, lo que diríamos un 'chico unicornio', un amor de hombre, tan difícil de encontrar, que se ocupa y preocupa por su familia. Que el trabajo, bueno, era un buen trabajo. Había empezado estudiando periodismo pero lo dejó porque pensó que, con lo tímido que era él, no se comería un rosco en la profesión, así que estudió derecho, se especializó en la parte fiscal, y de ahí anduvo en varios despachos de abogados hasta que acabó trabajando donde estaba ahora. Que al verme quiso explicarme quién era, cómo se había enamorado platónicamente de mí, y que tras cada intento por hablar conmigo, más aún metía la pata, hasta que ya dejó de intentarlo cuando le denuncié.

De repente me vino un *flash-back* recordando a mis padres que siempre me habían empujado a crear una familia, a tener hijos y nietos para ellos, a cuidar del hombre que llegara a ser mi marido y, sobre todo mi madre, me discurseaba sobre encontrar una pareja que fuera respetuosa conmigo, amigable, familiar. ¿Y si fuera Juan Carlos ese amado yerno que mi madre querría tener y del que yo pudiera gozar?

Le besé como si fuera mi primer beso, de hecho, era la primera vez que le besaba y él se dejó llevar con la de gintonics y cubatas que había bebido. Nos vimos al día siguiente.

Quise que subiera a mi pequeñito hogar para hacerle el amor y que así pudiera desahogar sus penas y frustraciones conmigo, pero no quiso, me dijo que eso era cosa del pasado, que tenía otras prioridades en su vida como la cuidar a su familia y que mejor no complicarse la existencia. Le besé tanto esa tarde, por cada rincón en la calle, que parecíamos rejuvenecer por momentos, hacía mucho que no me besaba con alguien tan delicadamente. Me enamoré de él entre gustosos besuqueos y carantoñas.

Mi enamoramiento se alargó varias semanas. Y volví a las andadas. Le escribía papelitos con poesías romanticonas como había hecho de pequeña Revoltosa, pero no me hacía caso. No me atreví a contárselo a nadie; pensarían que había vuelto a la infancia como Campanilla revoloteando alrededor de Peter Pan a todas horas. Le perseguí. Literalmente. Me colgué tanto de él, que me escapaba a media mañana y sustituía mi café de Paco con tomar un café con Juan Carlos. Estaba encima de él a todas horas.

Aceptó que fuéramos al teatro con las entradas que no había comprado antes. Aceptó ir al cine conmigo. Aceptó pisar el mismo bar de copas y hacer un *remember* de mis aventuras revoltosas. Aceptó que le leyera mis nuevos papelitos. Aceptó que le recogiera cuando salía del trabajo. Aceptó que paseáramos juntos. Aceptó volver al escaparate de zapatos de mujer para regalarme unos. Aceptó que le recogiera a primera hora de la mañana para acompañarle a su trabajo.

Aceptó que le recogiera a última hora de la tarde tras visitar a sus padres. Aceptó que le acompañara hasta la puerta del colegio de su hija, cuando a media tarde tenía una reunión escolar. Aceptó tantas cosas, que me quedé prendada. Solo vivía y pensaba por él y para él, eso sí, de forma platónica, nunca dejó que pasara más allá de un simple beso facial o de mimos amorosos. Él decía me que no necesitaba más, que era un hombre asexual, pero a mí no me importaba, estaba embelesada por su cariñosa forma de ver la vida y de disfrutar de un hombre espiritual que hasta ahora no había conocido. Se convirtió en mi obsesión.

No le dejaba ni respirar hasta que un día le pedí por ver a su hija y a sus padres, y ahí se le acabó la paciencia. Me envió un burofax de denuncia. Fin de su problema y del mío. Dejé de hacer de niña revoltosa y obsesiva, y volví a la normalidad.

En realidad, creo que fue una mala jugada del subconsciente. Estaba decepcionada, por fin había encontrado el amor de mi vida, aquel que siempre decía mi madre que un día encontraría, pero no, era más bien desamor. Pensaba que todo me salía mal, que no iba a encontrar a nadie formal, que me tomara como una mujer adulta, que respetara mis decisiones y deseaba con toda mi alma que mis anhelos se alinearan con alguien que quisiera compartir algo más que mensajitos calientes para tener sexo en cualquier lugar.

Él innombrable seguía evadiendo mis preguntas sobre sus deseos, sus aspiraciones, por su pasado por el que construir un futuro común. Cuando iniciaba mis conversaciones telemáticas expresándole mis inquietudes, entonces me esquivaba, como si yo no le preocupara o como si quisiera hablar conmigo solo de cosas positivas y qué más positivo que una buena sesión calenturienta. Al haber ralentizado nuestras comunicaciones, tenía la sensación de estar buscando a alguien menos sexual, más espiritual y ahí, al aparecer Juan Carlos, todo cambió, me confundió y pensé que era él, Juan Carlos y no el innombrable, con querría haber tenido una relación romántica, estable y comprometida. Pero no, volví a mi anormal normalidad con el innombrable.

Todos mienten

El título de la miniserie no exagera. La realidad lo confirma. Todos mienten. A mi padre le gusta buscar motivos objetivos por los que, en un caso u otro, el elegido tenga poderosas razones para no haber defraudado. Defiende la posición del elegido sobre el caso que le expongo e incluso se inventa las razones en base a su experiencia como sufrido empresario. Pero no, en el 99% de los sucesos expuestos, acabo teniendo razón. Él, al principio, no se lo creía, pero me ha acabado diciendo siempre aquello de “pero si todos mienten” y, efectivamente, así es.

Un hombre tímido, poca cosa, seguramente hasta poco hombre, heredó el negocio de su padre, que contaba con varias perfumerías en diversas ciudades de la geografía española. Esa diversidad de lugares le hizo sentirse vivo, lejos de su señora esposa que no le dejaba respirar. Cuando se casó, pensó que sería la mejor madre para sus futuros hijos y, a pesar que su padre le advirtió que si ella siendo joven ya era demasiado agobiante, cómo sería de mayor, cuando el amor hubiera desaparecido y tuvieran que convivir. Él no le hizo caso. Para él, que era un hombre comodón, ya le estaba bien. Pensó que su padre exageraba y pasó rápidamente por la vicaría.

Espero que el vicario no fuera como mi primer querido y más tarde despechado Francesco. Justo al año siguiente del desazón de mi perseguidor, decidí que debía descorchar mi aletargado corazón y ponerlo a disposición de alguno de los increíbles italianos que invadían nuestras costas verano a verano. Así fue como conocí a Francesco. Era modosito, muy juguetón con sus amigos hasta que se alejaba de ellos cuando éstos bebían y escudriñaban féminas presas. Yo hice lo mismo con él.

Fui en su busca, tal cazadora con la escopeta bien cargada, de forma que no tuvo más remedio que ceder y postrarse a mis pies, qué digo, a mis adorables y esbeltas piernas. Le idolatré tanto que sucumbió a pesar de sus lamentos diciéndome que no podía, que no tenía que hacerlo, y yo pensando que tendría una novia italiana a la que había prometido fidelidad.

Tras un par de cartas romanticonas, no pudo evitar que fuera a verle, y me invitó a reunirnos en Verona para visitar el balcón de Julieta en el que él actuaría de Romeo, y así hicimos. Seguí con otro par de cartitas menos revoltosas y más amorosas, y entonces me citó en la atractiva Brescia en la siguiente Semana Santa.

Llegué tras más de 17 largas y esperanzadas horas por reencontrarme con mi titubeante y nervioso *ragazzo,* preparada con mi conjunto de lencería sofisticada, dispuesta a estar a su altura con mi

atractiva belleza natural, y me recibió con su lánguido y oscuro hábito eclesiástico a pies del autobús. ¡Maldito italiano! Su Dios se compadeció de sus lascivos pecados. En cambio, mi Dios me dejó sin habla, con lágrimas que no podían sofocar mi llanto amargo y me encomendó a subir al siguiente autobús de vuelta para otras despiadadas 17 horas de viaje.

Fue feliz mientras el negocio lo gestionaba y controlaba su padre, así no tenía que tomar decisiones importantes ni arriesgarse: ni tenía que decidir si incrementar el inventario, ni si tenía que contratar a más o menos dependientes, ni si debía arriesgarse con abrir una nueva perfumería o solicitar una póliza de crédito al banco. Eran sus felices años iniciales del nuevo milenio, donde todo le iba bien. Se pudo comprar una pequeña casa con jardín, nacieron sus dos retoños seguidos y su mujer cumplía con sus deberes conyugales y maternales.

Llegó el maldito 2007 y todo se torció. Primero, su padre falleció de un ataque al corazón. Decían por aquel entonces que era porque no se cuidaba, le gustaba el buen comer y el buen beber, pero la realidad luego demostró que era por estrés, por tener que gestionar un negocio que iba menos boyante de lo esperable. Así que él ahora tenía que arremangarse, ponerse a entender de verdad el negocio heredado, a comprender los números contables, y a tomar decisiones justo tras la crisis financiera mundial. Todo un reto para el que no estaba preparado.

Además, su mujer, por cuatro números que le había contado en la buena época, se creyó que se convertiría en la reina del perfume si dejaba de pagar tantos impuestos. Su padre lo había dejado todo limpio, era todo un señor pulcro, hecho y derecho, sin una mácula de polvo en su expediente, pero ¡ay! su mujer pedía mucho. Descubrió que si una parte de las ventas en metálico no las contabilizaba, se ahorraba el IVA y dejaba de pagar impuestos. Eso le permitiría no solo disfrutar de una nueva gran casa con jardín sino además poder llevar a sus hijos a ese colegio inglés que tanto sus amigas le contaban que no podía asumir. Quería demostrarles que ella también podía decorar su amplio pectoral con joyas de Bulgari y no de Tous, como siempre le había regalado su marido cuando regresaba de alguno de sus viajes.

La crisis pasó sin grandes traumas gracias a unas cuantas trampas campechanas sin que el fisco hiciera su aparición. Su mujer ya disfrutaba de su gran casa ajardinada, mostraba su pectoral galardonado con diamantes, y sus hijos hablaban ya un perfecto inglés. Su felicidad personal se convirtió en la felicidad orgullosa de su esposa. Cada vez viajaba más para, no solo tener control de su docena de perfumerías dispersas por la geografía, sino también para desfogarse. Y lo hizo tanto que se pasó de la raya. Dejó embarazada a

su amante, encargada de una de sus tiendas, que por suerte estaba a más de 1.300 km., en las islas. ¡Cómo iba a deshacerse de su amante y de su futuro hijo! Debía solucionarlo pronto y sin sobresalto. A ella la quería, incluso más que a su querida esposa, así que decidió ponerle un piso y le incrementó el sueldo para que pudiera crear y mantener una nueva familia, remota e isleña.

< <Una familia, yo no quiero una familia, te quiero a ti. Nada más y nada menos” me contestó el innombrable cuando se me ocurrió hablarle de familia, hijos y demás tras un suculento y polvoriento atardecer. El tema no vino porque yo tuviera alguna ambición de ser madre, que no era el caso, sino por conocer su posición respecto al compromiso. Compromiso cero. Me estaba enamorando y él no se comprometía. Decepcionada me quedé.> >

Pasaron los años y su nueva mujer tuvo un segundo y un tercer hijo. Les veía a menudo; al menos estaba con todos ellos una semana al mes y durante ese tiempo le producía una mayor felicidad que estando con su oficial esposa. Vivían humildes en un piso céntrico, cercano a la tienda donde ella seguía de encargada, y sus nuevos hijos se educaban en un colegio público, sin las grandilocuencias de las amigas de su señora ni los humos del profesorado inglés que parecían renacer del antiguo Imperio Británico.

Todo seguía su ritmo, el doble ritmo en que se había convertido su doble vivencia, hasta que cayó enfermo. Una apendicitis mal llevada se convirtió en una peritonitis que provocó que tuviera que estar ingresado cerca de dos meses en el hospital. Durante esos dos meses, la amante y madre de tres de sus hijos, al enterarse de la enfermedad, llamaba a la central demasiadas veces para que la madre oficial no sospechara. La esposa, en vez de no darle importancia o haberse olvidado de dichas llamadas como hubiera hecho su madre, quien más de una vez le había advertido que su marido viajaba demasiado y que los hombres que pasaban demasiado tiempo fuera de casa tendrían razones poderosas para hacerlo, quiso indagar más. Hizo dos cosas: pedirle a su contable que revisara las cuentas de la tienda en la que dicha mujer trabajaba y, cuando su marido volvió a la vida normal, contratar a un detective.

Descubrió tanto la segunda vida de su marido como las cuentas de la susodicha tienda, en la que se declaraban menos ingresos de los debidos, hecho que descubrió al tener un porcentaje demasiado alto de pagos con tarjeta respecto al resto de tiendas. Por las fotos que hizo el detective, creyó que el dinero extra obtenido lo debía gastar en mantener sus dobles gastos familiares, más que en joyas, porque esa

otra chica parecía mucho más humilde que ella, fijándose en su limpio pectoral por las fotos proporcionadas por el investigador.

No pudo contener su furia y decidió mandar una denuncia anónima a Hacienda indicando el nombre de la encargada, destacando que dicha mujer se quedaba con dinero de la caja e incluso indicando el número de cuenta bancaria de ella para que vieran que no podía mantener un ritmo de vida para sufragar su piso y el mantenimiento de sus hijos. Así pensó que la hundiría, que la obligaría a cambiar de trabajo y, como consecuencia, su marido sucumbiría y volvería al redil.

¡Grave error! Su denuncia fue su perdición. La perdición de todos ellos. Al igual que en el triunvirato romano, en el que a Craso le pudo su exceso de ambición, el exceso de ambición de la legal esposa acabó con el triunvirato familiar. Su tropelía fue la que abrió mi apetito por descubrir el pastel, pero no el que ella pretendía (el acabar con su doble vida familiar) sino con la doble vida contable de la tienda de la encargada y de todas las demás. Esta nueva Craso se equivocó: dio el número de cuenta bancaria de la tienda en vez del número de la encargada, y de ahí pude tirar del hilo, conjuntamente con mis compañeros isleños, para descubrir que en los últimos 5 años habían declarado menos de la mitad de ingresos: los datos no cuadraban ni entre las distintas tiendas ni con los datos promedio del sector.

Al final del procedimiento del expediente abierto, tuvieron que vender un coche de alta gama, algunas joyas *in-pectore* y una casa en Chipiona, para poder pagar los impuestos pendientes y la respectiva multa.

Desconozco qué pasó con sus vidas personales, pero quiero imaginar que el matrimonio se deshizo, el marido acabó conviviendo con la encargada isleña despechado por la acción furiosa de su esposa y, probablemente, sus tres posteriores hijos no debieron hablar tan bien el inglés como sus primogénitos hermanastros.

Mucho ruso en Rusia

¡Guau! Ahora entiendo lo del mucho ruso en Rusia, no tanto porque haya de verdad muchos rusos sino más bien porque un ruso es mucho ruso y en Rusia debe serlo mucho más.

Me llegaba otro dossier por revisar. Ese día no tenía ganas de recibir otro expediente que fuera aburrido, el típico divorciado que pretende hacerse rico simplemente colando los *tickets* de restaurante con sus hijos el fin de semana... pero ¡no! Abro el expediente y me encuentro con un ruso, sí, nada más y nada menos que un ruso, uno que tenía una gasolinera llamada 'Petersoil', un bar llamado 'Vodka por el Volga' (qué original ��), un negocio de transporte de contenedores llamado 'Nevakont' y una empresa de casas prefabricadas llamada 'Deredom'.

Lo primero que pensé fue: "en menudo lío me voy a meter si estuviera vinculado a la mafia rusa". Ya estuve una vez a punto de que uno de ellos quisiera romper mis preciosas piernas (son preciosas, de verdad) en una batida que hicimos en salas de fiestas y discotecas acompañando a Carlos, una de las pocas veces que coincidimos en alguna investigación común. Estuve una semana al menos sin dormir bien y no volví a pisar una disco hasta dos años después, y nunca más en un pueblo que se conociera por sus conexiones rusas. A todo esto, Putin se acaba de autonombrar Presidente del estado unido de Rusia y Bielorrusia como si ya no tuviera suficiente con ser jerarca ruso y, como no le dejaban continuar, pues se creó un peldaño más en su carrera presidencialista para seguir ascendiendo hacia las cumbres eslavas.

El expediente era de risa. No me lo podía creer: una gasolinera en una carretera llena de curvas y en medio de la nada (todavía no existía el señor Google pero ya sabía buscar una carretera en un mapa, que tonta no soy); el bar, bueno, no hace falta decir nada de los bares donde mezclan el vodka barato con el caro y se cobra en metálico; el negocio de transporte olía fatal, ¿cómo podía llevarse desde aquí un negocio de transporte de contenedores por el río que desemboca en San Petersburgo?; y, para mejorar el caso, las casas prefabricadas con la madera traída desde Finlandia para seguir manteniendo la burbuja económica inmobiliaria. Vamos, a éste no había por dónde cogerlo, ni con pinzas en la nariz. Así que decidí coger el toro por los cuernos desde el primer día y dejarle las cosas claras no, claritas, para ver si nos portábamos bien. Lo cité en mi despacho un jueves a primera hora de la mañana.

¡Guau! (segundo guau y seguro que no será el último). Pues resultó que fue el ruso que me cogió. Apareció por la puerta todo un ruso ruso, de un metro noventa centímetros todos juntitos, ojos azules

brillantes, barba creciente, rubio a *tutti pleni*, sonriente de dientes blancos y bien puestos, con tejanos apretados, que marcaban todo lo que tenían que marcar y una hebilla de Texas, o de algún lugar remoto tejano ruso, y todo ello adobado con un sombrero tejano al uso de JR. Llamó a la puerta. Toc toc.

—¿Se puede? —dijo con una sonrisa de oreja a oreja.

—¿Se puede señora?

—Adelante, pero llámeme señorita, por favor — me delaté.

Ahí se acabó todo. Estuvo hablando, mejor dicho sus labios (¡qué labios!) se abrían y cerraban como un diapasón sincronizado con los latidos de mi corazón. Tras unos veinte minutos, que a mí me parecieron horas, terminó diciendo:

— ¿Verdad?

No recuerdo una sola palabra de lo que me decía, pero es que ni me importaba. Todavía cuando pienso ese primer momento se me encoge el corazón de la memoria viva de una pasión, una pasión desenfrenada que acabó esa misma noche en un restaurante de lujo primero, luego tomando unos vodkas (¡qué horror!) en el susodicho bar y acabamos en el camarote de su barco, atracado en el mismo puerto.

¡Lo Juro! Nunca me había sentido tan halagada ni sucumbida ante tanta pasión. Cómo se movía, qué músculos, cómo se contorneaba y cómo follaba, cómo me hacía sentir en el séptimo cielo y repetidas veces hasta perder el sentido de la realidad. Me desperté con un sol resplandeciente, resplandecía tanto como mi cara.

Volví al despacho esa misma mañana sin pasar ni por casa, solo tuve tiempo de arreglarme el rímel, darme una pequeña capa de maquillaje (suerte que en el bolso voy siempre preparada con el kit completo) y disfrazar mis horas de sueño. Sentí que todos mis compañeros me miraban como riñéndome “¿Cómo te has podido tirar al ruso chanchullero?”. Pero, en realidad, solo me miraban de arriba a abajo observando que todavía llevaba un vestido de noche corto y escotado.

Pensaba para mis adentros “¡Qué bochorno! Si tiene pinta de gran sinvergüenza”, y así que decidí levantar mi dignidad revisando su expediente completo y descubriendo en cada página y a cada acceso a sus datos bancarios un nuevo embrollo.

Pensaba “Tengo que acabar con esto y rápido”, pero en cada página que pasaba del expediente recordaba su perfume y sus lamidos que repasaron todos los centímetros (que son muchos) de mi cuerpo. Le llamé y le dije:

—Esto, esto, esto está fatal. Tenemos que vernos para arreglar todo esto —y acabamos viéndonos esa misma noche. Pero si era viernes, qué estaba haciendo, en vez de arreglarlo, iba echando más leña al fuego.

Así que me puse un vestido largo, rojo, sin mostrar un solo recoveco de piel que pudiera fomentar una brizna de pasión. Y el remedio fue peor que la enfermedad porque le provocó una mirada lasciva que duró toda la tarde-noche hasta que me invitó a su jet privado para volar ese mismo fin de semana a San Petersburgo.

Jamás había pisado ni volado, ni bebido champán francés y mucho menos follado con tanta pasión en un vuelo privado hasta la ciudad de mis sueños. Bueno, eso de follar, más bien me sodomizó y con qué gusto: me agarró, me ligó cada una de mis extremidades a una cuerda de cuero que me sujetaba allí en medio del pasillo estrecho del avioncito, sacó una especie de látigo minúsculo que surcó lascivamente cada una de mis extremidades, me desvistió con delicadeza. Cuando me penetró fue como la culminación de algo jamás soñado pero hecho realidad. Yo, allí volando y atada en forma de cruz, estremeciéndome como no había hecho nunca antes. Claro que antes no había tomado un vuelo privado, únicamente se me había ocurrido follarme un azafato muy mono en el lavabo de un vuelo comercial, que resultó muy incómodo, pero esto, esto era el placer más absoluto, era como sentir los torbellinos aéreos en tu interior mientras iba en caída libre.

Cuando era niña, mi bisabuela, que fue muy republicana, o más bien, comunista, viajó -la verdad no se cómo- justo tras la revolución rusa, cuando dejó de llamarse Petrogrado y pasó a ser la ciudad leniniana por excelencia. Me hablaba de puentes, ríos, grandes palacios, como una Venecia rusa. Hablaba mucho del ambiente bullicioso y callejero de la revolución a la vez que sentía nostalgia de haber conocido grandes palacios, avenidas, entrar en dichos palacios y no llegar siquiera a ser capaz de estropear el precioso terciopelo de los sillones ni las grandes pinturas ni tapizados de los que estaban repletos. Quizás lo decía por resaltar la gran época de los zares rusos antes que llegaran los comunistas y lo estropearan todo, o quizás porque se enamoró de un ruso como el mío. ¿No sería mi propia altura de procedencia eslava?

El lunes era festivo, así que fue un *week-end* increíble. Nunca había tenido la oportunidad de gozar tanto en tan poco tiempo. Iba caliente todo el tiempo, paseando y disfrutando por todos los rincones, no solo porque el ruso no quiso que llevara bragas en todo el viaje, sino también por hacer realidad mis sueños infantiles de visitar la ciudad; era como reencontrarme con el pasado. El ruso fue tan cariñoso que me llevó a visitar el monumento de los caídos españoles en la batalla rusa de la segunda gran guerra en Novgorod.

Sus números bancarios eran tan grandes, tan inmensos, tan enormes… que hasta organizó una visita privada durante dos horas antes que abrieran las puertas del museo del Hermitage. Llegamos con

su lancha motora al albor de la luz del alba a la puerta del museo, una luz todavía tenue que se reflejaba en los cristales de palacio. Visité el museo con él a solas; se conocía los principales artistas y cuadros rusos y me daba detalles de cada uno de ellos. Le miraba y me parecía estar en una Soyuz rusa, que no sabía ni cómo evolucionaría ni dónde me llevaría. Hasta nos colamos entre los entresijos del antiguo palacio zarí e hicimos el amor, bueno, más bien follamos como cosacos en uno de los dormitorios palaciegos. Bebía con mucho control y se mantenía por mucho tiempo dentro de mí, era fascinante. Allí, en Rusia, se vestía como un perfecto caballero ruso, no como el tejano que conocí, y eso le hacía subir su caché y mi propia autoestima, no solo por subir a su Aston Martin, sino también por sentirme adorada por un ruso con carisma, y con chófer, por supuesto.

< < A pesar de los intentos del innombrable por impresionarme con regalos costosos como bolsos de Loewe o estancias en hoteles boutique, jamás de los jamases le llegaría a la suela de los zapatos a mi querido ruso. Podía ser todo lo acaramelado que quisiera pero jamás llegará a darme el gustazo y el placer que me produjo mi cowboy de las altas estepas. Tendría que enviarlo a Rusia para que me lo educaran pero tendría miedo que se lo quedase una rubia de buen ver. > >

Llegó el lunes tarde y se acabó el cuento. La cenicienta tenía que retornar a su mundana realidad. Así que de vuelta al avión privado y ahí me quedé dormida a su regazo, porque, después de trasnochar cuatro noches seguidas, ya no podía más. A medio camino me desperté sobresaltada, quizás por un cambio repentino de altitud del avión y porque él no estaba, debía estar en el baño o en la cabina. Vi su móvil encima de la mesita: contenía un reciente intercambio de mensajes con alguien en ruso. Entre que andaba medio dormida y que el cirílico no es mi fuerte, decidí hacer fotos a varias pantallas de mensajes. Llámame a mí curiosona. Por eso siempre iba bien preparada con mi pequeña cámara en el bolso para momentos inesperados.

Martes. Y 13. Menudo día. Llegué a mi despacho más que adormecida. Abrí el expediente ruso, cada página era un repaso por su atlético cuerpo y sus prietas nalgas. No podía concentrarme. Así que me fui a recoger unos cuantos compañeros para tomar un café en alguna terraza soleada de los alrededores para ver si me despertaba. Los demás hablaban de lo bien que habían estado en la playa, el que más lejos había ido a la montaña de excursión en una casa rural con niños (¡uff! ¡niños! ¡qué horror!) y, claro, yo no abrí la boca ni cuando me preguntaron porque, si les contaba mi viaje, primero, no se lo iban

a creer y, segundo, creerían que me había pasado el largo de fin de semana masturbándome pensando en el ruso-tejano que todos vieron entrar. Entonces recordé aquel detalle curiosón. Me fui corriendo al Fotoprix a revelar mis fotos pero, claro, tenía que esperar a que llevaran el carrete al laboratorio y lo devolverían. ¡Cuatro días! ¿Cómo voy a esperar tanto? Le pedí que era urgente no, lo siguiente y que si hacía falta me iba yo misma al laboratorio. Me miró con cara de desesperación y tras guiñarle un ojo mientras con el dedo iba revolviendo mi larga cabellera, me prometió que después de comer estarían.

Comí rápidamente, como si eso hiciera que el laboratorio fuera más deprisa. Café. Más café. Otro café. Desesperadamente mirando el reloj. Cinco menos cinco. Me voy corriendo a la tienda, que ya toca abrir. ¡Por fin! Tengo las fotos. De vuelta al despacho. Cerré la puerta, no sea que alguien viera imágenes de ruso y vete tú a saber qué pensarían. Así que me costó, me llevó mi tiempo, tenía que encontrar en alfabeto cirílico uno a uno aquellos signos tan raros en el diccionario ruso-español que me acababa de comprar. Tras dos horas largas pude transcribir la conversación, más o menos con errores, pero se comprendía a la perfección.

Parecía que estuviera hablando con un hombre, quizás era su mayordomo por la manera que se relacionaban tan familiar o, más bien, su abogado, y en la que él le explicaba con todo detalle dónde me había llevado, dónde habíamos follado y cómo me lo habría pasado yo, toda una pueblerina (ya veía que no era rica que no llevaba bragas de La Perla, ¿quizás por eso me las hizo quitar?) que había convertido en una reina por un fin de semana con el objetivo de ver si con esto conseguía aliviar su pena financiera. Le dijo “así seguro archiva el caso”. Tal cual.

Me quedé de piedra. Me sentí asquerosa, vilipendiada, arrojada a la sucia realidad de una pobre inspectora. Y ¡tan pobre! Hasta entonces no había sabido lo que era la riqueza. No pude aguantarme, me fui corriendo a casa. Me duché. Limpié todo mi cuerpo de todo resto de impuros tocamientos.

< < No quería compromiso mi querido innombrable ni me follaba tan bien pero al menos me respetaba, me adoraba, me trataba con decencia, me… Rrrrrrr. > >

Y me quedé dormida, profundamente dormida hasta bien entrada la noche.

Al día siguiente, había recibido más de una docena de mensajes del puto ruso. Ya no le contesté más. E inicié el largo y tortuoso camino de seguir por todos los recovecos administrativos que contuvieran el

más mínimo resquicio de malversación, de una menor imputación de gastos o de contabilizar mal el IVA. El expediente fue creo el más largo de vida, me llevó tres semanas enteras de 12h diarias para que fuera lo más impoluto posible, con tal de limpiar mi propia alma.

No le vi más ni quise verle nunca más, a pesar de que mi cuerpo me pidiera otra cosa. Nuestra relación tributaria se realizó a través de su abogado, que cuando me miraba, recorría mi cuerpo con una lasciva mirada, seguro que recordando los mensajes y posible descripción detallada que le narró su amo. El letrado fue, eso sí, muy profesional, a pesar de sus miraditas, aunque yo ya en segunda y tercera visitas iba más tapada que una monja de clausura, como ocultando mi propia vergüenza, tanto que incluso volví a calzarme con aquellas bragas de cuello alto que tenía olvidadas en un rincón. Y cerré el expediente lo más rápidamente posible. Tras pagar y resolver todos los detalles financieros, nunca más me volvió a la memoria. Lo borré como si fuera una fechoría infantil más que desaparece de nuestra memoria.

Llamé a Carlos y le expliqué todos los detalles de mi desliz. Pensaba que iba a mandar una segunda penitencia para sanear mi arrepentimiento:

—Querida, esto pasa en las mejores familias.

—Me he sentido tanta sucia, tan engañada, que no sé si voy a poder volver a acercarme a un elegido como hombre.

—Mujer, la mejor forma de limpiar tu conciencia es volver a pecar.

—¿Volver a pecar?

—¿Qué mejor que tener un nuevo desliz con un asesor buenorro?

—Estás loco. Pensé que me ibas a regañar.

—A mí pasó algo mucho menos fantástico pero rápidamente me curé con otro desliz, rápido y olvidadizo para que mi mente guardara mis recuerdos muy adentro.

—Carlos, siempre me sorprendes. ¡Menudo consejo!

Durante semanas seguí el consejo de mi amigo Carlos, pero no encontré ni al asesor ni al elegido que me ayudara a volver a pecar. No existía ese tipo de hombre por el me hiciera olvidar a mi preciado ruso. Volví a llamar a Carlos y me confesó:

—Ja, ja, ja. ¿Te creíste mi consejo a pies juntillas? Ja, ja, ja. Seguro que no encontraste a nadie pero, ¿a qué pronto lo olvidaste?

Únicamente he recordado de nuevo al ruso cuando estuve hace unos días visitando la tumba de mi amada bisabuela en su remoto pueblecito. Lo hice frente a su tumba, como si estuviera rememorando sus recuerdos más que los míos, pero tras salir del cementerio, mientras volvía en autobús a casa de mis padres, mis recuerdos uterinos eran mucho más fuertes que la parte del cerebro que se empeñaba en recordarme aquellos mensajes vergonzantes para una

inspectora que siempre se había considerado recta y digna del cargo. Soñé de nuevo haberme convertido en una señora rusa de altos vuelos, con asistenta propia, que le acompañaba en sus viajes aéreos una y otra vez, arriba y abajo, adentro y afuera. Se me estaban de nuevo mojando mis bragas cuando el conductor me despertó. Había llegado al final del trayecto. Y no, no era el piloto de nuestro avioncito ruso con el que estaba soñando, que hubiera significado un trayecto más opulento, pero más indigno en mi carrera profesional, imaginando que hubiera alcanzado el cielo si no fuera como soy.

La caída de los dioses

El Presidente del principal equipo de fútbol de la ciudad donde ahora vivía era el más querido de toda la historia, era el ídolo de todos los niños. Ya desde joven destacaba por su carisma. No jugó al futbol porque cojeaba lo suficiente para no poder ser profesional, pero lo justo para que no se le notara al andar. Al no poder ser futbolista, quiso emular las proezas de los grandes jugadores. Y bien que las emuló, tanto las proezas presidenciales como las tributarias.

Hombre hecho a sí mismo, parecía más empresario norteamericano que español por su don de gentes y por haber levantado un imperio desde la nada, gracias a sus virtudes comerciales, a su capacidad de establecer una red de contactos nada desdeñable, y a su fortaleza en aprender idiomas. Hablaba al menos seis lenguas no maternas con la suficiente capacidad de convicción como si todas la fueran. Había aprendido de su padre, de profesión marino mercante, a descubrir mundo, a establecer vínculos con distintas culturas y a entender qué necesidades requerían sus contactos para buscarles soluciones. Y de solución en solución, había creado un imperio de relaciones comerciales que luego con la incipiente informática, le permitió exportar y expandir su reducido vínculo de amistades allende los mares, como le hubiera dicho su padre.

Descubrió que el fútbol se convirtió en un deporte de masas gracias a la pasión de los aficionados y de sus amigos y contactos. Así que vio en el fútbol la oportunidad de hacerse famoso a nivel mundial si tejía bien la red y la adornaba con futbolistas de diversas nacionalidades que le permitieran tejer esa red global de tratos que él siempre quiso conseguir. ¿Qué mejor ocasión para invitar a un famoso empresario del equipo contrario o a un político presidenciable de uno de los países de sus futbolistas que éstos pudieran admirar?

Siempre pensó en los niños. Por un lado, por hacerlos felices como lo había sido él cuando su padre volvía de sus largos viajes y le narraba todas las bondades y excelencias de sus aventuras marineras, y, por otro lado, pensó que con su gran capacidad cognitiva podría atraer a los niños para que en el futuro fueran sus clientes y pertenecieran a su red de contactos o a la de sus futuros hijos. Al igual que hizo Texas Instruments con las primeras calculadoras: premiaban a las principales universidades e institutos del país norteamericano, verdaderos influenciadores de sus estudiantes y posteriores clientes, de forma que la calculadora de TI se había convertido en el estándar de facto de todos los estudiantes de ciencias en los años 80 y 90. Pretendía copiar dicho modelo y, para ello, empezó repartiendo juguetes a hospitales de niños enfermos en el día de los Reyes Magos, y acabó ofreciendo becas a los mejores estudiantes para que cursaran

másteres en reconocidas universidades privadas españolas, pasando por organizar con la asociación de economistas visitas a institutos públicos y privados para formar a los estudiantes en cómo gestionar sus finanzas.

Que, por cierto, este problema no está bien resuelto en nuestra sociedad: la formación sobre cómo administrar tu dinero y moverte en el planeta en que vivimos en el que, nos guste o no, estamos inmersos: en un mundo capitalista al que debemos entender y afrontar con nuestras máximas capacidades. Todavía recuerdo el día que mi sobrina, con ya veinte años, no sabía no solo qué quería decir IRPF, sino que ni entendía para qué servían los impuestos ni qué elementos se incluían en una factura. Cuando por primera vez consiguió su primer trabajo y tuvo que darse de alta como autónoma, le parecía inconcebible tener que pagar un 15% de impuestos. "¿Para qué?" , me preguntaba. Dónde habremos llegado que así estamos con nuestra juventud.

Esta sobrina mía fue la que me pidió un autógrafo del famoso Presidente cuando le expliqué que tenía un caso tributario ("¿tribu qué?", me preguntó) y que, "por favor, por favor" hiciera lo que fuera posible por conseguir un autógrafo, ya que no le iba invitar a mi despacho para hacerse una foto con el Presi, que debería estar muy indignado por el expediente abierto.

< <Nos encontramos al Presidente en un lujoso restaurante de Nyon. No se de qué mi innombrable amante le conocía porque ni vivían en la misma ciudad y, que yo supiera, a mi querido el fútbol ni le va ni le viene. Pero sí el dinero. Sería de eso. Recuerdo que el Presidente me miró con un aire superior, de condescendencia y me quería hundir. Entre nuestros juegos amatorios, aquella noche incluía que yo me disfrazara de prostituta de lujo, y, eso sí, mis disfraces siempre eran muy reales.> >

Lunes de primavera. Ya empezábamos a dejar de llevar abrigos y con un jerseicito íbamos tirando. Las flores empezaban a abrirse despacito como vislumbrando el final del frío invernal. Llegué a la Delegación, hoy un poco más tarde de lo habitual —tenía que recoger unos documentos del juzgado — y parecía que estuviera todo el mundo alterado. ¿Habría llegado también la primavera a la oficina con lo fría que estaba? ¡Pues no! Algo peor: había llegado el fútbol. Había saltado una alarma sobre uno de los futbolistas sudamericanos más preciados y todos los de mi departamento se peleaban por el expediente:

—Me toca a mí esta vez.

—¿Qué me dices? La última vez me dejaste de lado y no me llevé ni una foto con el futbolista.

—No, éste me toca a mí, que juega de delantero como yo.

—Ni hablar, llevo todo el año escocido de tanto expediente cutre y ahora éste me toca a mí.

Madre mía. Parecía que estuvieran más bien jugando a rugby, peleándose por un balón torcido que va rebotando de mesa en mesa. Me los quedé mirando a todos diciéndoles:

—Pero qué tontos sois, peleándoos todos por un futbolista que seguro que tiene menos luces que el traje de un torero.

El jefe me tomó la palabra y, al ser la única mujer del departamento, dijo en voz alta chillando para tapar el resto de voces:

— La inspectora tiene razón. Esto lo tiene que llevar alguien bien alejado de la exaltación futbolera y que no confunda profesión con pasión. Así que lo va a llevar ella, y punto final. No se hable más.

Creo que desde entonces me odian todos. Yo no quería, pero es lo que hay. Suerte que al cabo de dos semanas llegó un nuevo fichaje, una subinspectora que había pedido el traslado, y así ya no era la única a la que no le gustaran ni los toros ni el fútbol.

La alarma que había saltado era una no reconocible empresa extranjera en la deducción del IVA intracomunitario de la que con gran probabilidad había olvidado darse de alta en el registro *ROI*[5]. Un mero formulismo en el 90 y pico por ciento de los casos. De ahí muchas veces había descubierto actividades ilícitas que el elegido había realizado. Por esos detalles mi jefe me había escogido a mí, para tirar del hilo, porque había desmadejado más hilos yo que los demás en este tema, y así dejaba por zanjada la pelea por quién se llevaba el expediente. Mi jefe ya tenía su método, por temática (como era el caso) o por número de expedientes abiertos y sin cerrar, y los iba distribuyendo a cada uno de forma ordenada pero cuando, muy de vez en cuando, llegaba una apetitosa carpeta, habían peleas aunque con menor pasión, pero esto era fútbol, era otra dimensión.

Así que tuve que tirar del hilo, y descubrí que la empresa no reconocible como empresa europea sí que era reconocible como extracomunitaria; es decir, no era de la Unión Europea y, por tanto, el IVA que se deducían estaba incorrectamente asignado a dicha empresa, o estaban haciendo algo mal. La empresa, de Panamá, cómo no, siendo un futbolista sudamericano. Era lo habitual. Nada nuevo bajo el sol. A menos que hubiera algo extraño podríamos verificar que todo era correcto, y, en el caso que el futbolista fuera propietario de la sociedad, verificar que pagara impuestos aquí y allí (o al menos aquí) porque no había todavía convenio de doble imposición. Acababa de subir al estrado panameño un empresario que firmaría al año siguiente el primer convenio de doble imposición con España, pero no sé si tanto porque lo quería el propio presidente o por culpa de la resolución de mi expediente. Como no tenía más información sobre

dicha empresa, le remití una solicitud de información al representante del futbolista, que me contestó por email días después diciendo que vendría en persona a verme, aprovechando que volvía a nuestro país en breve y que podríamos hablarlo personalmente. No me pareció mal y se lo acepté.

El mismo día de la reunión recibí a primera hora una llamada —que por su voz era de un chico joven— avisándome que el representante había perdido el vuelo y que claro, él no sabía nada del caso, pero que si fuera menester él mismo podría venir cuando acabara el entreno, hacia la hora de comer. Que su representante le había dado tres o cuatro carpetas de color para entregarme. Yo pensé: “Bueno, por qué no”. A la hora del café se me escapó decirles a mis compañeros que aquel día tenía que venir el representante, que había perdido el avión y que vendría el mismo futbolista. Vamos, nunca jamás había recibido ni besos ni regalos ni invitaciones a comer para estar presentes en la reunión con el futbolista. Les dije que ni hablar, que como mucho, me dieran cada uno un papelito y le pediría un autógrafo para todos ellos.

Cuando llegó el futbolista brasileño se armó una de buena. Incluso el guardia de seguridad no atinaba por los nervios a hacer funcionar el escáner, y el futbolista que no sonreía, según comentaron. El pobre chico pensó que sería como un recado en su pueblo y estaba allí amedrentado, teniendo que pasar un escáner como en el aeropuerto. Se organizó un auténtico revuelo de contribuyentes en espera y de funcionarios alrededor del pobre chico, que empezaba a estar ya consternado por el exceso de público y su entrada en Hacienda. Incluso mi propio jefe estaba exaltado y diciéndome a gritos:

—Pero cómo se te ocurre invitar a un futbolista sin avisar, sin seguridad, que Manolo está solo. Tenemos ahora un revuelo entre la gente y, luego, toda la prensa empezará a decirnos que si patatín, que si patatán.

Menudo lío. Yo de todas maneras me fui a lo mío, eso sí, me preparé la documentación extra que me habían entregado con devoción todos mis compañeros con libros, servilletas y hojas de papel con sus nombres, los de sus padres y los de sus hijos para que les firmara un autógrafo. Llegó a la sala de reuniones el chico, era más chico que futbolista, no tendría más de 19 o 20 años. Entró todo alicaído y pensé en darle alguna primera alegría, y le pedí si podía firmar todos aquellos autógrafos, y lo hizo de buen gusto; al menos eso sí sabía hacer aparte de jugar a fútbol, y parece que muy bien por lo que decía todo el mundo.

Ahora, de papeles, empresas y contratos no sabía nada de nada. Yo creo que apenas sabía leer porque entre las firmas simplistas de los autógrafos y que me traía tres o cuatro carpetas que, en vez de

nombrarlas por lo que ponía escrito, las llamaba por el color de la carpeta. Cuando empecé a hacerle preguntas tuvimos un curioso diálogo:

—*Trago colores do meu representante. Eu nao sei mais*.

—¿Pero cómo habéis firmado esto?

—*Trago colores. Eu nao sei mais*

—¿Y tú sabías lo que has firmado?

—*Trago colores, vermelho, verde, azul e amarelo*

—Pero necesito hablar con el representante pronto. ¿Cuándo vuelve?

—*Eu naso sei mais. Pregunte ao Presi.*

Esta fue nuestra breve y multitudinaria entrevista que tuve en Hacienda con el futbolista. Cuando abrí la puerta para salir, allí solo faltaban los focos de televisión y los micrófonos de los periodistas, porque de gente estaba repleto y no se podía pasar sin pisotear a empleados o contribuyentes. El pobre chico salió como pudo respaldado por el hombre de seguridad, que estaba solo, nervioso y emocionado, sobrepasado por el acontecimiento que también le hubiera pedido una foto o un autógrafo.

Al día siguiente la prensa se hizo eco de la noticia contando falsedades e inventando sucesos que no acontecieron, como que le habían obligado a presentarse de forma inmediata sin esperar a su representante, que se había reunido con el Director de la Delegación por requerimiento de urgencia e incluso que el fiscal del juzgado había iniciado solicitud de pena de prisión por un mínimo de 5 años y con multas de cientos de miles de euros. Madre mía lo que se inventan los periodistas para vender periódicos y clics por internet.

Muchas veces les pregunto a los chicos u hombres que he conocido por su profesión, pero no para saber cuánto ganan o por saber si me podrán invitar a una cena más o menos cara, sino por saber la cantidad de inventiva que tienen para mentirme. Si saliera con un periodista deportivo, no me creería ni la mitad de las cosas que me dijera. A uno que era muy guapo y me encontré en una discoteca, cuando vi que se le subía la bilirrubina al cuchichear mis amigas porque me miraba mientras me decían "¿pero sabes quién es ese?" no le hice caso porque pensé que seguro que me mentiría. Para un polvo de una noche sería suficiente pero, ¿y si me gusta más de lo que debiera? Me estoy acercando a los cuarenta y ya no se qué es lo que quiero. ¿Más muescas en mis botas o alguien con compartir una vida? Todo un dilema.

Tras revisar la documentación entregada y solicitar más información, descubrí que había demasiada diferencia entre lo que decía que cobraba el futbolista en el contrato y lo que ingresaba en los dos últimos años desde que había sido fichado. Así que volví a

solicitar la presencia del representante, pero esta vez solo del representante, y si tenía algún incidente como perder un avión, se le volvería a solicitar una única reunión presencial, sin el futbolista, que ya estaba claro que aparte de firmar autógrafos y jugar a fútbol, poco podía aportar al expediente.

Así que vino el representante más adelante en un ambiente tranquilo, sin aglomeraciones, dado que la prensa ya no se acordaba del tema, y también porque nos cercioramos que entrara a última hora del día para que no hubiera nadie que lo reconociera y estuviéramos tranquilos. Nos reunimos esta vez también con mi jefe y nos confirmó que dicha diferencia se facturaba a través de una empresa panameña que se llevaba una buena parte de las comisiones, que lo habían pactado así al firmar el contrato y que no entendía porque no estaba reflejado en el contrato, que quizás se les había olvidado. ¡Vamos hombre! ¡Qué morro! A nadie se le olvida una cosa así en un contrato de varios millones de euros. Estaba claro que clara no estaba la cosa, sino más bien oscura o tirando a gris oscuro.

Hablé con un contacto de la Hacienda panameña, una agente que tuvimos que se casó con un abogado argentino y se fue a vivir allí, y me comentó que la empresa por la que preguntaba estaba asesorada por un bufete de abogados de mi propia ciudad. Así que escarbé, indagué y fuimos tirando del hilo hasta con dar con varias empresas a las que se iban contratando y subcontratando supuestas actividades que luego eran todas falsas. El 'Presi' era el propietario único que participaba en el conglomerado de diversas sociedades residentes en Bahamas, Panamá y Seychelles. Nada más y nada menos se llevaba no solo el 20% de comisiones del contrato del futbolista sudamericano sino de varios futbolistas extranjeros, a los que había aplicado la misma filosofía. Una vez descubierto un filón, por qué no seguir con el negocio hasta que se extinga, y en eso estaba él, hasta que aparecí yo para cerrárselo.

El procedimiento duró más de un año y el 'Presi' no estuvo de acuerdo; primero recurrió por vía administrativa, perdió. Luego acudió al tribunal contencioso-administrativo, volvió a perder. Así que acabó admitiendo la liquidación e hizo los pagos de los impuestos pendientes y la multa correspondiente, no sin antes sopesar acudir a la Audiencia Nacional, pero eso ya le parecieron instancias demasiado superiores.

Todos estos hechos se conocieron públicamente, no porque yo o alguien interno lo hubiera explicado al exterior, sino porque la propia Agencia publica anualmente la lista de los llamadores 'deudores', que son aquellos elegidos que tienen saldos más elevados pendientes con Hacienda en el momento de su publicación, independientemente de si luego tienen o no razón en sus alegatos.

El famoso Presidente no perdió popularidad para con sus adeptos. Fue todo un escándalo mediático tanto a nivel nacional como internacional pero, ya se sabe, esto es fútbol. El ‘Presi’ fue lo suficientemente listo para echar balones fuera, que si unos u otros lo querían echar por estar en la oposición, por ser del equipo contrario, o por ser de Hacienda, que son unos chupópteros de la sangre de los prohombres de la sociedad. En realidad, todo este embrollo se lo propició él mismo porque, al fin y al cabo, no le faltaba más dinero del que tenía, pero ya se sabe que el hombre, por mucho dinero tenga, siempre quiere más.

El cazador cazado

César. Hola. Adiós. Vamos. Anda. Siéntate. Espera. Para. A comer. Sal. Sube. Baja. Calla. A dormir. Buenos días. Vete. A descansar. Cógela. Tráela. A buscarla. A bañar. A la calle. A casa. Quieto. Salta. Duerme. Dame la patita. Abre la boca. No muerdas. Al veterinario. Apártate. Vale. Basta. No. Sí. No lo hagas. Salimos. Ven aquí. Te acaricio. No me lames. Pobrecito. Stop. Por el camino. Va. Venga. No subas. Sal del charco. Aquí no. Corre. No me arañes. Cuidado. No escarbes. Sal de ahí. ¿Dónde estás? Muerde. Suelta.

Estas son las 89 palabras que mi perro César, en honor a los emperadores romanos, es capaz de entender. Un perro cazador de raza, un podenco portugués que me costó el sueldo entero de una semana de inspectora para traerlo al mundo. El tatarabuelo del tatarabuelo del tatarabuelo de César fue cazador de conejos y dicen que tienen esa larga cola para poder tirarle de ella para sacarlos de la madriguera donde se habían metido para cazar.

Massimo. Guapa. Sexy. Diosa. ¿Qué haces por aquí en un sitio como éste? No había visto nunca una chica como tú. Mujer impresionante. ¿Estudias o trabajas? Ángel. Amor. Querida. ¿Fumas? ¿Bebes? ¿Me harías el honor de dejarme invitarte? ¿Bailas? Qué bien lo haces. Que ojos, sonrisa tienes. ¿Nos vamos?

Estas son las 48 palabras que Massimo, un típico cazador de conejos noctámbulo es capaz de utilizar para intentar introducir su cola dentro de la deseada madriguera de las mujeres. En realidad, son palabras menos imperativas que las que entiende mi perro, pero no son ni creativas ni convincentes.

Dicen que tanto César como Massimo son caprichos de niña pija, pero yo creo que los perros de raza tienen mejor comportamiento que los chuchos noctámbulos. Los de raza son siempre fieles y verás en su mirada amor verdadero y eterno. Los noctámbulos nunca son fieles y verás en su lasciva mirada que eres solo su próxima presa.

Lo sabemos todas, pero los Massimos nos atraen. Es como un bombón envenenado. Sabes que te dará placer pero te hará daño. Será que me estoy haciendo mayor, que ya no me atraen los chuchos de meter y sacar, que prefiero los sabuesos que te lamen más lentamente, que te penetran también psicológicamente, que te acompañan en un mejor vivir, que se desviven por hacerte feliz, aunque sea por unas horas o incluso un fin de semana, y así los recuerdas con más cariño, no solo por poner una muesca más en mis botas.

< <Llevaba altas botas, rojas, del mismo color que mi
minimalista tanga y esta vez sin sostenes, transparentando mi

blusa anaranjada y con una falda plisada a cuadros tal como si volviera a ser una sexy colegiala. Pasó lo que no esperaba que pasara. Estuvimos conociéndonos profundamente, sin sexo, pasamos una entera primaveral noche sentados a la vera del río intercambiando opiniones, contrastando cábalas, haciendo filosofadas sobre el amor, la vida y las relaciones sin mencionar Hacienda para nada. Aquella noche me enamoré locamente de mi innombrable. Olvidé los chuchos, los sabuesos y me concentré en mi mayor trofeo. > >

Conocí a Massimo cuando tuvimos una ronda de expedientes dedicada a descubrir potenciales sucios y turbios negocios de pequeñas mafias italianas. En el caso que nos ocupa, yo no diría que fuera una mafia diseñada para ello sino más bien que eran unos cuántos amigotes noctámbulos que se ayudaban unos a otros, y claro, es muy fácil ponerse de acuerdo para ahorrarse impuestos, aunque sea de forma ilícita porque, "¿A mi cómo me van a pillar?" Eran como un grupo de esos italianos que aparecieron por pueblecitos costeros a finales de los 80, con sus inmensas motos, que hacían brillar nuestras pupilas, excitar nuestras mentes, ahuyentar a los buitres locales y poner en guardia a los padres de nuestros frescos conejitos. Además, la música de la época no ayudaba a no bajarse las bragas ante aquellos embates calenturientos con canciones italianas como '*Qué idea*', '*Stella di mare*' o '*Più bella cosa*'.

Pero habían fabricado su propia labia como sus motos, que no eran propias, eran todas alquiladas. Luego alguna cayó en sus redes (yo no, de verdad que no en mi edad juvenil, pero sí más tarde cuando se suponía que ya no tenía edad para dejarme embaucar) que incluso fue a visitarle a su ciudad italiana durante los pocos días de vacaciones que le permitían sus padres en las siguientes fiestas navideñas, y, qué casualidad, llegaban y no conocían ni a sus padres ni a sus amigos porque no estaban, se habían ido todos de vacaciones a regiones remotas italianas o, incluso, en algún caso, se alojaba en casa de un amigo o en un hotel porque no era ni su propia ciudad natal. Otra mentira para ocultar sus propias novias italianas y así no mezclar churras con merinas. Su falsedad labial y documental tampoco cambió con el tiempo.

Massimo y sus *amici* tenían varias tiendas de ropa italiana (claro) y se dedicaban a este negocio tanto para vivir de ello como para atraer mujeres, ya fueran locales o extranjeras, para su divertimiento frugal y no solo noctámbulo. Ya no estaban con una edad de pasar la noche entera en busca de la chistera de la que poder sacar un conejo. Incluso habían tenido la desfachatez de que uno de sus locales se llamara '*Il*

bel coniglio' (El bello conejo), dedicado a la venta de ropa íntima. Encima las clientas estaban encantadas. A las mujeres no las entiendo, de verdad (lo siento aunque parezca una declaración machista de mi parte).

Y menuda chistera habían creado. Blanqueaban dinero de sus turbios negocios a través de sus tiendas de ropa declarando muy por encima de sus ingresos reales de venta incrementando el precio promedio de venta, el número de artículos vendidos y reduciendo el coste de sus compras. Al menos eso creía yo.

Desde el primer día que tuve ese expediente entre manos recordaba mis zarandeos italianos y los de mis amigas en nuestra época dorada juvenil, y esperé no volver a tener entre manos un chucho como los ya conocidos. Massimo era el asesor italiano, ya más español que italiano: era español de nacimiento pero de padre italiano y madre española, es decir, que debería ser el típico bebito parido por alguna de las jóvenes engañadas por el padre que vino en moto alquilada. Conocía bien su profesión española, pero era italiano en las formas y en sus aspavientos, que mostraba con gran teatro cada vez que le sonsacaba un requerimiento nuevo o le planteaba una duda más, para darle a entender que tarde o temprano sus ocultos negocios saldrían a flote.

Me acerqué a su tienda sin que lo supiera. Descubrí que vendían un liguero monísimo, de tonos rojizos para mostrar mi erotismo de forma particular a algún bien nacido y de buena calidad (no italiano, por supuesto). Me lo compré y luego en una de esas tediosas reuniones de verificar datos, le quería demostrar con el número de dicho artículo que el precio vendido estaba por debajo del que mostraba en sus libros de ventas del año anterior. Le mostré una copia del *ticket* de compra, a lo que reaccionó sorprendido, y acto seguido se le apareció una sonrisa por debajo de su bien peinado y lustroso bigote mencionando en voz alta:

—*Obssesive. Eleganti calze per reggicalze con pizzo seducente, in confezione regalo, rosso*. (Obssesive. Elegantes medias liguero con encaje seductor, en caja de regalo, rojo) Precio: 43,2€ (IVA incluido).

Qué verguenza. Maldito italiano seductor. Me quería morir allí mismo. Qué tonta fui comprando un liguero. Y encima me sacaba una sonrisa de esas que una no puede resistir. Pero resistí. No me iba a dejar embaucar más. Ya lo hicieron en su momento y me prometí a mí misma desde entonces que sería yo la que llevara la voz cantante, y sería yo quien decidiría con quién me acostara o a quién le dejaba que me llevara al huerto. Mi conejo era quien buscaba la presa, estaba en la madriguera y ya saldría cuando quisiera, no al revés.

Inmediatamente, tras esos rápidos pensamientos tempestuosos, le contesté:

—Artículo 135. Precio de venta en sus libros del año pasado: 72,34€ (efectivamente, con IVA incluido). —Me lo quedé mirando y pensé: ¡anda! ¡Ya lo tengo! Y lo dejé ahí sentado diciéndole:

—Ahora vuelvo, deme 5 minutos. —Le arranqué de las manos el listado de artículos con sus precios contabilizados del año anterior y me fui corriendo a mi ordenador para acceder a su página web, nada más y nada menos que www.ilbeloconillo.com y comprobé más de 20 artículos con sus precios reales.

¡Qué listos se creían estos tontos italianos! Vendían a un precio determinado, el que tocara, en función de sus costes de materiales y sus costes fijos, les añadían siempre un 7, 8 o 9, y luego le daban la vuelta, así siempre incrementaban los precios sin que nadie se diera cuenta. Algo que valía contablemente 12 lo habían convertido en nada más y nada menos que 82,1.

No hace falta explicar el resto de excusas que salieron a flote. Que si el programa informático se había equivocado, que eso lo iban a arreglar, que tal y cual. Nada. Ya no me dejé embaucar por ese bien nacido y guapetón llamado Massimo. En el fondo pensé que no tenía la culpa, que era la culpa de su padre que lo había educado mal. Le cayó un puro y ya no volvió más a sonreírme. Lástima porque no solo me caía bien sino que estaba como un tren, pero lo descarté porque el trabajo y el embaucamiento sexual no deben ir de la mano tal como había sufrido anteriormente en mis propias carnes.

< <Pues sí. Obsesión se llamaba el famoso liguero y obsesión era la de mi famoso innombrable. Tras su acoso semanal de mensajitos provocativos, me sugirió que ese sábado tenía que aparecer en el lugar que yo escogiera pero con un atuendo transparente para mostrarle mis sinuosas formas. Acabé seduciéndole con un vestido semitransparente de seda amarillo, sin ropa interior y edulcorado con el bendito liguero rojo en un museo a plena luz del día, o ¿me pre-sedujo él? La verdad es que mi obsesión ya no me dejó espacio en mi mente para otras cazas mayores.> >

Cuando César se vaya a los cielos (con lo bueno que es seguro que irá al cielo), esta vez no actuaré como niña o mujer pija y adoptaré uno de esos perros que miles de ‘despreciables’ (no se les puede llamar ‘personas’) dejan abandonados cada año, incluso mejor si fueran chuchas abandonadas por italianos, porque las pobres perritas no tienen la culpa de que se les haya tratado como chuchos.

El confesionario

Cuando era pequeñita mi familia, mi madre sobre todo, me enseñó a confesar mis culpas en el confesionario. Debía ser la época de la comunión que recuerdo con cariño y con tal devoción que incluso me llevó a ser confirmada. Me preocupaba pensar qué iba a confesar esa semana y dejaba siempre alguna cosa para mis adentros, no sea que el capellán del confesionario lo supiera todo sobre mí.

Una chocolatina (por entonces quizás un 'toblerone') que le había robado, sustraído más bien, a mi madre de su compra semanal de dulces regalos; un primer intercambio de secretitos en pequeños papelitos con mi primer amor de clase (ya no recuerdo si mi primera víctima fue Manuel o Juan Carlos); o una riña mal resuelta con Marta, mi compañera de penas y glorias. Ese tipo de pequeños pecados era lo que le contaba a Don Jacinto.

Pero mis pecaditos se convertían en noches de incertidumbre cuando pasaban a pecadazos infantiles, y no tenía claro si contárselos o no. Como cuando a Marta le rajé su delicado cuello con mis uñas, cuidadas y largas ya a mi corta edad, con toda mi energía por haberme robado una de mis emotivas declaraciones de amor a mis victimitas (les escribía algo deslumbrante como la famosa frase shakesperiana "Si no recuerdas la más ligera locura en que el amor te hizo caer, no has amado"), o cuando di mi primer beso en un día de lluvia y viento pensando que iba a ser una inolvidable y romántica tarde de otoño pero el muy tontorrón se resbaló con sus botas de agua y se partió la nariz. Tuvimos que correr los dos al ambulatorio para que le pararan la hemorragia nasal.

Si le hubiera citado a Don Jacinto esas frases u otras tantas sacadas de libros clásicos de la biblioteca, me hubiera enviado al correccional porque, pobres chiquillos, quedaban todos patidifusos del susto que se llevaban. Entre ellos se contaban si tal o cual frase la había recibido uno u otro y por eso me acabaron llamando 'la Revoltosa'. Las chicas de la clase no entendían qué querían decir pero yo me lo pasaba teta, como si tuviera tres, aunque riera para mis adentros. Creo que así fue cómo empezó mi revoltosa vida amorosa. No crea el lector, ya sea elegido, asesor o inspector, que fue por culpa de la famosa gaseosa sino más bien que yo era como un poema ambulante, como el sainete lírico que lleva mi nombre (¿o era al revés?).

Desde entonces que de los Dones Jacintos de este mundo no han sido santos de mi devoción. Siempre me pregunté qué deberían estar haciendo con tanta información emocional y confidencial. Estoy segura que organizaban timbas noctámbulas en sus garitos parroquiales y que, mientras se jugaban sus pesetillas o a lo mucho judiones, se reían y se lo pasaban en grande contándose las batallitas

de Doña María de las Mercedes, de las aventuras poco católicas del Sr. Mariano, o los pecaditos infantiles de l@s niñ@s de mi edad.

Si ahora fuera jovencita y volviera a mis juegos revoltosos, quizás un Don Jacinto moderno me hubiera enviado a escribir novelas de amor e incluso me hubiera asesorado en cómo hacerlas más familiares y menos sensuales.

Pero todo ello son solo actividades digamos 'lúdico eclesiásticas'. No tiene ninguna importancia más allá de la charlatanería propia de los involucrados y sus juzgadores de almas. Pero cuando ¡ay! tocas el dinero, todo cambia, hasta las puertas del cielo o del infierno se abren o cierran por el poderoso Don Dinero. El dinero es la llave del corazón de todos (o casi todos) y también de las puertas celestiales. El dinero es el generador de las miserias y glorias de todos (o casi todos) y la iglesia no podía estar al margen por razones obvias: es uno de los poderes, eso sí, de poderes mágicos.

Aquel día andaba algo aturdida, no me podía concentrar. Tres pisos más arriba estaban remodelando la delegación y el ruido taladrador era constante; una no podía concentrarse porque cada martillazo resonaba en mi cerebro. Puse la música de mi aparato de radio a tope hasta que los demás inspectores de alrededor me llamaron la atención. ¡Claro! Podían controlar a la Revoltosa pero no al taladrador del quinto. Así que cogí el expediente que me acababa de llegar y me fui a la cafetería de Paco de la esquina a leérmelo con tranquilidad, aunque me estuviera dos horas fuera y, al tener que fichar al entrar y al salir, esas dos horas no contaran como trabajadas. Tendría que sacar más horas antes de fin de mes, pero ya no podía soportar más el mortífero taladro.

Paco era un tipejo muy campechano, que nos servía a todos los trabajadores de Hacienda como si fuéramos hijos suyos: nos decía que si no fuera a ser por nosotros, luego él no iba a cobrar la pensión, ya que con tanto chorizo alguien tenía que poner orden. Parte de razón no le faltaba ¿verdad?

Abrí el expediente y fue cómo abrir una caja de pandora, aunque en ese momento no fuera consciente de ello. Se había descubierto, digámoslo bien, se había detectado un indicio de deuda del impuesto de sucesiones, y querían que lo investigara cursándolo como *vía de apremio*[6] de recaudación del impuesto que está transferido a las CCAA. ¡Qué complicamos somos! para decir algo tan simple como 'solicitar el impago del impuesto de sucesiones de su comunidad autónoma', ¿no?

La investigación es lo mío, me apasiona, es mi gran pasión, profesional porque también tengo otras pasiones más desenfrenadas. No podría hacer mi trabajo si no hubiera indagación. He rechazado otros trabajos en Hacienda como el de la gestión tributaria, que es más

rutinario: rodeada igual de papeles, pero con más números y siendo más predictivo, como el caso que acontece. Algo que parece simple, una pequeña tontería o un pecadito fiscal, que luego, cuando consigues tirar del hilo, lo sigues; a veces es tan fino que se rompe, otras se va consolidando, va creciendo su grosor y lo apasionante es llegar a la madeja final y descubrir que era una madeja gigante, como en este caso; a veces el hilo era muy fino, creíste que engordaría pero, al final se quedó en una madejita. Como en la vida, la pasión y el divertimiento viene por el recorrido que haces hasta llegar al final, no por el resultado final en sí.

Estudié económicas y luego decidí dedicarme a la temática fiscal para ser investigadora. Podría haber hecho oposiciones a fiscal judicial o policía científica pero pensé que acabaría estando metida o entrometida entre cadáveres, asesinatos, sangre y drogadictos, y yo siempre he creído tener una cierta presencia y dignidad para no meterme en esos marrones. También he pensado, llámame inocentona, que si resuelvo pecados impositivos, por un lado, contribuiré al estado del bienestar y, por otro, quizás vuelva a ganarme el cielo tras la previsible excomulgación de Don Jacinto, cuando tocara a su puerta celestial. Sí, cierto, resolver asesinatos y encarcelar asesinos y mafiosos también contribuye al bienestar vecinal, pero quién te dice a ti que no te los encuentres a todos ellos allá arriba o incluso allá abajo.

Me estoy desviando… tras tres cafés con leche desnatada y sacarina, pensé que era un caso rutinario y típico: se muere la abuela (el abuelo ya se ha muerto antes por edad o por vicios varios) y los herederos cercanos o lejanos se olvidan (dicen) de pagar el impuesto de sucesiones, y luego tengo que perseguirles (sí, perseguirles, he dicho bien) para que paguen. Es un simple trabajo de investigación: buscar la notaría si hubiera testamento y ver quiénes son los herederos, averiguar en las propias bases de datos de Hacienda quiénes son sus hijos o quien la representaba, o incluso echar un ojo a la cuenta bancaria de la fallecida e identificar quien tiene control de dicha cuenta o quien es su cotitular. A partir de la información escudriñada, el 90% de los casos ya están listos para solicitar la documentación e ir tirando de la madeja.

En un 99% de los casos llegas a saber quién es el *paganini* que le toca pagar el impuesto de sucesiones, y lo persigues mediante requerimiento tras requerimiento. Al final, se cansan y pagan por ser yo muy persistente. A mí no me importa mandar doce requerimientos como si fueran doce mandamientos celestiales si consigo mi propósito: el de ganarme cada día un poco el cielo, que luego, fuera, lo pierdo a trompicones.

Este caso era fácil. Solo había un heredero, su hijo político, porque

su hija había fallecido en un accidente de tráfico años atrás. Era de aquellos tímidos, que solo ver el logo de la agencia en la entrada del edificio y tener que pasar el control, ya le hacía presagiar tiempo inestable. Pero sorprendentemente tenía razón, no le tocaba pagar a él el impuesto de un solar en una barriada alejada que no había pisado nunca. Parece ser que al abuelo, que había acumulado unos ahorrillos, algún avispado le había vendido un solar 30 años atrás, convenciéndole con argumentos de que aquel barrio crecería y acabaría vendiéndolo años después para que construyeran un edificio de al menos 40 viviendas. Pobre anciano, si viera que aquello valía muy poco, y mucho menos de lo que le costó entonces. El barrio se había vuelto decrépito porque los jóvenes habían desaparecido, solo quedaban viejecitos que debían seguir llenando o medio llenando la parroquia, y los políticos de turno se habían olvidado de todos ellos.

Pues nada, tras verificar que el solar pertenecía a la iglesia, pues eso, nada de nada, se cerró mi pequeño cielito y lo dejé, porque ya sabéis que la iglesia no paga impuestos de sucesiones ni, por cierto, tampoco IBI. Me extrañó, pero es lo que encontré.

¿Qué haré yo cuando me muera? Hasta ahora no había pensado en mi propia muerte. No he querido tener hijos y ya casi que no me toca tenerlos. Como decía un famoso promotor musical "no tengo descendencia porque creo que el ser humano es la única especie depredadora y no quiero contribuir con más humanos". Pero claro, el día que te llega, ¿quién llorará por ti? No me he casado. He tenido pocas parejas estables, más bien casi nunca y la relación con el innombrable no tiene visos de ser la definitiva. Soy quizás demasiado exigente para compartir con alguien mi vida y mis cosas, pero el día que me vaya, que me iré, ¿quién llorará por mi? Quizás seré tan vieja que ya nadie se acordará de mi.

Pasaron los meses y me llegó un nuevo expediente en el mismo barrio; pensé: "Mira, pobrecita, otra más. Ya podrían subir todas juntitas al cielo, las viejecitas, sus casas y la parroquia juntitos y así se encontrarían y seguirían realizando sus plegarias para agradecerle al Señor que han llegado allá arriba". El resultado fue exactamente el mismo: cierre del expediente, la iglesia por enmedio y a otra cosa mariposa.

Pero para ser revoltosa hay que ser curiosona. Justo se acababa de anunciar la operación 'Flaquidermo' de la Agencia Tributaria en la que se habían descubierto 126.000 objetos falsificados. Y me quedé con la mosca tras la oreja investigadora.

Llamé a Carlos y le pregunté por si se había encontrado con casos parecidos. Me contestó que el hecho que en poco tiempo hubiera dos casos exactamente iguales, podía ser fruto de la casualidad temporal, pero me sugirió que viera si en la ciudad o en el barrio había habido

más expedientes similares para cerrar mis sospechas.

Me puse a indagar cuántos impuestos de sucesiones no se habían pagado por la misma razón, y, ¡oh! sorpresa, sorpresa, eran muchos. Me saqué un listado por provincias y noté sin demasiado asombro que los ratios de sucesiones a la iglesia en aquellas provincias más conservadoras eran más altos que en aquellas digamos más modernas. Seguro que cuadran estos datos si los cruzara con el porcentaje de crucecitas católicas marcadas en la declaración del IRPF. Hasta aquí todo normal, pero se me ocurrió buscar por código postal y comparar el ratio de la provincia, de la ciudad y luego del barrio. ¡Dios santo! En aquel distrito tenían 17 veces más impuestos de sucesiones asignados a la iglesia que el resto de su provincia.

¡Diecisiete! ¡Uno y siete! Nada más y nada menos que el diecisiete. La combinación del 1 y del 7 en la simbología numerológica significa un crecimiento espiritual, como si un ángel te llevara en volandas al cielo. Lo primero que pensé fue en Don Jacinto asesinando viejecitas para apoderarse de sus testamentos. Menos mal que no soy inspectora de policía. No podría dormir por las noches soñando con, ahora que pienso, aquellos dientes afilados que Don Jacinto mostraba cuando nos sonreía.

Así que mi curiosidad me llevó a tener que pasar varias tardes en aquel barrio fatídico, fuera de horas de oficina porque claro, cómo le iba a explicar a mi inspector jefe que me iba a recorrer el barrio, la parroquia e indagar una posible fechoría que solo podía estar en mi mente instigadora. No se lo creería como tampoco se lo creyó hasta que no le presenté pruebas muchos meses más tarde.

< <Recibí un mensaje. Por fin me contactaba el innombrable. Al menos un par de semanas sin saber nada de él. Ahora que me encaminaba hacia el barrio de las viejecitas y me pillaba en medio de la calle. ¿Qué tenía que hacer? Con lo que costaba que me contestara, que se acordara de mí, pues nada, a contestar y, claro, entre cariño por aquí y cariño por allá, se me pasó la tarde. Tendré que volver mañana.> >

Regresé a la tarde siguiente y me envolví del ambiente del barrio. Para ir a misa me compré un chal de seda para no parecer pobre y que la gente pensara que me acercaba a las viejecitas para sonsacarles su dinero. Descubrí el rutinario andar vespertino de algunas ancianas hacia la iglesia para asistir al culto, día tras día, a escuchar y seguir el oficio cotidiano del sacerdote y sus discursos monotemáticos, que se centraban en temas muy tradicionales. Tenía su público, decenas de señoras mayores que lo visitaban de forma diaria, y de vez en cuando algún viejecito; y los fines de semana, sobre todo los domingos a

primera hora, a primera misa, y con poca afluencia los sábados ya que imagino las mujeres dedicándose a sus tareas domésticas como manda la tradición. Todo aquello me devolvía a mis recuerdos católicos de mi infancia. Parecía que el tiempo se había parado algunas decenas de años atrás.

Me sorprendió más que nada la cola que se formaba en el confesionario. Martes y jueves de 18h a 19h era su horario, el horario del Padre Isidoro. Seguidme llamando curiosona a mí. Fui a dos iglesias del centro para comparar y ninguna de ellas no tenía ni viejecitas ni mujeres que fueran al confesionario mientras que el Padre Isidoro tenía varias señoras haciendo cola. Un día me acerqué, hice la cola susodicha y me confesé.

Ya no recordaba como confesarme. Así que le pregunté a mi amiga Pili, que acompañaba a su madre a la liturgia dominical y me trajo viejos recuerdos de cómo era el protocolo: santiguarme con la señal de la cruz y rezar en nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Me sugirió que utilizara las cuatro Cs (no confundir con las siglas del partido político que parece que no conocía este protocolo, sino seguramente le hubiera ido mejor) para hacer una confesión Clara, Concisa, Contrita y Completa de alguno de mis malos actos, poco malos para no asustarle, y que no fueran impuros. Así que me dirigí al confesionario:

—Ave María Purísima.

—Sin pecado concebida —¡Qué fuerte, sin pecado! Pensé para mis adentros.

—Padre, me arrepiento de mis pecados. Hace muchos años que no me confieso.

—Cuéntame, hija mía.

—He tenido poca paciencia, he sido egoísta y he mentido para quedarme los bienes de mi ex marido —¡Qué bien miento! A ver si pica.

—Hija mía, ¿por qué hiciste esto? ¿Qué inquietudes tuviste para realizar semejante acto?

—Es que él me puso los cuernos con mi mejor amiga, pero mi intención era buena.

—Sí, hija mía, pero no es ese el camino.

—¿Y qué camino debo seguir, Padre?

—Primero tendrás que hacer penitencia con dos Padrenuestros y dos Avemarías.

—¿Y luego Padre?

—Tendrás que devolver el dinero que no te pertenece —ay, ay, que ya lo tengo.

—¿Pero cómo voy hacer eso si ya están todos los papeles firmados?

—No te preocupes por el papeleo. Ven a verme a la sacristía un día

de la semana que viene y hablamos.

—¿Pero cómo podemos solucionarlo Padre? —a ver si ahora va ser él, el confesado.

—No te preocupes por ahora. El cielo te recompensará por aliviar tu conciencia y propósito de enmienda.

—Padre, no volveré a hacerlo. Nunca más.

—Yo te perdono tus pecados en el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Amén. Vete en paz.

—Gracias Padre.

Ya estaba encarada hacia un recto camino celestial.

< <Si hubiera tenido que contarle mis aventuras amorosas con el innombrable, de veras que le hubiera asustado tanto que el sacerdote no hubiera llegado a echarme del lugar porque antes le hubiera dado un infarto, al escuchar las innumerables cochinadas que hacíamos en lugares públicos.> >

Al no poder hacerme pasar por viejecita pero sí madurita, evité ir a verlo por si el sacerdote tuviera afán de cometer actos impuros. Así que me centré en descubrir sus actos defraudatorios sobre herencias, que también son impuros, pero en otro sentido. Y opté por arrimarme a un par de viejecitas en distintas horas y días, en las que ambas no coincidieran y me hice amiga de las dos, e incluso de una tercera. Eran tan amables y tan inocentes, pobres. Acabé invitándolas todas ellas a un té con pastas a las cinco de la tarde para que se conocieran. Se hicieron íntimas amigas.

Paquita, Conchita y Angelines. Las tres eran muy parecidas de estilo y de época. Con más de 80 años, con dos o tres hijos cada una, a los que veían de vez en cuando. Sus hijos se habían ido la mayoría a vivir lejos; para ellas lejos ya era en la otra punta de la ciudad, y sus hijitos, pobrecitos, trabajando todo el día, no podían verlos como querrían, estaban muy ocupados para poder acercarse al menos una vez por semana. Pero eran felices, por estar bien de salud, por no haber acabado en un centro geriátrico que las hubiera preparado para conducirlas con la autopista directa hacia el cielo. Estaban muy agradecidas al Padre Isidoro porque las cuidaba, se preocupaba de sus inquietudes e incluso de sus problemas logísticos posteriores.

¡Pues sí! Era como un padre espiritual y gestor terrenal de sus patrimonios. Estaban tristes porque cada vez se sentían más cerca de su hora al ver que cada vez asistían más a funerales de otras vecinas de la misma parroquia, pero satisfechas porque las que se habían ido habían realizado un acto por el bien común, por la comunidad, donando todo su patrimonio a la iglesia. Sus hijos no se quejaban o si lo habían hecho, había quedado guardado debajo de las alfombras

eclesiásticas.

Espiritualmente, el Padre Isidoro estaba preparado para darles soporte moral y psicológico. Tenía doble licenciatura en filosofía y en psicología, a parte de haber cursado estudios en el seminario. Al menos eso decía él. Pero aquellas mujeres no estaban preparadas psicológicamente para explicarles todo el entramado del apreciado sacerdote. Así que no les conté nada para no hacerlas sufrir.

En total, extraje treinta y cinco expedientes con los mismos casos en menos de 2 kilómetros a la redonda de la parroquia. Lo puse en conocimiento del inspector jefe, que se quedó a cuadros, pero ¡claro! me dijo que esto no era de su incumbencia, así que saqué copia de todos los expedientes y, con su aprobación, lo presenté en la comisaría de policía más cercana.

Supe que años después el Padre Isidoro había sido traslado de parroquia a una población remota y tuve la suerte de no recibir ningún otro expediente más. Por curiosidad, diez años después repetí mis pesquisas para descubrir que aquel distrito había vuelto al ratio normal de donaciones sucesorias a la iglesia.

Tras el asunto, tuve el placer de tomar un par más de tés con aquellas tres venerables ancianas. Así acabé mi relación. No quise preguntarles por sus apellidos para conocer su situación sucesoria y saber más adelante qué pasaría con sus patrimonios, una vez hubieran reposado para siempre.

Así que puedo ratificar aquella famosa frase de un político rojillo, que dijo aquello de “el paraíso de los obispos no está en los cielos. Es un paraíso fiscal y está en España”. Tampoco le faltaba razón, ¿verdad?

Los muertos también defraudan

Si los muertos llegan incluso a votar, ¿no van también a defraudar? Si hasta el famoso pequeño Nicolás pudo fácilmente falsificar su DNI con la pegatina de un amigo suyo para que le sustituyera en su examen de selectividad, ¿qué no podrá conseguir un evasor de impuestos profesional?

Ya me gustaría explicar una historia como la de un tipo de la talla de Cary Grant que en la película de Alfred Hitchcock 'Atrapa a un ladrón': falsificaba no solo su identidad sino también su apariencia dedicándose a robar joyas a damas de la alta sociedad, y las utilizaba para lavar dinero y evadir impuestos de la forma más pulcra y elegante.

Pero no, estamos, nos guste o no, en un país cutre. El ladrón no era de guante blanco y guapo, sino más bien de guante sucio y bastante feo. No pasaría del metro sesenta de altura, calvo, de nariz aguileña y ojos hundidos, con una frente sobresaliente que hacía presagiar mal tiempo con solo mirarle a la cara. En cambio, si conseguías mirarle directamente a los ojos, harto difícil porque siempre esquivaba la mirada, parecía disimular la travesura de un niño más que revoltoso, parrandero. Seguramente habría tenido una infancia difícil y ello le habría encumbrado al máximo nivel de falsedad. Me recordaba físicamente al cómico francés Louis de Funes pero sin un gramo de bonanza, poco agraciado y bastante repulsivo. Silencioso, actuaba sin duda con sigilo en sus maquiavélicas actividades delictivas.

Descubrí que era un ladrón cuando, en su segunda visita, me entregó un DNI distinto del primero que me había entregado para verificar sus datos. En aquel momento no caí, claro con tantas cifras, tanto de DNIs como de cuentas bancarias, facturas, cálculos de IVAs y demás impuestos, ¿cómo una se podría acordar de cada número de identificación? Ni tampoco de que en uno se llamaba Sánchez de segundo apellido y en el otro Martínez. Pero su triste figura desapareció, ya no volvía a verle. Se esfumó con sigilo, sin que nadie supiera nunca por dónde había pasado. Uno de los DNIs era el suyo propio, el real, y de ahí pude acceder a su historial de la Seguridad Social al intuir su cinismo del aire que respiraba.

Había recibido un expediente de una empresa en pérdidas, en la que casi todo estaba mal: desde malas declaraciones de IVA intercomunitario hasta contratos con terceros en los que no cuadraban ni los nombres de las empresas ni sus identificaciones fiscales, pasando por desgravaciones fiscales que no podían corresponder de ninguna forma con el número de sus asalariados. De ahí podía sacar lo que quisiera, era como si alguien se hubiera puesto a propósito a hacerlo todo mal. Era como coger un viejo tren de cercanías y esperar

que el tren estuviera limpio, que el billete no se destiñera al tacto de las manos y que encima llegara puntual a destino. Imposible. Así que primero intenté contactar con el administrador de la empresa, pero no aparecía por ningún lado; quiero decir que no contestaba a ningún requerimiento, ni llamadas por teléfono, y nadie en dicha empresa ni lo conocía ni sabía de su paradero. En una de las facturas descubrí lo que parecía ser un asesor y así fue como el indocumentado, o quizás habría que llamarlo el 'doble documentado', apareció en mi vida profesional.

Gracias a su DNI real pude deshacer la madeja e ir tirando del hilo. Según su vida oficial había trabajado más de una decena de años en una residencia de ancianos hasta que finalizó su contrato o quizás lo dejó de forma voluntaria, porque al día siguiente de su baja aparecía como alta de autónomo empresario en una empresa que, por su nombre, indicaba ser una asesoría.

Utilicé la misma fuente para indagar sobre el administrador de la empresa en pérdidas y cuál fue mi sorpresa al descubrir que llevaba cerca de veinte años jubilado y, de repente, le habían dado de alta como autónomo y administrador de una empresa de varias decenas de trabajadores, con ya más de 80 años. ¡Qué sorpresa! ¿Te imaginas llevar nosecuántos años sin hacer nada y luego en tu vejez ponerte a gestionar una empresa, con todos sus dolores de cabeza? A menos que fuera una empresa de tu hijo/a, por hacer un favor a un familiar… Pero si además el susodicho antes había estado toda su vida laboral como transportista, y esa empresa no tiene nada que ver con la logística ni los transportes, no suena muy bien, ¿verdad? Pues eso pensé yo.

Mi siguiente paso fue analizar los propietarios. La propiedad aparecía como registrada por una empresa extranjera con sede en la Isla de Mann. Solicité acceso a los datos del registro mercantil y, ¡oh, sorpresa!, el administrador de la misma era nuestro amigo ochentón. Esto cada vez se ponía más interesante. A veces mi trabajo parece que sea una investigadora de la policía, de hecho en Italia nos llaman Policía Tributaria, y parece que no vayan tan desencaminados, persiguiendo ratoncitos que quieren escabullirse de mis sutiles y gráciles garras, pero todos acaban sucumbiendo, o, al menos, eso intento.

Isla de Mann. Surgida en medio del mar de Irlanda, tan verde como la isla irlandesa, de origen gaélico, con algún que otro castillo, gobernada por el Señor de Mann, y la tierra isleña conocida por el país de los gatos sin cola, por la carrera de motos más peligrosa del mundo y por haber tenido el privilegio de haber nacido los famosos Bee Gees (¡Uy! qué recuerdos de mis discotecas primerizas). Este es el resumen wikipédico. Esa es la tierra en la que están acostumbrados a hacer lo

que les viene en gana gracias a tener al parlamento más longevo y continuado del mundo desde el año 979, más de mil años atrás.

Fui a por un café. El tercero del día ya, sin él no conseguía despertarme para saber mi próximo paso. Estaba soñando con la maldita isla. Me imaginaba otro día lluvioso sosteniendo mi taza de porcelana de café irlandés, saboreando unos biscuits de mermelada mientras gestionaba una oficina de dos pisos con tejado de pizarra a dos vertientes y de ventanas venecianas. Me acerqué al buzón para ver cuánta correspondencia recibía de las al menos cuarenta y ocho empresas distintas que administraba en medio de la campiña. Qué felicidad, respirar aire puro, tan puro para conseguir oxígeno suficiente para lavar la suciedad de esas empresas.

< <Menorca, isla también, pero paradisíaca, con sus aguas cristalinas y playas semidesérticas a principios de junio cuando tuve el honor de conocerla con mi innombrable. Con los primeros rayos de sol del día nuestros cuerpos jugaban, ajetreados en busca de nuevos placeres, salivando todavía el suave aroma del gin menorquín de nuestra loca noche anterior. En un ardiente amanecer, ardiente por mi temperatura corporal de una fresquita mañana, se me declaró. Me prometió amor eterno mientras yo me derretía tal fuera un queso mahonés puesto al sol.> >

Desperté. Tenía que seguir. Había que encontrar el camino. Así que se me ocurrió acercarme a mi jefe y a mis seis compañeros de unidad. Les pregunté uno a uno si conocían al asesor bajito y feucho, no por su aspecto físico, sino por su nombre y apellidos. Nadie se acordaba de él. Claro. Si hubiera sido un tipo guapetón y resultón, alguna de mis compañeras se hubiera acordado, o si fuera aquella asesora de los grandes pechos, alguno de mis compañeros no me hubiera fallado. Pero no, tanto la normalidad como la fealdad hizo que la gente no recordara nada de él.

No me quedó más remedio que acercarme al informático a ver si me podía encontrar los expedientes a los que dicho asesor representara y pudiera tener alguna *acta levantada*[7]. Sino, en caso contrario, no se anota el nombre del asesor. Y, efectivamente, mi intuición, no solo femenina, me abrió un buen foco de luz: tenía otros cuatro expedientes con acta de conformidad y firmados por él o por ellos, porque dos eran con un DNI y otros dos con el otro. Mis compañeros poca memoria tenían. El caso se repetía: en uno de ellos el administrador era el mismo ochentón, y los otros tres, de tres distintas empresas, tenían tres administradores distintos.

Seguí indagando. Mi jefe ya estaba con la mosca tras la oreja aprobándome tantas solicitudes de acceso a los datos de la Seguridad

Social. Sabía que alguna me llevaba entre manos, pero no quise darle ninguna pista, mejor esperar al final para darle las mejores noticias, sino se me mete en medio, me hace perder el tiempo y encima quiere que lo haga como él quiere, y luego querrá ponerse la medalla que fue idea suya. Y sí, sí, también los otros tres administradores eran todos jubilados y vueltos a ingresar como autónomos empresarios en la Seguridad Social: un trabajador del metro de 74 años; otro, un maestro de escuela de 83, y el último un comerciante de 87. Ya era el colmo de los colmos. Y los propietarios… claro: el del mismo administrador; otra empresa de la famosa islita; y los otros, de otras residencias digamos que muy atractivas fiscalmente, Malta y Chipre. Todas islitas, ¿será que los piratas dejaron los barcos de vela allí amarrados y sus descendientes siguen navegando en la misma travesía?

Y ahora, ¿cómo sigo? Si empiezo a preparar cartitas de solicitud de información que me tienen que traducir al inglés, luego mandarlas y luego esperar y esperar a que la señorita de la campiña me responda, pues me parece que no, que tras tres o cuatro meses voy a estar igual, así que voy a seguir investigando por mi cuenta.

Me acerqué a la residencia de ancianos en la que trabajaba el indocumentado, perdón, el doble documentado. Un asilo de tres al cuarto, claro, no podía ser de otra manera. Entré en la residencia y me encontré con la recepcionista:

—Buenas tardes, vengo a visitar a un familiar.

—Buenas tardes, ¿cómo se llama?

—Casimiro Buenafuente, gracias.

—¡Ay! ¡Cuánto lo siento! Su familiar falleció hace ya un año.

—¿Qué me dice? Llevaba pensando en venir a verlo hace tiempo pero no pensé que mi tío se fuera tan pronto.

—Siento mucho comunicarle esta fatal noticia. A nosotros nos dio mucha lástima porque era una persona muy entrañable. Si quiere le puedo buscar el cementerio donde le enterraron.

—¿Y podría hablar con su amigo? Tenía un amigo que se llamaba Rogelio Fernández.

—Pues, tiene Ud. muy mala suerte porque también falleció poco después.

—¡Vaya! Desde luego. Tantas malas noticias de golpe… ¿Y no podrá Ud. presentarme a alguno de sus cuidadores que tengo entendido que le trataban muy bien para saber cómo pasó sus últimos días? —a ver si alguien me cuenta algo.

—Luis, Luis García Sánchez, pero ya no está —mi doble documentado.

—¿También se ha muerto? ¡No puede ser!

—No, no. Quiero decir que ya no trabaja aquí. Tan amable y

simpático que era. Se nos fue hace unos meses, creo que se fue a trabajar a una gestoría. Dijo que necesitaba descansar después de tanto cuidar abuelitos, y eso que era muy atento con todos ellos. Lo adoraban y muchos lo consideraban como a su propio hijo, incluso le llegaron a hacer una gran fiesta de despedida, pero su familiar y amigo ya no pudieron acudir.

—Bueno, muchas gracias por toda la información. Me acercaré al cementerio a ponerle unas flores.

—¡Qué Dios la acompañe!

¡Fallecidos ambos! Tremendo. Además, las fechas de sus fallecimientos eran anteriores a las fechas de sus nombramientos como administradores. ¡Claro que nadie me iba a contestar ningún requerimiento, como no hiciera requerimientos celestiales, infernales o al purgatorio!

Ya esto superaba lo insuperable y mi jefe, que se quedó petrificado con mis explicaciones y mi largo expediente, me felicitó con un gran abrazo y no tuvo otra que de forma inmediata dar aviso a la policía por falsedad documental y seguro que otras muchas cosas. Expedientes como éstos ya tienen poca solución si el indocumentado no aparece o no se le pilla, y a éste no creo que lo pille nadie. Un embaucador de DNIs de ancianos. Desaparecido con sigilo como su entrada silenciosa.

Hacía ya frío y se acercaba la Navidad. Estaba supermotivada para las próximas vacaciones navideñas. No solo por la productividad extra que había sacado con el expediente senil sino porque había decidido que me la iba a gastar enterita en un viajecito de fin de año a un lugar encantador. Estaba tan feliz del expediente que se lo expliqué con detalle al innombrable, y eso que nunca hablábamos de trabajo:

—Muy bien. Lo has hecho muy bien. Pocas personas de Hacienda tienen este hambre de investigadora para llegar hasta el final del caso.

—¡Gracias a ti por esta época excelente que estoy pasando!

—Pues sí, lo estamos pasando muy bien —¡Qué insípido este chico! Pensé.

—Para celebrarlo, he pensado que con la productividad que he conseguido me gustaría invitarte a un lugar especial, lujoso, de aquellos sitios que a ti te gustan.

—A ver, a ver, estoy expectante.

—Mis amigas han organizado un viaje de fin de año al casino de Montecarlo y me gustaría que vinieras. Me encantaría que lo pasáramos juntos.

—Humm… humm…

—Mis amigas son fantásticas y divertidas. Nos los pasaremos súper bien.

—Humm… humm…

—Bueno, podemos ir los dos solitos. Nos buscamos un hotelito romántico, solo para nosotros.

—¿Me lo dejas pensar? Tenía otros planes.

—¿Pensar? ¿Otros planes? Pero, pero si me prometiste amor eterno este verano…

—Ya sabes que la vida es muy complicada.

—¿? ¿Cómo?

—Te dejo que tengo una reunión —y me ¡¡colgó!!

El plan que habían diseñado mis amigas se cumplió, pero sin él. Nos fuimos a pasar la noche de fin de año en el propio casino de Montecarlo, como si fuéramos ricas y poderosas del principado de Mónaco, otro pequeño paraíso tanto terrenal como fiscal.

Pasadas ya las doce campanadas, sin uvas y con alguna copa de más, nos acercamos a apostar a la ruleta de la noche. Ahí teníamos la plana mayor de franceses, italianos y monegascos apostando como si les fuera la vida. Todos bien vestidos, trajeados de fin de año, con algún cucurucho de fiesta y unos cuantos tragos de más, y bueno, siempre hay alguien que da la nota, alguien que desentona, por llevar un traje ya algo pasado de moda, con poca percha y de pocos vuelos. ¡Ostras! Pero si es nuestro amigo, Luis, el doble documentado. Allí estaba lo poco de él que se le veía, se ponía de puntillas para ver como iba girando la bolita blanca, celebrando su festín en compañía de una joven poco recomendable. Me saqué el pañuelo para frotar mis ojos y asegurarme de no estar viendo visiones, pero no, era él, allí estaba él, mostrándose con cierta soberbia a su tierna y poco virginal acompañante con menos sigilo que el famoso actor francés, Louis, cuando actuaba como gendarme, y disfrutando de la fiesta.

¡Atención! El indocumentado apostó la gran mayoría de sus fichas al 35 negro. *Rien ne va plus,* escupió un pedante croupier de su boca, quedándose quieto y haciéndose el interesante. La bolita dando vueltas y vueltas, y va y se paró en el 35. Me acerqué para felicitar a mi buen elegido.

—Espero que esto lo declarará. He sido testigo de ello —le dije y a lo cual me respondió con sus ahora ojos más abiertos y pícaros.

—Desde luego, señora inspectora, ¿cómo duda de mí? El premio lo declararé entero excepto esto. ¡Que tenga suerte! —y cogiendo una ficha naranja de diez mil euros, me la puso en el escote de mi vestido rojo de noche y desapareció sigilosamente, como siempre, con la joven sonriente por afortunada.

En cambio, yo no lo fui porque aposté a todos los números acabados en 7, que son mis preferidos, y no tocó ni uno. Desafortunada en el juego pero afortunada en el amor gracias a un francés canoso y de buenas apariencias que me dejó un buen *savoir-faire* para alegrarme la llegada del nuevo año haciéndome olvidar mis



últimos sinsabores con el innombrable, que no quiso disfrutar de un inolvidable fin de año ni con mis amigas ni conmigo.

Hotel 1880

Acta expediente número CO-11980.3XX de 2011.
Datos identificativos del elegido:

Nombre ......

Apellidos .....

CIF ......

☐ Hombre Mujer

ERROR ERROR ERROR ERROR ERROR ERROR ERROR ERROR

A nosotros, los empleados de Hacienda nos gusta decir (o, incluso, diría yo, sentirnos orgullosos) de que somos muy avanzados informáticamente, y que estamos a la cabeza del mundo occidental en sistemas de control informático tributario. Pero esta vez me he dado cuenta de que no, vamos por detrás de los cambios sociales.

El expediente CO-11980.3XX pretendía comprobar unos errores fiscales sobre un hotel castillo. Todos los castillos tienen su historia. Si las paredes hablasen, muchas historias que permanecen dormidas saldrían a la luz y habrían escandalizado el pasado. Pero no es nuestro caso. Las historias pasadas seguro que fueron menos escandalosas que las posibles del presente.

Como manda el protocolo, envié un requerimiento al propietario del hotel para que se personase en nuestra delegación. Al entregarle el expediente de forma presencial, se me puso hecho una furia al comprobar que había marcado

☐X Hombre

Me interpeló corrigiéndome

—Yo no soy hombre, señora Inspectora. Soy del tercer género.

Me quedé boquiabier**te** y estufac**te** cuando descubrí un nuevo género. Cometí el error de solicitar**le** una explicación detalla**de** pensando que me estaba gastando una broma.

Tras un extenso discurso que inició dándome un repaso histórico que ya en 2007, cuatro años antes, tanto Bangladés como Nepal habían reconocido una tercera categoría de género. Mientras hacía su arenga, que parecía la de un sacerdote o pastor bíblico sobre las distintas acepciones de género, distintas de las de identificación física, tuve una revelación divina.

Imaginemos por un momento que Dios, nuestro creador, se dio cuenta al sexto día que le faltaba algo: un tercer género. Dios entendió que al comparar las múltiples especies que había creado, la lógica le indicaba que tenía que crear un hombre y una mujer a semejanza de las parejas animales de todas las especies. Pero a la vez se hizo cargo que la diferencia principal entre las bestias y los humanos era que éstos poseían razón.

Si los humanos tenían una capacidad superior para razonar por sí

mismos y no solo discernir sobre el blanco y el negro, el bien y el mal, el amor y el odio, la alegría y la tristeza, deberían ser también capaces de percibir el gris, la duda, la indiferencia y la serenidad.

Así Dios descubrió que tenía sentido y que debía existir un tercer género que agrupara todos los matices de grises, de los diferentes tipos de maldad, y los distintos grados de interés, apatía y melancolía. De esta forma natural fue como Dios debería haber creado el tercer género.

Había comprobado otros hoteles, algunos de turistas, otros de negocios, alguno de lujo e incluso hostales rurales pero éste despertó mi curiosidad innata por su nombre, que era '1880'. ¿Algo tan corto para denominar un hotel? Si esto fuera Estados Unidos, el número de la calle le daría el nombre, y pensé que su lema quizás sería algo como ¿1880, el hotel más caro del mundo, como el turrón? ¿Sería quizás su año de apertura?

Pero no. Indagué por internet. El lema del hotel '1880' era 'Del propio poder al refugio del alma' y en su página web transcribía los cuatro números por una prosaica revelación numerológica en la que el 1 representa el propio yo, el doble 8 representa el poder y el dinero, y el 0 el alma como algo que puede ser pero que todavía no es. Habiéndome sorprendido el dueño de aquel hotel enigmático con su discurso de género, pensé que, en realidad, la referencia al alma daba más bien rienda suelta a salir del armario o a cumplir deseos ocultos. Pero lo del poder no acababa de entenderlo. Y la palabra refugio pensé que haría mención al descanso hotelero.

El castillo se encontraba en un pequeño montículo cercano a un cruce de carreteras nacionales con las que podías acercarte a las principales ciudades españolas a menos de 300 km. Abrí el expediente y lo primero que pensé, llámame mal pensada por mi ojo clínico ya entrenado de sabuesa hambrienta, es que tenía pocos visitantes, facturaba poco por el lugar en el que estaba, justo lo contrario de la famosa gasolinera del ruso (¡mecachis! ya ha vuelto a salir el maldito ruso). Así que decidí pasar en él una noche de sábado glorioso y lujurioso con el innombrable. No había problemas de reserva ningún sábado ni día laborable. Ya olfateaba con ganas de caza.

Llegamos un sábado cualquiera, bueno no era cualquiera, sino era aquel sábado en que el innombrable había estado mandándome mensajitos durante toda la semana sobre sugerencias sexuales medievales tras explicarme que había visto la nueva película de Robin Hood, así que le di la sorpresa de recabar en el castillo.

Nos recibió una recepcionista de nombre Toñi, por su placa, de la que me sonaban sus rasgos físicos pero a veces con el paso de los años ya

no sabes si has conocido a alguien, le has visto por televisión o se parece a otra persona. Ya no se me ocurre saludar a nadie más desde que un día me paré a saludar efusivamente a un conocido personaje en el aeropuerto, pensando que era un amigo de la infancia por parecerme muy cercano y conocido, cuando en realidad era el presentador del noticiero diario de televisión, tal cual fue mi sorpresa mayúscula y la suya. Por si acaso me encontraba con el dueño había optado con ya mi consabido disfraz, pelo recogido en moño, tinte rubio de cejas y lentillas azules, que había convertido en habitual tanto para mis investigaciones tributarias como para mis devaneos amorosos cuando no quería que ni mis elegidos diurnos o nocturnos me reconocieran. Así que el innombrable se entusiasmó cuando aparecí con mi cambio de *look,* susurrándome que me cambiara el nombre ya que estaba ante una nueva amante. Me lo miré con rabia porque estaba pensando más en sexo y menos en el amor eterno que me había prometido.

El hotel castillo tenía cierto encanto, a mitad entre lo medieval y lo moderno. Por un lado, las habitaciones estaban dispuestas en círculo alrededor del interior del castillo, distribuidas en tres plantas, en las que contaba también con otras salas auxiliares, como una biblioteca rellena de libros antiguos y enciclopedias más modernas, una sala de juegos para jugar a la canasta, al bridge o a la ruleta, que contaba también con un billar americano, y desembocaba en una sala dedicada al baile. Disponía también de un salón de desayunos y un salón comedor de grandes dimensiones de altos techos de madera abovedados en una superposición de prismas, que me recordaba a los patrones geométricos de *Exin Castillos*[8]*,* del que mi hermano no se separaba en sus momentos de entretenimiento infantil, aderezados con dos torres vigía y el puente elevadizo que daba rienda suelta a mis fantasías principescas del medioevo que convertía en poemas trovadorescos para mis victimitas.

Durante la semana había estado imaginando que el innombrable era un príncipe azul que venía a rescatar a la princesa más bella del lugar saltando a nado el puente levadizo, trepando por sus paredes y luchando por mí contra un sinfín de caballeros que se postulaban por acercarse a mí. La realidad era que el príncipe no parecía ser tal príncipe ni tenía los ojos azules, que me empezaba a tener harta pero no podía dejarlo, y que la princesa era, quizás sí, la mujer más bella del lugar en ese momento.

La distribución de la habitación del hotel me sorprendió, y también el libro en la mesilla de noche. No era una biblia, como en los moteles americanos que hemos visto en tantas películas, sino que era como un manual que describía la composición del mobiliario y disposición de la cama, sofá y sillas acorde a evitar el cruce de las *líneas Hartmann*[9]

para favorecer el descanso. La disposición del interior tanto de las habitaciones como del resto de estancias seguían la guía indicada para el descanso merecido, con lo que se apreciaba la falta de la alineación horizontal y vertical habituales de la mayoría de hoteles, y ello parecía haber un cierto desorden ordenado del mobiliario. Además, en el suelo aparecían marcados los cruces de las líneas mencionadas con un pequeño recordatorio, mediante una especie de señal de prohibido estacionar de diseño gótico, para que no te pararas ni un solo segundo y evitar el malestar magnético de dicho cruce. Cuando vuelva a mi despacho, tantearé la disposición de mi mesa y silla para comprobar si estoy bien aposentada o no, según dicho criterio.

Parecía todo muy normal. Clientes normales. Pocos clientes como ya había presagiado. No había ruido, todo era muy tranquilo. Era como si no pasara nada. El castillo tenía algo de misterioso. Cenamos con tranquilidad. Nos atendió un maître que se llamaba Toni, según su placa. No me fijé en él de primeras, pero luego comprobé que era el dueño del hotel. Me quería morir. Lo tenía ahí enfrente y el innombrable le pedía sugerencias sobre el vino; si éste o aquel, que cuál era más apetecible con el plato escogido, y yo mirando hacia otro lado, hacia el suelo viendo sus extraños zapatos azules de tacón. Solo faltaría que descubriera quién soy y me volviera a soltar su retahíla del tercer género.

Tras la copiosa cena decidimos dar un paseo por los pasillos y recovecos del castillo. Bien, yo decidí seguir mi investigación, a pesar que mi pareja tenía otras intenciones más fogosas. Recorrimos los pasillos y las estancias. Se acercaba a besarme en cuanto nos encontrábamos solos en cualquier rincón, me besuqueaba con gran intensidad como aquel que me desvirgó, pero yo me hacía la escurridiza, haciendo de princesa escapando de un príncipe acalorado por el vino y el reflejo de la luna en los dispersos espejos de las distintas estancias, sin ningún orden aparente. Creía él que me escurría cuando, en realidad, andaba buscando algún picaporte o botón que abriera una puerta secreta. Y la encontré. Tenía que ser en la biblioteca, tras levantar una falsa enciclopedia, como pasa en las películas de terror. Me deslicé tras la puerta y casi me caigo al suelo cuando, precisamente, ahí no había suelo. El espacio del suelo estaba ocupado por una escalera de caracol que daba vueltas sobre sí misma, y giraba y giraba, no se si era el vino o la emoción del momento. Fuimos bajando y dando vueltas y más vueltas sin un final hasta que nos encontramos ante una puerta con una clave de cuatro dígitos.

Al innombrable aquello le parecía fascinante. Se creía que estaba en plena película como Robin Hood y se moría de la risa, diciéndome que era la princesa o, mejor, la reina de la gincana, preguntándome como había conseguido encontrar aquel lugar, preparado para huéspedes

que quisieran disfrutar de aventuras amorosas como si jugaran a correrías principescas. Yo le cerraba la boca con la mano para que nadie nos descubriera y me mordía, así que tenía que hacerle callar con mi propia boca, y así, claro, no paraba de besuquearme aunque yo estuviera envalentonada por otros motivos. ¿Cuatro dígitos? ¿No será 1880? ¿Y si fuera al revés, 0881 donde puedes cumplir tus deseos gracias al poder y a tu propia ambición cumpliendo un anhelo numerológico? ¡Sí! ¡Acerté! Todo tiene su lógica en esta vida.

Se abrió la puerta. Era una enorme estancia. Increíble lo que estábamos viendo en aquel castillo. Era un espacio cerrado, de poca ventilación y de una gran superficie. Debíamos estar ubicados debajo de tierra, por debajo del foso ocupando toda la extensión del castillo. Di con el interruptor y así descubrimos que la estancia era un fascinante garaje de coches de lujo. Al menos contabilicé dos Rolls-Royce, tres Ferrarys, un Bentley, un par de Jaguars, incluso un Maserati y, quizás aquello, a lo lejos era un Lamborghini amarillo, a parte habían vitrinas cerradas de cristales con esculturas de distintas épocas, romanas, aztecas, íberas… e incluso más modernas como de Art Déco. Cerré la luz inmediatamente cuando vi aquello, pero una mano por detrás me cogió del cuello. ¡Glups! ¿Sería el tercer género ambulando detrás mío?

Me empezó a besar por el cuello y a estirarme los pezones. Ese no era el dueño, más bien era mi innombrable que se hacía querer. No me pude resistir. Me cogió a oscuras por las caderas y con una pequeña linterna de mi bolso fue recorriendo uno por uno los automóviles de lujo que ahí se encontraban hasta acabar delante del Lamborghini. Abrió las puertas. No estaba cerrado y nos metimos dentro. Creo que no había subido nunca y menos en esas condiciones: mi cabeza empezaba a dar vueltas, entre el vino y el poco espacio. Decía la canción ‘Qué difícil es hacer el amor en un Simca 1000’, pero más complicado era en un Lamborghini, a ras del suelo. Me arrancó mi súper mini tanga, también amarillo, qué risa. Y ahí ya no pude más. Hicimos el amor a grito pelado, como si el mundo se acabara aquella misma noche y como si nadie nos pudiera descubrir ni oír. Pues sí. No pasó nada tras nuestro acto impetuoso. El silencio más absoluto. Salimos del coche como pudimos, a gatas a ras de suelo. Pero antes busqué en la guantera, encontré un par de papeles y me los guardé en el bolso. Recorrimos a la inversa el camino y volvimos a la habitación sin novedad.

Regresamos a la cama orientada hacia al norte y entre el cansancio, la emoción de no ser descubiertos y los papeles del bolso, había olvidado por completo mi tanga. Estaría dentro del Lamborghini, a juego con su carrocería. Por suerte, no estaba fichada por la policía y, aunque hicieran un análisis de ADN, no descubrirían el nombre del

conejito que lo llevaba puesto.

No me atreví a la mañana siguiente volver al lugar: entre otras cosas, ese domingo se celebraba una boda y andaba todo revuelto y bullicioso. Así que desayunamos en el reconvertido patio de armas del castillo:

—En este jardín, rodeado de buganvillas y rosas, embriagado por los aromas florales y de tu fragancia, vivo como si fuera el señor del castillo con su bella princesa.

—¿Qué has bebido? No pensaba que tuvieras tu corazoncito con lo que duro que tú pareces.

—Las apariencias engañan. Es un escudo protector contras las vampiresas.

—¿Cómo tengo que entenderlo?

—Tú eres muy distinta a las demás.

—Me siento muy halagada y con ganas de verte más a menudo.

—Sí, no estaría mal pasar más tiempo juntos.

—¿Te apetecería que viviéramos juntos?

—Ahora mismo me coges a destiempo. No sé que decirte. Me siento abrumado.

—Te lo digo en serio.

—¿De verdad?

—Sí, te quiero. Lo cogí del brazo y le besé suavemente en el dorso de su mano derecha y se ruborizó.

—Eres la primera mujer que me lo pide.

—¿Y ahora qué tendría que hacer? ¿Una pedida a tu padre?

—¡Por Dios! Ya somos mayorcitos para estas tonterías.

—Necesito una decisión firme por tu parte. Ya llevamos muchos años sin saber el destino de nuestra relación.

Se levantó a por un segundo café y ya no continuamos con la conversación, mientras me secaba una lagrimita que corría por mi encendida mejilla.

Decidimos irnos, bueno, decidí que nos teníamos que ir, y me encontré de nuevo a Toñi. Era él, ella, no él, no ella. Llevaba los mismos zapatos que Toni. Me la miré y sí, era él pero en formato ella. Tal como me había explicado. Entonces entendí su tercer género, su estado cambiaba en función de quizás el horario de trabajo, o de su estado de ánimo, o vete tu a saber de qué. Hicimos el *check-out* y nos largamos tras el éxtasis de la noche anterior. Por eso me gustaba mi trabajo, poder compaginar investigación y emoción, e incluso a veces con escarceos amorosos, aunque ya estaba decidida a que el innombrable se acabara.

Había estado muy enamorada. Él me llegó a prometer la luna, amarme para siempre, que yo sería su único amor. Llevábamos vidas independientes. Cada uno vivíamos en una gran ciudad y nos veíamos

casi siempre a medio camino, pero la verdad es que yo ya estaba cansada. Al principio, todo era maravilloso con nuestros disfraces, despertar la libido uno de otro con situaciones algunas ridículas, y otras divertidas, pero no podíamos seguir así siempre. Llevábamos unos cuatro años de relación a distancia y yo quería algo más, que él hiciera el paso de venir a vivir conmigo, o que me pidiera que fuera yo a vivir con él, que compartiéramos una vida juntos. Pero no, él seguía siendo un joven imberbe que no quiere crecer, que no se arriesga, que no quiere comprometerse o simplemente porque tenía miedo de equivocarse. Algunos gurús hablan de no atreverse a salir de su espacio de confort. En este punto yo pensaba que no tenía pelotas y punto. ¿Para qué cambiar si todo va bien? Pero el tiempo pasa, las personas crecemos, cambiamos nuestros hábitos, pensamientos e incluso votamos distinto a medida que ganamos experiencia, pero él quería seguir igual, permanecer como siempre. A menos que estuviera ocultando algo.

El par de papeles que conseguí sacar del coche de lujo me ayudó en gran medida a sacar adelante el caso, a darle un buen carpetazo. Los papeles contenían un contrato muy simple de compra/venta entre un personaje fichado por la Interpol y un concesionario de coches situado en Bulgaria, y la documentación técnica del lujoso coche en la que constaba el número de bastidor del automóvil y fecha de producción. Con estos datos y con la matrícula pude constatar que el coche podría haber sido robado en Alemania, trasladado por carretera y recepcionado en Andorra donde estuvo quince días. Luego el Lamborghini desapareció sin dejar rastro, e imagino que lo almacenaron en el subsuelo del castillo hasta poder colocarlo a alguna alma inocente, o no tan inocente.

Así fue como descubrí que el castillo hotel era una tapadera de importación-exportación de vehículos de lujo y de artículos de colección. Y no solo defraudaban el IVA y los impuestos de aduana, sino que muchos de los objetos incautados por la policía habían sido robados en otros países, y allí los guardaban a buen recaudo, a la espera de un cliente sin escrúpulos o sin conocimiento. Por eso el lema del hotel decía “conseguimos aquello que quieras y que con tu poder dinerario podrás realizar”.

Finalmente, la madeja creció y creció. Tuvimos que trabajar conjuntamente con la Guardia Civil y la Interpol para poder seguir el hilo itinerante por varios países hasta dar con los diversos implicados que fueron capturados por la policía.

Y nuestro ami**gue** era el contacto español de la trama de coches de lujo. Del Lamborghini teníamos su número de serie, pero fue modificado y no supimos nunca a quién se lo habían robado. Cuando se subastaron en Hacienda los diversos coches, no me atreví a

acercarme al Lamborghini para buscar mi pequeño trozo de tela amarilla que quedaría en propiedad del nuevo dueño y que espero, por el bien de la pareja del comprador, nunca descubra.

El poder del amor

El amor lo puede todo y también lo despuede. Parecía que la pasión menguaba con el paso del tiempo y el innombrable ya no me llamaba como antes ni me escribía mensajitos a diario. Podíamos estar minutos y minutos, digamos horas hablando por teléfono y con esa forma de hablar suya, suave y fuerte a la vez, convincente, divertida y que moldeaba siempre para despertar mi pasión a la que muchas veces acabábamos martirizándonos con un polvo remoto, porque solo de pensar y mantenerlo en mi mente me ponía a cien, que digo, a mil. Hasta que llegó el día D y la hora H.

Fue peor que el desembarco de Normandía, no por los muertos, que no los hubo, sino por la sorpresa que casi me da un jamacuco. Volvía tan fresca y alegre del bar de Paco con mis compis riéndonos del último caso de la estanquera defraudadora y de repente "¡Tachán!". Lo veo allí delante de mis ojos, tan elegante, bien vestido, con la última corbata de Hermès ("Ves revoltosa, no puede ser de mala familia este guapetón", me dije a mí misma por dentro, ay, ya me he puesto nerviosa de nuevo) pero estaba al lado de mi jefe y éste empezaba a balbucear para que nos reuniéramos todos en la sala de reuniones. ¡Tachán! ¡Sorpresón! Mi tío bueno, mi amorcito del alma, se había convertido en mi nuevo jefe. ¡Pero qué fuerte! Esto se lo tengo que contar a Carlos. No se lo va a creer. Tras el subidón de adrenalina en que mis pezones ya se estaban erizando, no solo por el aire acondicionado, sino que le estaban pidiendo a gritos a mis propios sostenes que querían ser lamidos, que no podían resistir estar atrapados entre telas y necesitaban aire para respirar, llegó el chasco total.

—Y vuestro jefe se incorpora este lunes y durante los próximos días realizará el traslado con su mujer y su futuro bebé. No dudéis en ayudarlo en que conozca la ciudad y asesorarle en las tiendas de ropa infantil que seguro va a necesitar. ¡Muchas felicidades! —acabó el discurso mi futuro ex jefe, que habían ascendido y se trasladaba de unidad. Mis pezones y mis tetas cayeron en tromba, como si de repente tuvieran veinte años más, y mi sonrisa inicial y jovial se tornó en un llanto irascible que debí contener. Salí escopeteada al lavabo y no dejé de llorar hasta que no me quedaba ni una sola gota por derramar.

Pero cómo se atreve, venir aquí, a ser mi jefe sin que yo le pidiera nada. Y encima embarazado. No solo viene con bombo sino que viene casado con otra. Es cierto que yo nunca le pregunté. Fui tonta una vez más y ya van unas cuántas. Y ahora, claro, me querrá follar a mí porque su mujer debe estar gorda, tan gordísima que ya no le hará caso y andará caliente como aquellos chimpancés del zoo que van con

el capullo rojo salido todo el día. Y entonces, claro, me abrazará, me contará un montón de mentiras, otra vez, y yo, la tonta, picaré, me dejaré picar, y el innombrable estará feliz, esperando un niñito, con su mujercita cuidándole a él y a su bebecito, y él desfogándose en mi cuando tenga un rato, no que va, un ratín a lo mucho. De jefe, encima. Eso, encima, ni debajo. Se me va a subir encima para joderme profesionalmente y físicamente. Pues no. No se lo voy a consentir. Yo no soy así. Siempre he querido mantenerme estricta con mis convicciones y no le dejaré pasar ni una, ni media. Buff. Ya creo. Que ya lo tengo claro. Gracias a Dios lo tengo claro.

Patapam. No una, ni dos ni tres sino cuatro. Habían pasado ya tres semanas y había eyaculado dentro mí cuatro veces. No le iba a dejar pasar una. Madre mía. Es que no podía contenerme. Mis pezones y mi vagina iban a su aire. No obedecían a mi cerebro y solo se regían por un corazón lunático. Qué iba a hacer. Mientras me dejara hacer mi trabajo como yo quisiera. Al menos que no se meta en eso. Y así duró la cosa. Llegó el bebé, que por Dios sea niño, no se le ocurra ponerle mi nombre a su bebecita. Menos mal. Le llamará como él. El innombrable Junior. Bueno, podía haber sido peor. Nos seguimos viendo de vez en cuando, ahora ya más pausadamente, e intentaba poner distancia con él al máximo, tanto en el trabajo como en mi vida, pero cada vez que pasaba por delante de su despacho y olía su perfume de Carolina Herrera mis pechos subían y no bajaban en un buen rato. Así que acabé dando la vuelta entera para no pasar por delante suyo. Esto era un sin vivir. Tenía que hacer algo.

Tenía que hacer algo, pero ¿el qué? Llegó el día que un expediente del que tenía mucha experiencia, relacionada con los casos de declaraciones intercomunitarias (¡Ay! Italia, que no sea Italia por favor que me da un síncope) me había caído en la mesa, y justo cuando iba a abrir el expediente, vino el nuevo jefe, sí, él, el innombrable y me dijo:

—No te preocupes, de esto ya me encargo yo. —Me cogió la carpeta de documentación y se la llevó al despacho cerrando la puerta tras suyo, como dándome a entender que no me iba a dar ninguna explicación. Bueno, pues nada, a otra cosa, mariposa.

Seguía pensando en que tenía que hacer algo, pero aparte de dejarme acariciar mi sesudo cuerpo y abrirme de piernas, seguía pensando, solo pensando, era como si él hubiera tocado un botoncito pequeñito, allí más abajo de mi poco peludo monte de venus, y que hubiera desactivado mi acción, mi actividad; estaba como poseída por un jefe que me poseía todo lo que quería y yo me dejaba. Hasta llegó el día que me hacía el amor y de tan poseída que estaba, seguía haciéndolo y yo ya no notaba nada. Estaba colgada y ya no sentía.

Estaba herida en toda mi profundidad.

Es un cabrón. Decidí que tenía que hacer algo de verdad. Ahora sí. Pero, ¿el qué? Segundo intento. Bueno, ya llegará un segundo intento, cuando llegue. Otro expediente aburrido. Hojas y hojas de números por revisar. Empecé a manosear el expediente y no cuadraba nada. Los numeritos de Hacienda no cuadraban con los previstos numerazos del elegido, al menos si lo comparaba con otros expedientes similares. Allí había algo escondido. Así, que inicié mis comprobaciones y cuándo lancé solicitud de autorización para acceder a datos bancarios del elegido, va y me sale rechazado. ¿Rechazado? Mi innombrable me lo había rechazado. ¿Cómo puede ser? Así que me acerqué a su despacho, eso sí, con un pañuelo tapándome la nariz como si estuviera resfriada para no dejarme engatusar por sus aromas masculinos. Y me contestó corto y raso sin preguntarme por mi supuesto resfriado:

—No te preocupes. De este expediente me encargo yo. Ya sabes.

—¿Ya sé el qué?

—Nada, que hay cosas importantes a las que yo le dedico mi atención y ésta es una de ellas. Perdona pero me duele la cabeza. Gracias.

Me fui, dejé el trapo encima de la mesa y empecé a meditar, darle vueltas a mi cabeza, darle vueltas a su justificación injustificada, eso no era una explicación creíble. Me estaba engañando. También en el trabajo. Ya tenía guasa la cosa. "Que me engañe en el amor, tiene un pase, porque soy tonta, pero que me engañe en el trabajo, eso sí que no. Ni hablar. Además me dice que hay cosas importantes a las que él dedica su atención, en suma, le dedica más atención a mi expediente que a mí", me dije a mí misma. En un primer momento, me estaba volviendo paranoica. ¡Me sentía celosa de mi propio expediente! Increíble, la cosa se me estaba poniendo mal, muy mal.

Aproveché cuando todos estaban comiendo para estropearle el pomo de la puerta para que no pudiera dejarla cerrada cuando se marchara por la tarde. Así fue. Después de oírle intentar cerrarla sin poder hacerlo, se fue dejándola abierta. Esperé a que desaparecieran todos los empleados de la planta. Yo no era de las últimas en irme, pero ese día era imprescindible. Entré en su despacho y empecé a rebuscar por su mesa los distintos expedientes que tenía entre manos. ¡Anda! ¡Qué casualidad! El primer expediente que me quitó es del mismo elegido que este segundo del que él se iba a ocupar. ¿Por qué será? Me dieron las once de la noche cuando escuché pasos, el guardia de seguridad que se acercaba. Llevaba ya tres horas largas y empezaba a dolerme la cabeza de tanto rebusquear. Salí de su despacho, apagué la luz y continué como si tal cosa en mi mesa.

—Buenas noches Antonio.

—Sin novedad. Buenas noches, señorita.

—Gracias, buenas noches.

Éste se creerá que tiene que darme el parte, como si estuviera en el cuartel y yo fuera su sargento, teniente o como quiera se llame quien le mande.

Estuve indagando, indagando, varias veces, durante varias semanas, sin que se notara nada. Incluso aproveché que tenía que viajar a la central unos días y que no pasaría por su despacho para solicitar acceder a los datos que él me había rechazado a su sustituto, y acabé de desarrollar todo el procedimiento, comprobando que lo que él había incluido en el sistema no cuadraba. No había hecho nada por pereza o a propósito. Así que le tendí una trampa. Cogí el expediente y le dije a mi compañero que tenía solo dos días para cotejar una serie de datos del expediente que pareciera que estuviera incorrecto y que actualizara el sistema con sus datos. Así lo hizo y lanzó un requerimiento al elegido.

Volvió el innombrable. Vi que se ponía nervioso y que empezaba a discutir con alguien por teléfono, largo y tendido. Se acercó a la mesa de mi compañero y le preguntó que cómo andaba ese expediente, y lo invitó a su despacho cerrando tras de sí la puerta. Estuve dando vueltas alrededor de su despacho como si tuviera que hacer mil fotocopias en la copiadora situada justo a su lado. Abría y cerraba el cajón de papeles como si no funcionara. Le estaba dando la vara a mi compañero y le decía que cómo podía hacer eso, que quién era él para decidir si tenía que tratar el expediente así o asá. Finalmente, le confesó que yo le había pasado el expediente para que se lo revisara. Le vi echarme mal de ojo. Me fui. Desaparecí de su vista y me fui a casa.

Estuve así trabajando de escondidas durante tres meses y le tendí un par más de trampas, que no voy a contar aquí por no descubrir a mis compañeros, hasta que encontré que ocultaba tres expedientes, dos de los anteriores más la doble documentación que me usurpó. Entendí que por el tren de vida que llevaba y sus regalos, aquellos excesos dinerarios o le venían de familia o estaba cobrando de elegidos para ocultar sus expedientes, y así dichos defraudadores se ahorraban un montón de dinero. Y no, su familia no tenía ni pedigrí ni un colchón financiero. Tenía las pruebas suficientes para expulsarle del cuerpo pero, claro, mi propio cuerpo, el físico, me pedía otra cosa. Así que decidí tomar la iniciativa, dar al traste con sus intenciones y volver a la aburrida normalidad, dejando la pasión para otros momentos con quien la mereciera.

Grabé la conversación sin que él lo supiera por si no se avenía a un acuerdo. Dejé que se lo pensara durante un fin de semana, al menos le dejé el beneficio de apartarse y volver a ser una persona normal. Me vino con el cuento que su mujer le pedía más y más dinero, que ella

venía de buena familia y estaba acostumbrada a otro ritmo de vida y nosecuántas memeces más. Pero al final, o le hundía su carrera para siempre o se avenía a un trato. Y llegamos a un acuerdo. Me informó del dinero que le quedaba de los anteriores dos casos, más el dinero que había recibido del nuevo, fuimos juntos a recogerlo de un caja de seguridad de un banco (lo que habrá allí con cientos de cajas, si tuviéramos un ojo que lo descubriera todo) y lo repartió entre varias ONGs para que nadie sospechara ni la fuente de ingresos ni excediera el máximo del importe en metálico. Dimitió de su cargo alegando que su mujer echaba de menos a su familia para regresar a su ciudad de origen y agradeció a todo el equipo su apoyo en los seis meses que mal estuvo entre nosotros. De nuestro amor ya no volvimos a hablar, se borró del mapa, como si no hubiera existido, creo que le daba tanta vergüenza que yo le hubiera descubierto que se le acabó de repente su apetito fálico.

Después de este caso, que me afectó tan directamente y que me mantuvo en baja forma durante unos cuantos meses, decidí que ya nunca más mezclaría mis relaciones personales con las profesionales, porque ello me afectaba a ambos ámbitos. Al menos si no te va bien en el amor, que ello no te afecte a tu trabajo, que es tu fuente de ingresos y que te debe mantener en vivo a pesar de amores y desamores. Incluso me planteé abrir una ONG del tipo ‘Inspectores Anónimos’ para recuperar inspectores perdidos o con síntomas de tirarse al otro lado, hacia el lado del defraudador de impuestos, pero, claro, ¿quién iba a apuntarse de forma voluntaria?

Con las ganas que tenía de cambiar cosas que recordé la disposición de muebles del hotel y las líneas Hartmann, decidí que tenía que verificar la situación de nuestros puestos de trabajo donde no se cruzaran dichas líneas y mejorar la salud de todos nosotros. ¡Menudo revuelo monté en la delegación! Contraté un geobiólogo, pagado por mí sino de qué (que esto es la administración pública), que nos detectó los puntos críticos, entre ellos, la situación de la silla del despacho de mi ex innombrable. Allí había estado él ocho, diez o doce horas sentado todo el día expuesto a estrés, insomnio, depresión, dolores de cabeza y espalda. Cambiaron varias sillas de sitio y de ahí estuvimos, espero, que más sanos.

Mi innombrable, bueno, el innombrable, ya no era mío, volvió a su gran ciudad, a su hogar inicial que yo le había robado de vez en cuando, al menos espero que fuera una parte de su corazón, y no de su cerebro pélvico. Quiero imaginar que llegaba a casa cada tarde, teniendo que cuidar de su bebito, tener conversaciones aburridas sobre cuántas veces ha tenido que mamar hoy el nene, qué ropita le pongo mañana para salir a pasear, si hará frío o si tendrá demasiado calor con ese montón de vestiditos, abriguitos y mantitas que la señora

innombrable se había atiborrado tras los regalos de sus ricos padres, sus íntimas amigas y familiares varios. Vamos, que le deseo lo mejor en esta nueva aburrida vida paternal. Pero, a veces la esperanza no se pierde y casi llegando a los tres meses de su huida tuvimos una larga conversación telefónica. Me llamó al teléfono fijo de casa (¿de dónde lo habrá sacado?) porque sabía que no le cogería el móvil:

—Lo siento. Lo siento. Lo siento en el alma. Tenía que haber sido honesto contigo.

—Eres un cabrón. Me has engañado y has engañado a tu verdadera esposa. Si tuviera su teléfono le llamaría y se lo explicaría todo.

—No, no, no lo hagas. Por el bien del niño.

—¿Qué bien del niño ni porras? Ella no se merece estar contigo. Si me hubieras hecho esto a mí, te hubiera puesto de patitas en la calle, pero soy tan tonta que no he conseguido que tus zapatos estuvieran en mi casa. Solo conseguí que te calzaras zapatos de payaso, botas de montañero, botas de motorista y nosecuántos otros zapatos para nuestros disfraces sin sentido.

—No digas eso. Jamás en la vida me lo he pasado tan bien. No existe otra mujer como tú.

—Sí, claro, para follarme de cualquier forma, a cualquier hora, vestida de cualquier manera y en cualquier lugar. Eso es lo que realmente querías. Ya lo dices tú, pasártelo bien.

—No, no, no quería decir eso. Quería decir que jamás ha existido un amor como el tuyo, no solo por el sexo.

—Y encima eres un chorizo. ¿Cómo se te ocurre comportarte así? No sabía que fueras tan miserable y quisieras conseguir dinero tan fácil.

—No, no te equivoques. No lo hice por mí, lo hice por ella. Mi mujer me pedía cada vez más dinero para más gastos de la construcción de la casa… de… pero luego con tu ayuda y la devolución a las ONGs me di cuenta de con quién estaba y con quién quiero estar.

—No sigas. Encima te has construido un hogar con ella mientras a mí me tenías disfrazándome de prostituta de lujo para tus desvaríos sexuales. Pero qué tonta he llegado a ser.

—Te quiero. No puedo vivir sin ti. No me gusta mi mujer, no me gusta mi vida, no puedo vivir sin verte. Cuando al menos vivía cerca de ti, nos podíamos ver de vez en cuando.

—Mira qué sinvergüenza eres. Encima eso. Quieres lo mejor de los dos mundos. Eso no puede ser.

—No quería decir eso, solo quería decir que te quiero, que te deseo, que quiero vivir contigo, no con ella. Lo siento… yo… yo.

Le colgué el teléfono, pero ¡qué sinvergüenza!

Pasaron las semanas y cada sábado matutino me enviaba flores, tiestos, ramos, cactus, todo tipo de variedad de plantas que encontró en la floristería. Encontraron un buen filón con este cabrón. No le hice caso, pero ¿qué iba a hacer con tanto vegetal en mi pisito? El comedor se había convertido en un invernadero de color verde. Se creía que me iba a volver a acaramelar de nuevo, ahora usando una estrategia distinta. Pero no paraba, era constante, no fallaba ningún sábado. Me hice amigo del encargado de la floristería de cerca de mi casa, que por cierto era un bombón, tan bombón que era gay. Quizás demasiado jovencito para mi gusto pero seguro que a Carlos le encantaría. De hecho, invité a Carlos a visitar mi nuevo florecido piso y pasamos por la floristería con la excusa de qué tierra utilizar para que las plantas siguieran verdes y floridas como si de la primavera se tratara. A ambos se les iluminaron los ojos cuando los presenté. Empezaron a balbucear como dos tortolitos y sutilmente me deslicé y desaparecí del mapa.

Tres meses más tarde, me encuentro a mi innombrable sentado en la cafetería enfrente de mi casa esperando que saliera un sábado ya de finales de marzo. Durante estos tres meses, todo mi pisito olía a flores, a verdor, me daba la sensación de vivir en el campo y rememoraba nuestro primer encuentro. Cuando lo vi allí sentado, sonriente, con esa sonrisa que engaña a cualquiera que se le pone a tiro, bien vestido, recién afeitado, con su perfume de CH, no me pude resistir, mis fuerzas interiores se resquebrajaron inexorablemente. Entre que llevaba todo este tiempo sin un maldito polvo y la embriaguez de su perfume y después de las plantas, me llevó literalmente al huerto.

Tras una reconciliación amorosa de esas que no se pueden contar por su duración y sus movimientos corporales de todo tipo, cuando levanté la vista por encima de su ancha espalda ya había anochecido. Llevábamos al menos 8 horas metidos entre sábanas. Entonces fue cuando me sorprendió y empezó a hablar sin parar para no dejar que volviera a quejarme. Había dejado Hacienda.

Había dejado a su mujer. Había dejado a su bebé. Había dejado a su nueva casa. Había dejado a sus suegros. Había dejado su aburrida vida. Lo había dejado todo por mí. Al principio no me lo creí, me estaba alterando de los nervios por no saber si volvía a mentirme de nuevo o si todo eso era de verdad. Tenía tantas dudas que empecé a estar ansiosa, creí que me iba a dar un ataque de pánico. Él me tranquilizó, acariciándome por todo mi cuerpo desnudo, como si fuera su bebita. Se levantó, trajo su maletita de trabajo y me enseño una serie de papeles, entre los que había la petición de divorcio de su mujer, la carta de renuncia a Hacienda y la propuesta formal de un nuevo trabajo en mi ciudad, en un reconocido bufete de abogados. Lloré de emoción y de miedo. Me estaba pasando de verdad, no era un

sueño. Estaba cagada de miedo; y ¿si salía todo mal? Me siguió tranquilizándome hasta que por cansancio me quedé dormida, consolada mi pena con una nueva esperanza real de una nueva vida. Mi corazón y mi cerebro volvían a rebrotar como ya lo estaban haciendo mis plantitas con la pronta aparición de la primavera.

Convinimos que al día siguiente volvía a su ciudad, resolvía el traslado entre ese mismo lunes y el martes, con un transporte de mudanzas que ya había encargado, y así el miércoles podría empezar una nueva vida, esta vez conmigo. Lo había planificado todo. No se había dejado un solo cabo por resolver. Ese lunes y martes estaba que no cabía de alegría, hacía tiempo que no volvía a ser yo misma, pero a la vez tenía tanto miedo. ¿Cómo iba a dejar un bebé en manos de su madre? ¿Cada cuánto lo visitaría? Y si se cansara de mí, ¿volvería con su mujer, que la tenía cuidando de su hijito? ¿Y si fuera un desastre nuestra relación? No es lo mismo vivir a distancia y echar unos polvos magníficos de vez en cuando que vernos la cara todos los días, pelearnos por si el cepillo de dientes tiene que estar a la derecha o a la izquierda, que quizás no pone la lavadora, que mi poca tradición culinaria le mata el apetito estomacal y por ende su apetito sexual, que quizás se sentará en el sofá a beber cerveza y ver fútbol desapareciéndole ese vientre plano que tanto me pone, que ya no le gustará mi pelo con la aparición de las canas, que… ¡ufff!, tantas preguntas me estoy haciendo que me estoy poniendo realmente nerviosa e histérica.

RING RING, RING RING, RING RING.

¿Será él? Solo me llama él o Carlos por esa línea, será él, que está de camino.

—Buenas tardes cariño. Ya estoy en marcha.

—Sí, ¡qué bien! Ya te estoy preparando la cena de bienvenida.

—Verás, verás, que después de llenar todo un camión de mudanza con mis cosas….

—¿Un camión?

—Sí, sí, he pensado que tendremos que buscar una casita, o mejor un pisito, para que quepamos los dos muy juntitos pero que quepan todas mis cositas.

—Te amo.

Cinco minutos después. RING RING, RING RING, RING RING.

—¿Todo te va bien cariñito?

—Buenas tardes Revoltosa, soy Carlos.

—Ay perdona. Me confundí. ¿Qué tal estás?

—Bien, bien. Tengo na pregunta: ¿tú sales o salías con Ángel Jiménez?

—Sí, sí, claro ¿por qué lo preguntas?

—Verás, verás, es que me han contado… bueno, no debería decírtelo.

—¿El qué? ¿Qué es lo que no me deberías decir?

—Que lo han expulsado del cuerpo.

—¿De qué me hablas?

—Esta mañana he desayunado con el Delegado y me ha contado que lo habían echado, que habían descubierto que era parte de la operación "Rodeo Drive". Esto no se sabe, no es público. Es un gran fraude en el que están implicadas varias empresas de lujo, y se ha resuelto gracias a que cuando volvió a su anterior puesto reclasificaron los expedientes que él llevaba directamente a un nuevo inspector jefe y éste descubrió el pastel.

—Pero, pero, ¿qué me estás contando Carlos? ¿De verdad?

—Sí. Lo siento. Además, no dimitió hasta que no le mostraron las pruebas fehacientes, no confirmó lo que había hecho hasta habérselo demostrado.

Me había quedado de piedra. No podía creerme lo que me estaba pasando. Al colgar tras la larga charla y derramar muchas lágrimas, Carlos me había corroborado mis propias indagaciones con más impropias actividades delictivas. Si yo había descubierto unos cuantos expedientes, en la central habían encontrado unas decenas de casos más y siempre relacionados con aquellos artículos de lujo con los que siempre me quedaba prendada y que me había regalado.

"No será tan malo" pensé para mis adentros. Al menos había dejado una pequeña fortuna a algunas ONGs pero "Será verdad, ¿no? ¿No habrá sido tan cabrón?". Busqué en mi ordenador personal recordando con pasión el tiempo que dedicamos a definir los criterios de decisión de cuáles, de preseleccionar unas quince y, finalmente, a escoger las cinco fundaciones por las que, de común acuerdo, pensábamos que más recursos económicos necesitaran. Así que para limpiar mi conciencia, empecé a marcar el número de teléfono con mi mano derecha temblorosa, con alguna lágrima que me mojaba el teclado y con la esperanza de recuperar mi poca energía tras el *shock*.

—¿Una donación entre mayo y junio de varios miles de euros? ¿De un tal Ángel Jiménez? Pues no, la verdad es que no la encuentro y no me suena. Por esa cantidad, hasta yo la recordaría. Lo siento.

Así dos, tres, cuatro y hasta cinco veces. Todas las seleccionadas. No hace falta continuar con las otras. Ya está. Mi poca fe que me quedaba en él ha desaparecido. Me han abandonado hasta las lágrimas. No respiro, no me muevo, me he quedado con los ojos abiertos, como si me hubiera muerto al instante, sin dolor, si me pincharan no saldría ni gota de sangre. Me he quedado petrificada como si fuera una amante devastada por la erupción del Vesubio

esperando a su ser amado que no llega ni se le puede esperar.

RING RING RING RING. Llaman a la puerta.

Epílogo. Elegidos para la gloria

No me gusta el término ‘contribuyente’ porque indica que contribuye a algo, y si bien es cierto que contribuye al estado del bienestar con sus impuestos, aquí no se habla de él sino más bien del ‘elegido’. El elegido es aquel contribuyente que ha sido escogido, nunca al azar, porque por una causa u otra ha cometido algún error, ilegalidad, infracción o, simplemente, está bajo sospecha. Por ello, vamos siempre a hablar de ellos y de ellas como los ‘elegidos’.

Tras unos cuantos años de aprendizaje y desarrollo profesional como inspectora creo que me he ganado los suficientes galones para considerar que existen cinco tipologías bien definidas de elegidos en función de su comportamiento en cómo abordar su situación fiscal, que son:

1. *El tímido (o acojonado)*: es aquel que cuando recibe la primera carta de citación se le caen literalmente los huevos (o los ovarios) al suelo y no sabe qué hacer ni cómo actuar. Contrata de inmediato un asesor, ya que nunca pensó que esto le pasaría. Es evasivo. No consigues verle nunca la cara cuando te reúnes con él, bien porque manda a su asesor, o bien porque no es capaz de mirarte a los ojos. Se siente intimidado por el edificio, por la burocracia, por la sala de reuniones o por cualquier cosa que suene a parafernalia administrativa. A menudo tiene poca culpa, quiero decir, que sí, ha intentado engañar al fisco pero poquito, se ha controlado porque es tímido hasta en eso.
2. *El silencioso (u opaco)*: habla lo mínimo si te reúnes con él, actúa como si estuviera en un juicio y que fueras su fiscal acusador, no dice nada que no esté previamente pactado con su asesor. A veces su propio asesor es su pareja a la que nombra como si fuera el sabelotodo del mundo mundial. Contesta por escrito lo mínimo imprescindible, no contesta, o no aporta ninguna documentación. Es como si quisiera pasar por el mundo sin que nadie se diera cuenta, sin que nadie supiera que existe. Hay que tener mucho cuidado con este tipo de elegido. Sabe que tiene la culpa y será difícil sonsacarle algo si no es con pruebas fehacientes. No te lo va a poner fácil y ya te lo expresa con su mirada, a la vez profunda y vacía. Hay que enfrentarse con mucha paciencia, astucia y determinación.
3. *El discutidor (o montapollos)*: se nota desde el primer momento que hablas con él, ya sea en vivo y en directo o por teléfono, ya que va a discutir cada coma, cada frase y cada procedimiento que realices. Incluso si le das la razón, te la va a discutir. Es su ‘sino’ en este mundo: ha venido a discutir, no le está bien nada de lo que haga yo ni nadie, y nunca encontrarás en él una

palabra amable. Es el más agresivo y puede llegar a ser muy desagradable en la comunicación con él. Si viene con su asesor, ya tiene preparadas las preguntas adecuadas para que su consejero monte su argumentario y, luego, le refrende repitiendo sus argumentos añadiendo dislocadamente sus berrinches, rabietas, bufidos, faltas de respeto y palabras soeces. No busca resolver la situación de manera colaborativa sino imponer su opinión.

4. *El amable (o positivista)*: siempre se muestra muy amable, tanto en el saludo de entrada y salida como durante la conversación, como si le hubieran educado en un colegio británico. No tiene claro qué tiene que hacer pero busca siempre puntos de encuentro, positiviza en lo posible cualquier procedimiento que mejore su situación, aunque sea por poco y maximiza sus logros para motivarse él mismo y a su propio asesor. En definitiva, éste es el mejor personaje porque te permite llegar a acuerdos aunque sean de mínimos y, aunque lo ahogues financieramente, no obtendrás nunca una palabra de mal rollo. Imagino que se desfogará luego, cuando llegue a casa o vaya al *gym*.
5. *El reflexivo (o racionalista)*: es aquel tipo de persona muy organizada, lo tiene todo perfecto y le gusta mantener la situación bajo control. Acostumbra a ser el que menos trata de engañar al fisco, a leerse los artículos de prensa e incluso el BOE, no solo para no saltarse la ley sino para entenderla o incluso interpretarla sin contar con expertos porque, para eso, ya sabe más que nadie, o al menos sabe más de su propio caso, y no va a poner en riesgo ni su reputación ni su buen hacer por el error o mala interpretación de un asesor. Además, es bueno asumiendo su propia culpa y la comparte conmigo de forma abierta y clara. De fácil trato. Requiere del máximo esfuerzo en demostrarle que tienes razón, que se ha equivocado o malinterpretado la ley, o que no sabía la implicación indirecta con otros artículos legislativos.

El hecho de que el elegido actúe por convicción o por interés no influye en el resultado final de la investigación a la que se somete. Una es una profesional, y no se deja amedrentar ni por unos comportamientos ni por otros, aunque pueda haber cometido algún desliz.

Los asesores son también una raza especial, un animal distinto, pero he creído conveniente que ellos pueden seguir la misma tipología anteriormente descrita sin grandes cambios.

Es importante señalar que cuando el elegido recibe una comunicación de Hacienda, muchas veces no es consciente que está

entrando en un proceso, que le llevará un tiempo más o menos largo, que se alargará más de lo que yo mismo quisiera, pero que no solo contempla unos tiempos administrativos, de plazos de presentación de información o de recursos, sino que también viene condicionado por cuatro fases emocionales que lo definen, las cuales pueden compararse a la ruptura de una pareja (yo que he tenido algunas rupturas y me las conozco bien) o a las fases de una enfermedad grave, por la que también he pasado.

A continuación, se describen las cuatro fases emocionales que suelen experimentar los elegidos que reciben una comunicación de Hacienda:

1. *Fase de incredulidad.* Recibe una carta de Hacienda. ¡Dios mío! ¿Qué habré hecho yo? Es la típica reacción inicial incluso antes de abrir la comunicación, ya sea electrónica o por carta certificada. El elegido se la lee. Una vez. Dos veces. Tres veces incluso. Sus pupilas se van abriendo a medida que su incredulidad aumenta hasta que es consciente de lo que ha leído, de lo que ha podido entender porque a veces parece un jeroglífico egipcio por tantas palabrejas simbólicas y artificiales, que alimentan tanto el ego del inspector que lo escribe (¡qué bueno soy redactando expedientes!) como del asesor que la transcribe en largas frases de explicaciones inexplicables (¡qué bueno soy traduciendo lo que el inspector ha descrito!), que acaba a veces rompiendo en pedacitos y luego recomponiendo. ¿Por qué a mí? ¿Qué he hecho yo para merecer esto? ¿Por qué los astros administrativos se han confabulado contra mí? Habrá sido un error administrativo, se habrán equivocado, con lo que yo pago en impuestos, no puede ser que ahora me pidan más y que encima me pidan explicaciones.
2. *Fase de rabia.* Una vez comprendido lo que se me pide, siente que la ira se apodera de él. Como un perro que muerde, necesita morderle a alguien. Está cabreado, furioso, irritado, malhumorado, mosqueado, rebotado, frustrado y le rechinan los dientes. Y, por ello, puede dirigir su ira hacia sí mismo, hacia al asesor o incluso a su pareja con aquellas frases que siempre acaba implorando pero que nunca acaba haciendo. No voy a pagar, ¿quién se creen que son estos de Hacienda? ¿Cómo se atreven a hacerme esto? Encima me tenía que tocar una mujer inspectora, esto es una conspiración. Voy a demandarlos por violación de mis datos personales. Voy a recurrir hasta los tribunales posibles, a la Audiencia Nacional y si hace

falta hasta llegar a Estrasburgo. Le dice a su asesor que vaya preparando el armamento, que vamos a por ellos, que no se va a dejar intimidar por esos chupatintas y chupasangres. Seguirán todos los procedimientos que existan y más, hasta dejarlos exhaustos. Se van a cansar de él y tendrán pesadillas noche tras noche hasta ganar, no podrán con él. El asesor ya sabe lo que le viene, ha escuchado estas mismas palabras cientos de veces, y sabe que su cliente tiene que pasar por esta fase de duelo, y va dejando que se vaya desgasificando como una botella de cava, que lanza con fuerza el corcho cuando la abres, y luego, se va desgastando hasta perder toda su fuerza gaseosa.

3. *Fase de decaimiento*. Ha trabajado, ha preparado todas las réplicas posibles, el asesor le ha aconsejado y ha buscado varios caminos, unos más directos, otros con más recovecos, pero la cosa se tuerce y no sale como esperaba. Llega un momento que ya no sabe qué responder ni cómo avanzar en busca de una salida exitosa. Es como estar en un laberinto: ha ido hacia el norte, hacia el este, hacia el oeste y hacia el sur, y no sabe cómo salir. Es imposible. Se siente perdido, atascado. El asesor se ha quedado seco de tantos procedimientos, respuestas, idas y venidas, que está como él. Ambos perdidos. No sabe qué hacer, está abatido, no duerme por la noche soñando con que la inspectora le chupa la sangre a media noche con sus dientes de Drácula. A veces incluso se siente deprimido. Le han pillado y no sabe como salir del atolladero, o puede que se hayan equivocado y no sabe cómo demostrarlo. Algunos, muy pocos desgraciadamente, se suicidan o se vuelven locos por una combinación de vergüenza y una gran pérdida de dinero o de estatus social.
4. *Fase de aceptación*. Al final, el elegido se desmorona. Ya no puede más, quiere acabar con esa constante tensión nerviosa que le atenaza todos los días de su vida posterior, posterior a la recepción de la carta de Hacienda, fecha que recordará de por vida. Aunque su consejero quiera seguir creando un recurso tras otro, aunque le diga que cada vez está más cerca de la victoria, aunque su corazón le pida más guerra y más munición contra la maldita inspectora, su cerebro y su racionalidad le piden que pare, que ya tiene bastante, que mejor dejarlo, que ya le ha pagado suficiente al asesor y que no quiere seguir malgastando su dinero que no le lleva a nada, mejor aceptar que le han

pillado o que aunque no tengan toda la razón y la Ley la hayan interpretado a su manera, que mejor dejarlo, aceptar que la inspectora tienes sus motivos, que los acaba entendiendo y que aunque no sea totalmente imparcial, quizás lo mejor es retirarse. Aceptarlo, asumir sus errores y concienciarse que lo adecuado es llegar a un pacto, o a una aceptación para cerrar el caso. Su sensatez le conduce a vislumbrar la luz al final del túnel y así sus pensamientos serán más positivos; habrá pasado una mala etapa y volverá a su vida habitual, sin más sobresaltos, lo recordará como una pesadilla durante un tiempo, y a largo plazo incluso lo considerará como un aprendizaje de mejor control tributario. Esta fase es crucial para su salud mental y emocional.

Después de pasar por las distintas fases emocionales y adaptarse a cada uno de los tipos elegidos, aunque los resultados de una inspección de Hacienda puedan ser más o menos favorables, se pueden agrupar en cuatro categorías:

1. *Sin importancia (o chorradas)*. Al elegido se le ha pescado con cualquier tontería que hizo, ya sea porque pagó el colegio de sus hijos a cargo de la empresa, el jardinero de su casa como si fuera una factura de limpieza de su oficina, descontar IVA que no debía, o autodesgravarse algo que no correspondía. Todo ello es 'pecata minuta' para mantener un estado del bienestar, pero intuyo que todas esas pequeñas cosas sumadas deben generar un gran volumen en la recaudación, lo que es poco importante, pero seguro que trascendental en el mantenimiento del estado del bienestar.
2. *De conformidad (o claudicación)*. El elegido acepta el resultado del expediente, paga y se olvida. Tuviera o no tuviera la razón inicial, acaba viendo que estoy en lo correcto y acaba aceptándolo de buena gana o diciéndose "me han pillado". En algunos casos tardará en olvidarse, porque le costará una pequeña fortuna respecto a lo que gana hoy al olvidarse de lo que habría ganado sin defraudar, pero al cabo del tiempo se olvidará del tema. Por suerte, el cerebro de nuestros antepasados nos ha predispuesto a prescindir de eventos negativos, y si a dicho elegido me lo encuentro por la calle cinco años después, será capaz de saludarme con amabilidad, aún a sabiendas recuerde que le pegamos un sablazo.
3. *Disconformidad (o repudio)*. Lo peor para todos. Tanto para mí porque no se cómo acabará la cosa, ni para la otra parte.

No se está conforme con el resultado o es rechazado de forma vehemente, y el elegido acaba interponiendo un recurso, y acudiendo a los tribunales si hiciera falta. Aquí el resultado se me escapa de las manos. No puedo hacer más, yo solo soy un pequeño eslabón de la cadena y ya ni pincho ni corto. Hay casos de todo tipo con resultados sorprendentes o corrientes, porque depende del juez. Como acostumbran a ser poco predecibles, no siempre puede una parte u otra adivinar por dónde saldrá el sol. Por eso no quise ser jueza, porque la aplicación de una ley es tan subjetiva que no podría dormir por las noches. Espero que ellos puedan acostarse tranquilos, quizás no tanto los elegidos que deciden tomar ese camino, amargo, costoso, largo y sinuoso sin que una clara luz vislumbre el final, que puede ser tan oscuro como el inicial previsto por Hacienda.

4. Y, *delito (o chanchullo)*. Se infringe un delito tributario considerado leve cuando el fraude es de ciento veinticinco mil euros en un solo ejercicio fiscal y considerado grave por encima de seiscientos mil euros. En esta categoría se incluyen los casos más corruptos, desde aquellos que declaran vivir en Andorra para cobrar un dineral para aprovechar su baja tributación del 10% y siguen residiendo en España, hasta aquellos que montan sus tejemanejes con diversas sociedades locales o internacionales que ocultan mediante las llamadas 'ingenierías financieras', de las que muchas de ellas son muy poco ingenieras y bastante o mucho chanchulleras. Es sorprendente que la gran mayoría de estas actividades se descubran por lo mal orquestadas que han sido diseñadas, o incluso mal implementadas por asesores con pocos escrúpulos, o elegidos que se creen dioses o mediante confabulaciones poco profesionales. Seguramente, los que son más profesionales ya no les pillo y, por eso, me tocan algunos de estos casos.

En el próximo libro *La senda de los elegidos* el lector podrá comprender las situaciones a las que me enfrento con mayor detalle al haber desarrollado un ensayo cínico-humorístico sobre la evolución y el comportamiento de los elegidos en una inspección tributaria.

“Cuando los ricos hacen la guerra,
son los pobres los que mueren”
dijo Jean Paul Sartre

“Cuando los ricos no pagan impuestos,
son los pobres los que pagan la fiesta”
diría yo, LIR

Agradecimientos

Este libro no hubiera podido salir a la luz en todo su esplendor sino hubiera sido por la colaboración desinteresada de David, Marta, Clara, Laura, Sandra, Ana, Melanie, Berta, Marcos, Sofía, Giulia, Marco, Beatrice, María Fernanda, Camila, Antonella, Marta, Juan Antonio, Gabriel Jesús, Rubén, Valentina, Martina, Diego, Luis Ángel, Juan Francisco, María Ángeles, José Manuel, Carlos Alberto, Alfredo, Fernando José, Ricardo, José María, Alberto, María Asunción, María Cristina, Juan Carlos y, por supuesto, Cristina.

Todos ellos agentes literarios, agentes tributarios, subinspectores e inspectores de Hacienda, y amig@s. Obviamente, todos estos nombres también son ficticios.

Musicando

Para cada capítulo, incluyendo prólogo y epílogo, he escogido una canción acorde con la temática o los personajes que puedes escuchar en Spotify @lainspectorarevoltosa lista “Tras la Sombra de los Elegidos”, o bien, accediendo directamente mediante el siguiente código QR:



[1] *Bolsa del pan*. Era una bolsa de tela con doble forro y cerrada con un cordel para llevar las barras de pan de la panadería a casa. Todavía preservo en mi hogar la que tejió mi abuela, la republicana pero muy tradicional, con mi nombre como si fuera parte de mi ajuar, que mantengo como recuerdo de su vivencia y, también, como recordatorio para su reutilización y evitar el uso de plásticos en nuestra cotidiana vida actual.

[2] *Recargo de equivalencia* es un tipo de régimen especial de IVA que se aplica a comerciantes minoristas, a aquellos negocios que se ocupen a la venta al por menor de bienes que no hayan sido transformados como tiendas de ultramarinos, quioscos, estancos, tiendas de ropa.

[3] *Giacca*. Chaqueta o americana italiana que los italianos no se quitan nunca. Una vez visitamos una sede de la Agenzia delle Entrate (lo más parecido a nuestra Hacienda) en Milán y todos los hombres trabajaban cada uno en su puesto de trabajo con la chaqueta puesta, sin que estuvieran atendiendo al público. Incluso el

innombrable me comentó que solo se la sacaban para ir al WC. Así que podías contar las chaquetas en sus sillas y sabías cuántos estaban haciendo sus necesidades. Cosas de italianos.

[4] *Requerimiento* es una solicitud de información por parte de Hacienda para recopilar documentación del elegido que debe contestar en diez días hábiles (laborables no feriados).

[5] *ROI*, el Registro de Operadores Intracomunitarios es un censo de profesionales y empresarios que realizan servicios o entregas de bienes con empresas o profesionales de otro Estado miembro de la Unión Europea (UE).

[6] *Vía de apremio* de la Agencia Tributaria es una solicitud de cobro por impago fuera del periodo voluntario de pago y, por tanto, incluye un recargo del 20% del importe adeudado denominado 'recargo de apremio' más los intereses correspondientes.

[7] *Levantar un acta* significa firmar el acta, cerrar el expediente.

[8] *Exin Castillos*. Juego de construcción de castillos que se hizo muy popular en los años 70.

[9] *Líneas Hartmann*. Descubiertas en 1954 por el Dr. Ernst Hartmann, en la Península Ibérica son unas rectas paralelas que están separadas entre ellas unos 2,5m en sentido este-oeste y unos 2m en sentido norte-sur. Los efectos sobre la salud humana se producen cuando te situas durante muchas horas en los puntos ubicados encima de la vertical de un cruce de dos líneas o de un cruce con otras perturbaciones geológicas como corrientes de agua subterránea o fallas.